

# UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO FEBRERO 1996 NÚM. 541



◆ El México  
de Gómez Robledo

◆ Garciadiego Dantan:  
En torno a Russell

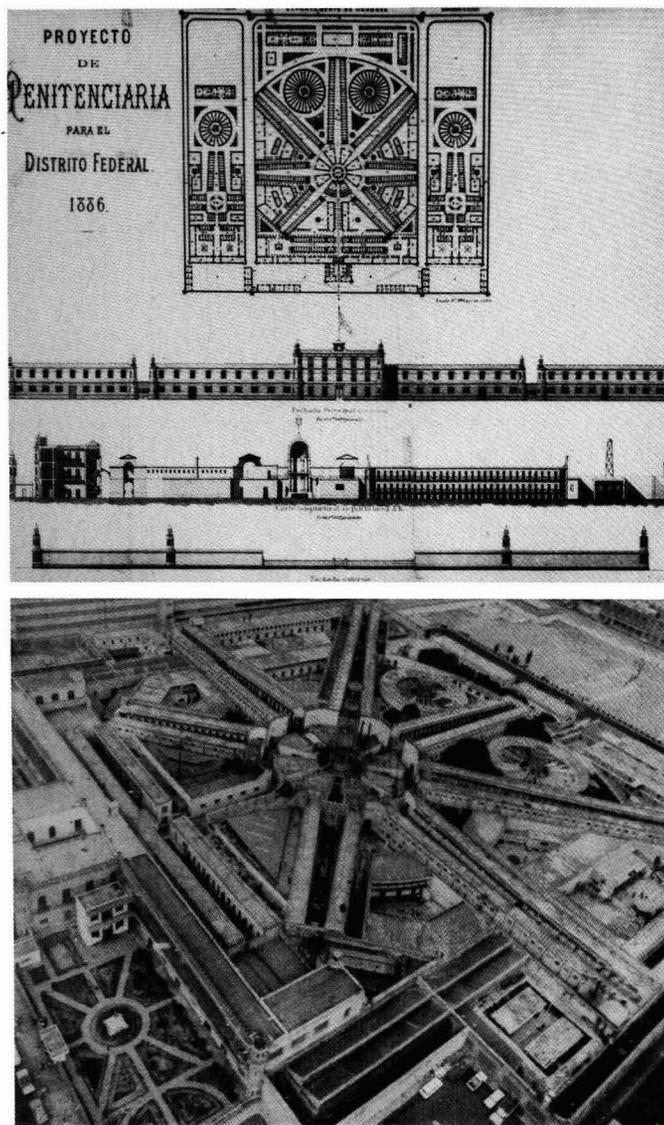
◆ Arita: La fauna silvestre

◆ Ilustraciones de López Saenz

◆ Martín del Campo:  
Itinerario de López Saenz

◆ Dallal: Lugar de la cultura





Seis millones  
de imágenes  
se encuentran en  
los acervos del

# ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

Eduardo Molina 155, Col. Penitenciaria  
Ampliación, 15350, México, D.F.



Coordinación de Humanidades

**UNIVERSIDAD**  
DE MÉXICO  
REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

*Director:* Alberto Dallal

*Consejo editorial:* Raúl Benítez Zenteno, Rubén Bonifaz Nuño, Alberto Dallal, Juliana González, Humberto Muñoz, Enriqueta Ochoa, Herminia Pasantes, Manuel Peimbert, Ricardo Pozas Horcasitas, Josefina Zoraida Vázquez

*Coordinador editorial:* Octavio Ortiz Gómez

*Corrección:* Amira Candelaria Webster

*Publicidad y relaciones públicas:* María del Carmen López

*Administración:* Leonora Luna Téllez

*Diseño y producción editorial:* El Equilibrista, Diseño Gráfico y Servicios Editoriales, S.C.

*Oficinas de la revista:* Insurgentes Sur 3744, Tlalpan, 14000, México, D.F. Apartado Postal 70288, C.P. 04510, México, D.F. Tel. 606 1391 y FAX 666 3749. Correspondencia de Segunda Clase. Registro DGC Núm. 061 1286. Características 2286611212. *Impresión:* Offser Rebosan, S.A. de C.V., Zacahuiztco 40, Portales, 03300, México, D.F. *Distribución:* Publicaciones Sayrols, S. A. de C. V., Mier y Pesado 126, Col. del Valle, 03100, México, D. F. y revista *Universidad de México*. Precio del ejemplar: N\$15.00. Suscripción anual: N\$150.00 (US\$90.00 en el extranjero). Periodicidad mensual. Tiraje de cuatro mil ejemplares. Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto. Certificado de Licitud de Título número 2801. Certificado de Licitud de Contenido número 1797. Reserva de uso exclusivo número 112-86

## Índice

	◆ 2 ◆	Presentación
ALEJANDRO GARCIADIEGO DANTAN	◆ 3 ◆	El estado emocional de Bertrand Russell
LOUISE GLÜCK	◆ 9 ◆	El iris silvestre
ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO	◆ 10 ◆	México a vuelapluma
HÉCTOR T. ARITA	◆ 17 ◆	La fauna silvestre, una riqueza olvidada
ERNESTO DE LA TORRE VILLAR	◆ 23 ◆	Importancia y prestancia del libro
DAVID MARTÍN DEL CAMPO	◆ 28 ◆	Las tentaciones de Antonio López Saenz
JULIO TRUJILLO	◆ 35 ◆	Un oboe
MARÍA DEL CARMEN SALINAS SANDOVAL	◆ 36 ◆	Erección de municipalidades y municipios en el valle de Toluca, siglo XIX
ALBERTO DALLAL	◆ 42 ◆	Lugar del arte: lugar de la cultura
ALINE PETERSSON	◆ 47 ◆	Alzheimer
MISCELÁNEA		
JOSEFINA ZORAIDA VÁZQUEZ	◆ 48 ◆	Don Edmundo O'Gorman y la historiografía mexicana
ANTONIO MENDOZA	◆ 50 ◆	Bajo la tempestad
VÍCTOR SOSA	◆ 51 ◆	El final de la fiesta
GABRIELA VALLEJO CERVANTES	◆ 54 ◆	Arte, historia e identidad en América
SERGIO LÓPEZ MENA	◆ 57 ◆	Nueva lectura de documentos coloniales
FRANCISCO VIDARGAS	◆ 58 ◆	El grito callado de Echave Orio
	◆ 59 ◆	Colaboradores

# Presentación



*Sería por lo menos insustancial dejar de reconocer que en el mundo de hoy los elementos básicos de la literatura —a saber, las palabras habladas y, sobre todo, escritas; su inserción y registro en las tradiciones— se hallan en un proceso de sorprendente vinculación con la imagen y el sonido, forjando instantáneos y operativos sistemas de conocimiento y de deleite y manipulando intrínsecamente habilidades de volatilidad y/o trascendencia. Ante el fenómeno, los tradicionales conductos de la literatura —revistas, libros, tradición oral, etcétera—, aunque transformados y operativamente ampliados, no sólo no han desaparecido sino que han prolongado y divulgado su discurso en universos masivos, colectivos, en cierto sentido más democráticos. Los receptores, consumidores y recreadores de estas nuevas y sorprendentes producciones literarias, han profundizado y, en algunos casos inventado vertiginosas formas y capacidades literarias. La pregunta fundamental que surge ante esta multiplicada diversificación es la siguiente: ¿han cambiado, se han extinguido, son otros los objetivos y principios del arte de la literatura?*

*Estamos convencidos de que la observación de los consecutivos virajes de la acción literaria no han alterado fines y ni siquiera procesos. Frases hay —y obras— que se incrustan en la cultura, en las tradiciones, en las obras y formas de vida de las comunidades que, no obstante su naturaleza electrónica, van enriqueciendo, transformando, adhiriéndose a una literatura “contante y sonante”, específica. De esta manera se establecen interconexiones lingüísticas, filológicas, literarias, históricas, culturales y, al fin, sociales que reafirman la creatividad y —muy importante— el conocimiento de los pueblos del mundo.*

*En este número ofrecemos, como siempre, efectos misceláneos de este fenómeno pero hacemos hincapié en el mejor de los homenajes que puede realizarse a un pensador universitario —por tanto, universal— recientemente fallecido: divulgar su aguda y erudita visión —no exenta de sentido del humor— en torno a su país y a su pueblo. ♦*

# El estado emocional de Bertrand Russell

Circa 1901-1902

◆  
ALEJANDRO GARCIADIEGO DANTAN

## I

Bertrand Russell, en el prólogo de su autobiografía que publicó a la edad de noventa y cinco años, afirmó que tres pasiones habían guiado su vida: la búsqueda del amor, la investigación del conocimiento y una compasión insoportable por el sufrimiento de la humanidad. Es difícil creer que estas tres pasiones hayan tomado forma y arraigado en su mente alrededor de 1901 y 1902, cuando él tenía solamente veintinueve años y le quedaban, sin saberlo, casi otros setenta años más por recorrer. Aunque no hay manera de cuantificar el efecto que estas tres pasiones ejercieron en el trabajo intelectual de Russell en la época, no hay duda de que su estado emocional y anímico debió haber tenido cierto impacto en su desempeño académico. Para el propósito de este ensayo es importante tener presente que estos eventos ocurrieron en la época en que Russell escribía la versión final de *The Principles of Mathematics* (*Los principios de las matemáticas*).

A los treinta y un años de edad, en mayo de 1903, Russell publicó *Los principios de las matemáticas*. Desde entonces, el libro ha ejercido una profunda influencia en la filosofía de las matemáticas, especialmente respecto a asuntos relacionados con los fundamentos del concepto de número. En relación con esto, años después y en retrospectiva, Russell se sintió fuertemente satisfecho porque se dio cuenta de que su trabajo había tenido un poderoso impacto en su área de estudio. Incluso llegó a afirmar que la mayoría de "los filósofos de las matemáticas tienen diferentes pensamientos de los que hubieran tenido si yo no hubiese existido".<sup>1</sup>

A pesar de que este libro se ha convertido en una de las obras de mayor influencia en el ámbito de los fundamentos de las matemáticas del siglo XX, Russell tenía una opinión negativa

de los méritos del libro aun antes de que llegase a estar disponible por primera vez en las librerías.<sup>2</sup> Inmediatamente, surge una pregunta histórica muy sencilla: ¿Por qué Russell consideraba la publicación de *Los principios de las matemáticas* como un fracaso aun antes de que éste fuese publicado? Para responder a esta interrogante es necesario explicar primero por qué, cómo y cuándo escribió Russell el libro y analizar su estado emocional durante esa época. No intentaré proporcionar una respuesta detallada a esta interrogante, la cual he discutido con detalle en ocasiones anteriores.<sup>3</sup> En lugar de ello, enfatizaré en el análisis del estado emocional de Russell, pero para esto es necesario remontarnos hasta sus primeras raíces.

## II

Bertrand Russell nació el viernes 18 de mayo de 1872 en Gales. De acuerdo al diario de su madre, fue un recién nacido gran-

---

<sup>2</sup> Véanse, entre otras, las cartas de Bertrand Russell a Lowes D. Dickinson (del 2 de agosto de 1902); a Gilbert Murray (del 28 de diciembre de 1902); a Elie Halévy (del 19 de julio de 1903), y a Helen Flexner (del 13 de mayo de 1903). (En lo que sigue, de no proporcionar explícitamente el lugar de procedencia de las misivas, se supondrá que éstas —o sus copias— se conservan en los archivos de Bertrand Russell [*The Bertrand Russell Archives*, McMaster University, Hamilton, Ontario, Canadá]) Algunas de estas misivas han sido recientemente publicadas en *The Selected Letters of Bertrand Russell. The Private Years 1884-1914*, editado por Nicholas Griffin, Houghton Mifflin Company, Boston, 1992, vol. 1.

<sup>3</sup> Presenté versiones preliminares de ensayos en esta dirección en el XIX Congreso Nacional de la Sociedad Matemática Mexicana (Guanajuato, México, 1984) y en la Reunión Anual Conjunta de la American Mathematical Society y la Mathematical Association of America (Phoenix, Arizona, 1989). Sin embargo, es en *Bertrand Russell and The Origins of The Set Theoretic Paradoxes* (Birkhäuser, Basel, 1992) [traducción castellana: *Bertrand Russell y los orígenes de las paradojas de la teoría de conjuntos*, Alianza Editorial, Madrid, 1992] donde discuto detalladamente algunos de los aspectos técnicos de la composición de esta obra.

<sup>1</sup> Véase carta de Bertrand Russell a lady Ottoline Morrell del 21 de agosto de 1912; citada en Ronald W. Clark, *The Life of Bertrand Russell*, Butler & Tanner, London, 1975, p. 189.

de, gordo, feo, vigoroso y fuerte. Sus padres, John Russell (1842-1876) y Katherine Stanley (1842-1874) estaban preparados para proporcionar a la educación de Bertrand un medio ambiente liberal. Lord y lady Amberley, como eran conocidos los padres de Russell por la sociedad de su época, apoyaban y *practicaban* ideas avanzadas tales como la libertad de pensamiento en religión, sufragio para las mujeres, relaciones extramaritales y control natal.<sup>4</sup>

Desafortunadamente, todo empezó a cambiar cuando Bertie, como lo llamaban sus amigos y parientes cercanos, tenía dos años de edad, aproximadamente. Primero, su madre y su hermana murieron de difteria en 1874 y, casi dos años después, también murió su padre. Los abuelos paternos de Russell obtuvieron la custodia de los niños sobrevivientes, Bertie y su hermano mayor Frank (1865-1931), y no los potenciales tutores que originalmente nominaron



los padres de Russell para asumir la custodia de los niños. Bertie se mudó a la residencia de sus abuelos; sin embargo, el jefe de la familia, lord John Russell (1792-1878), quien fungió dos veces como primer ministro de Inglaterra, también murió dos años después. Así, la educación inicial de Russell recayó en su abuela, lady Frances Anna Maria Elliot (1815-1898). Esta mujer ejerció una influencia muy poderosa en la educación de Russell. Su enfoque educativo fue completamente opuesto al que habían planeado los difuntos padres. Ella consideraba la disciplina como la base

del carácter, y actuó de acuerdo a sus creencias para criar a su nieto.

La vida inicial [de Russell] fue de gran comodidad. Además de él, en Pembroke Lodge estaban solamente su abuela, su tía Agatha y su tío Rollo. Frank se encontraba ahí solamente durante las vacaciones escolares. Para encargarse de los Russell había once sirvientes; de modo que ningún Russell tuvo que realizar tarea doméstica alguna. Además, hubo una sucesión de institutrices (en los primeros años) y tutores (en los años posteriores), casi todos extranjeros, quienes se encargaban del desarrollo intelectual de Bertrand. Ninguno de éstos se quedaba por mucho tiempo, porque Lady Russell no quería que Bertrand fuera indebidamente influido por alguien, excepto por ella misma y sus hijos. Cuando aparecían signos de que Bertrand y algún tutor habían desarrollado una relación personal distinta a una formal, el tutor era destituido, con frecuencia sin siquiera permitirle ofrecer su adiós a Bertrand. A la hora de la lección, simplemente había un tutor nuevo.<sup>5</sup>

En la casa de sus abuelos, Russell no parecía disfrutar de un medio ambiente que le permitiera promover su futuro desarrollo intelectual. Incluso es cuestionable si era un medio ambiente, social, emocional y afectivo, adecuado para un niño pequeño.<sup>6</sup> En Pembroke Lodge, Russell estuvo rodeado estrictamente por personas mayores, quienes parecían ser completamente insensibles a las necesidades emocionales de un niño. Sus tíos (Rollo y Agatha) no eran estables mentalmente. Su tío tenía dificultades extremas para socializarse con otros adultos. Su tía Agatha estuvo una vez comprometida, pero el compromiso tuvo que romperse cuando empezó a sufrir alucinaciones insanas. Ninguno de ellos se casó.

Los adultos en Pembroke Lodge no apreciaban las matemáticas y la filosofía como disciplinas intelectuales. Las matemáticas eran censuradas porque no tenían contenido ético. En cuanto a la filosofía, los parientes de Russell sencillamente ridiculizaron los intereses filosóficos de éste. Por ejemplo, se cuenta que la abuela para demostrarle lo inútil de la filosofía le refería con frecuencia un juego de palabras: "*What is mind? No matter. What is matter? Never mind.*"<sup>7</sup> Pronto aprendió a guardar para sí mismo sus pensamientos filosóficos. Sin embargo, a pesar de esta actitud, su hermano mayor lo inició en la geometría de Euclides a la edad de once años. Aunque

<sup>5</sup> John Slater, "Bertrand Russell, Polymath", escrito mecanografiado inédito, University of Toronto, 1982, p. 1.

<sup>6</sup> Amabel Huth Jackson, tal vez la única amistad de Russell en sus primeros años, afirma que "aún siendo pequeña me di cuenta de lo inadecuado del lugar [Pembroke Lodge] para que los niños crecieran allí". Amabel H. Jackson, *A Victorian Childhood*, citado por Bertrand Russell (*The Autobiography of Bertrand Russell, 1872-1914*, George Allen & Unwin, London, 1967, p. 30).

<sup>7</sup> En la traducción literal al español de este juego de palabras se pierden el sentido original: "¿Qué es la mente? No importa. ¿Qué es la materia? Olvidalo."

<sup>4</sup> Aquellos interesados en conocer algunos de los detalles del pensamiento de los Amberley deben consultar: *The Amberley Papers. The Letters and Diaries of Bertrand Russell's Parents*, Bertrand and Patricia Russell, editores, W. W. Norton & Company Inc., New York, 1937, 2 vols.

Russell se sintió terriblemente decepcionado debido a que se tenían que aceptar los axiomas como verdaderos sin prueba alguna, estuvo fascinado por las demostraciones mismas. Realmente no se sabe si su estudio de Euclides fue cuidadoso o completo. En aquella época, Russell no hizo ningún comentario acerca de los aspectos elementales de la geometría (*e. g.*, definiciones) ni de las cuestiones más avanzadas o difíciles. Tanto Russell como algunos de los eruditos que han estudiado su obra, han señalado que no debemos tomar esta anécdota superficialmente, ya que Russell estuvo interesado en la validez de los fundamentos de la geometría desde aquel entonces, hasta que tuvo treinta y ocho años de edad.<sup>8</sup>

Es razonable suponer que Russell disfrutara de una educación muy por encima del promedio de los niños de su época.<sup>9</sup> Como descendiente directo de un primer ministro era de esperarse que prosiguiera una carrera relacionada con el servicio público o la política, teniendo tal vez un impacto marcado en el destino futuro de la Gran Bretaña. Russell recibió conocimientos de historia, literatura británica y ciencia y aprendió idiomas. A temprana edad podía hablar alemán y francés igual que un nativo, y poseía conocimiento elemental del italiano. Tal vez, como consecuencia de su estudio del papel de los Whigs en la historia, Russell, finalmente, llegó a convencerse de la posibilidad del progreso social gradual basado en el conocimiento racional. A pesar de la contraria opinión de los adultos, Russell concebía que las matemáticas eran el mejor ejemplo de este tipo de entendimiento y, más importante aún, que eran la base de cualquier tipo de conocimiento racional completo.

El sexo, la religión y las matemáticas dominaron los intereses intelectuales de Russell en su adolescencia. En esta etapa, como él mismo lo afirma, fue un “joven solitario, tímido y mojigato” que no tenía “experiencia de los placeres sociales de la juventud y no los echaba de menos”.<sup>10</sup> Asistió a la escuela por primera vez a la edad de dieciséis años, pero no encontró gratificante, o siquiera deseable, la amistad de sus compañeros de clase.

Por el contrario, de acuerdo con los resultados de Russell, todo salió bien en la Universidad de Cambridge desde el momento en que llegó, en octubre de 1890. Allí encontró el medio ambiente intelectual que había extrañado durante muchos años mientras vivía con sus abuelos. Su época de soledad extrema y de introversión había terminado. Durante un tiempo siguió convencido de que la única manera de adquirir cualquier conocimiento cierto era a través del estudio de las mate-

máticas. Sin embargo, Russell no tardó mucho en pensar que las demostraciones matemáticas enseñadas en el salón de clases por sus maestros con frecuencia eran falaces. Poco después de presentar los exámenes generales de matemáticas (*Mathematical Tripos*), en junio de 1893, decidió abandonarlas.

En su cuarto año en Cambridge (Trinity College), Russell modificó su programa de estudios para incluir filosofía. En esa época, Russell leyó, entre otras, obras de Mill, Bradley, Leibniz, Hume, Kant, Spinoza, Descartes, Spencer, Darwin, y Platón. También se enteró de las obras de Georg Cantor y Gottlob Frege, pero no las leyó por aquel entonces. En esta época, Russell abandonó las ideas de Mill (a quien había estudiado incluso antes de llegar a Cambridge) y adoptó el renacer británico del idealismo alemán conocido como neohegelianismo.

Mientras tanto, desde el punto de vista sentimental, Russell se había enamorado de una joven cuáquera estadounidense.



Su nombre era Alys Pearsall Smith y era cinco años mayor que él. Su edad, nacionalidad y costumbres, proporcionaron razones suficientes para que lady Russell considerara que no era una buena candidata para su nieto. Lady Russell vigorosamente intentó disuadirlo de casarse. La familia recurrió a los clásicos estereotipos en la materia. Por ejemplo, los separaron enviándolo a él a Francia, donde trabajó como agregado extranjero en la embajada británica en París. Subsecuentemente, lady Russell intentó manipular a su nieto haciéndole notar la historia clínica mental de la familia. Por el lado de la familia paterna, durante su infancia y adolescencia, como hemos descrito ya, Russell había estado en contacto cercano con sus tíos mentalmente inestables, Rollo y Agatha. Después, el médico de la familia le informó que otro tío (William) también había estado “loco”. A la edad de veintiún años, cuando Russell tuvo acce-

<sup>8</sup> Bertrand Russell, “My Mental Development”, en *The Philosophy of Bertrand Russell* (Col. The Library of Living Philosophers), Paul A Schilpp, editor, Open Court, Illinois, 1989, vol. v, p.12.

<sup>9</sup> Para un análisis detallado de la educación matemática inicial de Russell véase Nicholas Griffin y Albert C. Lewis, “Bertrand Russell’s Mathematical Education”, en *Notes and Records of The Royal Society of London*, 44, 1990, pp. 51-71.

<sup>10</sup> Bertrand Russell, *Portraits from Memory*, George Allen & Unwin, London, 1956, p. 9.

so, por primera vez, a los diarios íntimos, correspondencia y escritos personales de sus padres biológicos, es posible que le haya sido difícil convencerse de que hubieran gozado en plenitud de sus facultades mentales. Por ejemplo, un tutor de Frank, Douglas A. Spalding (1840?-1874) sufría de tuberculosis. Los Amberley decidieron que era injusto para Spalding permanecer célibe y lo invitaron a convivir íntimamente con lady Amberly durante un breve periodo. Eso no era todo. Según su abuela y el médico familiar, el padre de Russell había sufrido de epilepsia. Trataron de convencer a Russell de lo que consideraban era una diagnosis clara. A pesar de que Bertie estaba sano por aquel entonces, era posible que sus hijos resultaran perturbados mentalmente. Sin embargo, a pesar de la oposición, Bertie y Alys se casaron el 13 de diciembre de 1894, con la firme intención de practicar control natal.

Unos pocos años después, a mediados de 1898, aún bajo la influencia filosófica de algunos de sus ex maestros de la Universidad de Cambridge, Russell empezó a trabajar en un libro sobre los principios de las matemáticas, que había sido su "ambición principal a partir de los once años de edad",<sup>11</sup> ocasión en que por primera vez tuvo contacto con *Los elementos* de Euclides.

G. E. Moore (1873-1958), un hombre a quien Russell consideraba genio, había superado recientemente la influencia de los neohegelianos. Moore revisó críticamente ese primer manuscrito de Russell —titulado *An analysis of mathematical reasoning* (Un análisis del razonamiento matemático)— y lo convenció de la improcedencia filosófica de los principios neohegelianos, especialmente respecto a los fundamentos de las matemáticas. Pronto Russell empezó un segundo intento de su "gran libro" (*The fundamental ideas & Axioms of mathematics*, [Las ideas y axiomas fundamentales de las matemáticas]). Sin embargo, abandonó este esfuerzo casi inmediatamente, pero sólo dos meses después, alrededor de julio de 1899, Russell empezó a trabajar en un tercer bosquejo de su libro sobre los principios de las matemáticas. La clave para explicar por qué Russell no siguió simplemente trabajando sobre las ideas fundamentales contenidas en el manuscrito previo, en lugar de iniciar uno nuevo, parece ser la influencia que ejerció en él la obra de Cantor.<sup>12</sup> Este tercer intento se intituló *Principles of mathematics* (Principios de las matemáticas), el cual Russell escribió entre julio de 1899 y junio de 1900, justo antes de asistir al Primer Congreso Internacional de Filosofía celebrado en París en julio de 1900. Russell materializó cambios importantes entre este último manuscrito y los dos anteriores. Con anterioridad, Russell se

había negado a discutir incluso los posibles usos matemáticos de la teoría de los números transfinitos de Cantor. Para mediados de 1900, sin embargo, utilizó las ideas de Cantor para explicar la compleja naturaleza de ciertos conceptos matemáticos, tales como los de *orden*, *sucesión*, *continuidad* e *infinitud*, aunque no tenía claridad acerca de la base filosófica de la teoría de Cantor.

### III

Russell llegó al Primer Congreso Internacional de Filosofía con una firme creencia en las ideas platónicas, como resultado de la influencia de Moore. También había rechazado la lógica de sujeto-predicado, como consecuencia del impacto de Bradley. Más importante aún, Russell estaba convencido para ese entonces de que todas las *antinomias filosóficas* se podían resolver o reducir a una simple dificultad relacionada con el concepto de número infinito, la cual se podía resolver por medio de un análisis filosófico adecuado del término *cualquiera* (el cuantificador existencial). En los manuscritos anteriores sobre los fundamentos de las matemáticas había señalado que esas antinomias relacionadas con el concepto de número infinito eran insolubles. Antes, había criticado el *Mengenlehre* de Cantor por carecer de una base filosófica correcta para tratar las antinomias. En esa época, como lo argumentó Russell, el origen de las "intolerables contradicciones" se encontraba en la suposición de que las sucesiones infinitas bien definidas (o series ordenadas) tenían un último término. Aproximadamente dos años antes, Russell se había sentido indignado a causa de Cantor, debido a la suposición de éste de la existencia de  $\omega$  (el primer número transfinito), siendo que no existía un último término en la sucesión de todos los números naturales.

El congreso fue la causa, según dijo Russell, de un punto de inflexión en su vida intelectual. Muchos años después, en retrospectiva, afirmó que el "cambio [ahí sufrido] fue una revolución; cambios subsecuentes han sido de una naturaleza evolutiva".<sup>13</sup> En septiembre y octubre de 1900, mientras leía las obras de Peano, decidió extender su estudio a la lógica de las relaciones. Es importante tener presente que Russell debió haber creído en esa época que era posible suponer la consistencia del vasto campo de las matemáticas, y no esperaba encontrar contradicciones en él. Este punto de vista se apartaba de algunos de los principios neohegelianos que había seguido unos años antes. Intelectualmente hablando, Russell pensó que había llegado al pináculo de su vida en septiembre de 1900, a pesar de que ésta continuaría, como he mencionado antes, durante otros setenta años aproximadamente. Un mes después, se sentó a componer lo que esperaba sería una versión nueva y definitiva de su libro sobre los principios de las matemáticas, empresa que había eludido durante los últimos tres años.

<sup>11</sup> Bertrand Russell, "How I Came to my Creed", en *The Realist*, 1 sept., 1929, p. 15.

<sup>12</sup> En el XVII International Congress of History of Science (Berkeley, California, EUA, 1985), presenté una ponencia donde discutí la influencia gradual de Cantor sobre Russell. Este ensayo fue publicado posteriormente como: Alejandro R. Garciadiego, "L'influence de Georg Cantor sur Bertrand Russell", en *Cahiers du Seminaire d'Histoire des Mathématiques de Toulouse*, núm. 8, 1986, pp. 1-14.

<sup>13</sup> Bertrand Russell, *My Philosophical Development*, Unwin Books Edition, Great Books, 1975, p. 9.

Mientras tanto, en febrero de 1901, Russell sufrió la primera de varias experiencias emocionales traumáticas, produciéndole un cambio en su manera de ser. Primero, fue testigo ocular de cómo la señora Whitehead (esposa de su maestro y asesor, Alfred N. Whitehead [1861-1947]) experimentaba un dolor severo —ocasionado, aparentemente, por un infarto—. Por primera vez, en un destello mental que no duró más de cinco minutos, Russell reflexionó sobre el sufrimiento físico humano, sobre la soledad del espíritu humano, sobre la educación pública, sobre el uso de la fuerza, entre otros asuntos. Políticamente hablando, rechazó sus creencias imperialistas y se convirtió en un pacifista; y, como afirmó él:

habiéndome preocupado durante años solamente por la exactitud y el análisis, me encontré a mí mismo lleno de sentimientos parcialmente místicos acerca de la belleza, con un intenso interés por los niños, y con un deseo casi tan profundo como el de Buda por encontrar alguna filosofía que hiciera soportable la vida humana.<sup>14</sup>

Desafortunadamente, su luna de miel intelectual tampoco duró mucho tiempo. Incluso antes de que hubiese terminado en diciembre de 1900 el primer bosquejo de la versión definitiva de su libro, Russell pensó que había encontrado una falacia en la obra de Cantor, que ahora era piedra angular de su trabajo. En palabras del propio Russell:

existe un número mayor que todos los números infinitos, el cual es el número de todas las cosas juntas, de toda especie y tipo. Es obvio que no puede haber un número mayor que éste, porque, si todo ha sido tomado, nada queda por agregarse. Cantor tenía una demostración de que no existe un número máximo [...] Pero en este punto, el maestro ha sido culpable de una falacia muy sutil [...].<sup>15</sup>

Con el tiempo, lenta e inconscientemente, Russell conceptualizaría el aparente error de Cantor a través de dos contradicciones distintas e inevitables y, con esto, revolucionaría el ámbito de los fundamentos y la filosofía de las matemáticas.

Entre enero y junio de 1901, Russell cambió su atención del problema original involucrado con el supuesto error de Cantor, a una discusión acerca de la clase de todas las clases que no son miembros de sí mismas. Para Russell, probablemente ésta fue la más importante de las dos contradicciones debido a su simplicidad técnica y también porque ignoraba que él era el descubridor de la otra contradicción, ahora conocida como la *paradoja de Cantor*. La primera contradicción surgió cuando se preguntó si esta clase era miembro de

sí misma o no. Cada respuesta llevaba a su opuesta.<sup>16</sup> Este descubrimiento marcó el final de la luna de miel intelectual de Russell, justo unos pocos meses después de haber empezado. De nueva cuenta, según él: “en el verano de 1901, casi después de un año de progreso intelectual triunfante e ininterrumpido, tropecé con el hecho de que la lógica, como hasta ahora había sido practicada universalmente, conducía a paradojas”.<sup>17</sup>

Para junio de 1901, Russell se enfrentaba a un nuevo reto: las recientemente descubiertas *contradicciones* de la teoría de los conjuntos (la de Cantor y la suya propia) tenían que resolverse antes de que *Los principios de las matemáticas* pudiese presentarse a los impresores. Obviamente, los ánimos ya eran otros. Para ese entonces, ya llevaba casi cinco años tratando de terminar su libro y, ahora, enfrentaba nuevas dificultades. Al principio, pensó que ésta era una cuestión trivial, pero gradualmente, para su desdicha, se percataría de que realmente era una tarea enorme. No estamos seguros si Russell trabajó en *Los principios de las matemáticas* entre junio de 1901 y febrero de 1902, aunque sabemos que pasó parte del tiempo (en julio de 1901) dictando su autobiografía a su esposa.<sup>18</sup> No sobrevive evidencia alguna que apoye la aserción de que algunas secciones substanciales de *Los principios de las matemáticas* hubiesen sido escritas, o al menos revisadas, durante este periodo. Desafortunadamente, tan pronto como Russell decidió realizar un último esfuerzo para terminar el libro, se enfrentó a otro trauma emocional.

Este tercer trauma personal ocurrió en febrero de 1902. Mientras se encontraba paseando en bicicleta, se percató de que había dejado de amar a su esposa Alys. Esta revelación fue devastadora: se habían relacionado antes en términos extremadamente íntimos. Estaba consciente de que ella aún estaba enamorada de él. Cuando le manifestó sus sentimientos, Alys se sintió tan desconcertada que tuvo que ser internada en una “casa de reposo”, donde permaneció por diversos periodos durante los años inmediatos. El intenso dolor emocional de ambos se refleja en el diario personal que Russell mantenía por esos días. A partir de entonces y hasta 1911, llevó una

<sup>16</sup> Tal vez la versión más popular de la contradicción sea la siguiente: supóngase que los bibliotecarios de un país acostumbran redactar las fichas bibliográficas de los libros en cuadernos y no en tarjetas individuales. Algunos de los bibliotecarios, al llenar por completo los cuadernos, los catalogan como parte del acervo bibliográfico, y, por así decirlo, catalogan el propio catálogo. Supóngase ahora que el bibliotecario en jefe del país decide hacer un catálogo de todos aquellos catálogos que no se catalogan a sí mismos, es decir, aquellos que los bibliotecarios no han incluido en el acervo. ¿Este catálogo general debe catalogarse a sí mismo o no? Si no se cataloga a sí mismo, entonces es uno de esos catálogos que debe catalogarse en este nuevo catálogo especial. Pero, si el catálogo se cataloga a sí mismo, entonces no debe catalogarse en el catálogo especial. De cualquiera de las dos respuestas, se sigue su opuesto.

<sup>17</sup> Bertrand Russell, *My Own Philosophy, a New Essay*, McMaster University Library Press, Canadá, 1972 (originalmente escrito en 1946), p. 8.

<sup>18</sup> Véase carta de Russell a Helen Flexner del 3 de julio de 1901, fólter 419.

<sup>14</sup> Bertrand Russell, *The Autobiography of...*, p. 146

<sup>15</sup> Bertrand Russell, “Recent Work on The Principles of Mathematics”, en *International Monthly*, 4, 1901, p. 95.

vida de miseria moral y sexual con Alys. Al trabajar bajo estas circunstancias, trató de terminar el libro pero, como dijo a su esposa: "No puedo, bajo las condiciones y tiempo actuales, terminar el libro en estilo, pero puedo parchar algo que sirva para ser publicado."<sup>19</sup>

En el mes de mayo de 1902 Russell trabajó arduamente en su libro; en ocasiones, durante más de siete horas al día. En esta época, Russell mantuvo correspondencia detallada y continua —a veces hasta tres veces en un día— con Alys, permitiéndonos entender sus sentimientos conforme escribía los folios finales del manuscrito. No estuvo satisfecho en lo absoluto con el producto final, pero fue lo mejor que pudo hacer bajo las circunstancias descritas. Ahora, estaba ansioso por publicarlo tan pronto como fuese posible, para quitar el libro de su mente. Al completarlo, sintió "una especie de alivio fatigado como al final de un largo, polvoriento y cansado viaje en tren".<sup>20</sup> La apreciación de Russell de sus logros fue objetiva: "el libro estará lleno de imperfecciones y hará surgir innumerables preguntas que no sé cómo contestar. Contiene una buena cantidad de actividad mental, pero el producto final no es una obra de arte, como esperaba que lo fuera".<sup>21</sup> Incluso consideró que había sacrificado sus ideales, trabajo e intelecto en el altar de las matemáticas. Terminó el libro, súbita e inesperadamente, el 23 de mayo de 1902.

Russell escribió a Peano y a Frege sobre las contradicciones. Aparentemente no recibió respuesta del primero. Sin embargo, es posible que el tono y la premura por responder de Frege lo convencieron de la relevancia de sus descubrimientos. Esto fue muy desafortunado simplemente porque la existencia misma de las contradicciones demostraba que la tesis principal de Russell era insostenible; como dijo a Couturat, este hecho disminuyó grandemente el valor del libro.<sup>22</sup>

Por último, mencionaré otra cuestión que pudo haber cooperado en esta situación de depresión, desasosiego y desilusión. Contrario a lo que algunos colegas contemporáneos han afirmado, Russell, en apariencia, no aceptó pasivamente el retrato superficial presentado por Bell de la enfermedad mental de Cantor.<sup>23</sup> A pesar de que sabemos que a la hora de su muerte Russell poseía un ejemplar de la obra de Bell (*Men of Mathematics*, Simon & Schuster, New York, 1937) en su biblioteca personal, también es un hecho que se enteró de las dificultades mentales de Cantor al menos desde el 21 de noviembre de 1902 cuando registró el hecho en su diario perso-

nal.<sup>24</sup> Este evento probablemente representó otro desequilibrio emocional para Russell entre 1901 y 1902. La personalidad que más había influido en su trabajo matemático había terminado en un asilo para enfermos mentales. ¿No correría él la misma suerte? ¿No existían los antecedentes médicos que le habían descrito su abuela y médico familiar? Un mes después, cuando Russell entregó el prefacio de su libro a los impresores, reconoció públicamente la profunda influencia de Cantor en su obra. Este fue un tributo bien merecido.

Posteriormente, muchos años después, en su autobiografía, Russell presentó una imagen de Cantor poco halagüeña e incluso despectiva, enfatizando sus desvíos de personalidad y enfermedad mental. Tal vez, en los años intermedios, Russell había sido influenciado por el punto de vista de Bell; también es posible que por las descripciones inexactas de Cantor contenidas en la literatura secundaria. Aún peor, es posible que haya llegado a estar celoso de la fama y reputación de Cantor y hubiera querido desacreditarlo. Cualquiera que sea la explicación, la apreciación de Russell sobre Cantor contenida en su autobiografía es injusta y está prejuiciada. La opinión que expresó a principios del siglo XX es mucho más veraz y objetiva.

## IV

*Reflexión final*

Entre 1898 y 1903, periodo en el que concibió su obra filosófica de mayor trascendencia, Bertrand Russell (premio Nobel de literatura en 1950) se vio expuesto a diversas situaciones que influyeron directamente en el desarrollo de esta obra. En general, historiadores de las ciencias y de las matemáticas dedican sus mayores esfuerzos a la reconstrucción de factores académico-intelectuales: formación académica del individuo, lecturas que realizó, influencias técnicas a las que estuvo expuesto y contactos personales, entre otros. Estos mismos académicos leen a los clásicos como individuos inmunes y ajenos al mundo emocional y subjetivo que los rodeaba. En breve: conciben sus obras como objetos petrificados por el tiempo. Olvidan que fueron escritas en un pasado remoto y que sus autores formaron parte de la sociedad de su tiempo. Olvidan, particularmente, los factores subjetivos humanos que intervinieron en su elaboración. En el caso que nos ocupa, la composición de *Los principios de las matemáticas*, nos hemos percatado de que el estado emocional de Russell jugó un papel fundamental en la presentación final del libro. En nuestro juicio de *Los principios de las matemáticas* no podemos excluir el estado anímico depresivo de Russell que influyó para que no terminara el trabajo de una manera adecuada. ♦

<sup>19</sup> Véase la carta de Bertrand Russell a Alys del 30 de abril de 1902.

<sup>20</sup> Carta de Bertrand Russell a Alys del 16 de mayo de 1902.

<sup>21</sup> *Idem*.

<sup>22</sup> Carta de Russell a Louis Couturat del 29 de septiembre de 1902.

<sup>23</sup> Cfr. Joseph Dauben, *Georg Cantor: his Mathematics and Philosophy of The Infinite*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1979, p. 2. Véase también, Ivor Grattan-Guinness, "Georg Cantor's Influence on Bertrand Russell", en *History and Philosophy of Logic*, 1, 1980, pp. 61 y 62.

<sup>24</sup> En esta fecha, Russell simplemente escribió: "He escuchado que Cantor está loco y que se encuentra en un asilo", Bertrand Russell, "Journal: 12 September 1902 to 3 April 1903"; ahora, impreso en Bertrand Russell, *Contemplation and Action 1902-1914* (The Collected Papers of Bertrand Russell, vol. XI), George Allen & Unwin, London, 1985, p. 11.

# El iris silvestre



LOUISE GLÜCK

Al fondo de mi sufrimiento  
había una puerta.

Escúchame: eso que llamas muerte  
lo recuerdo.

Allá, ruidos, ondulantes ramas de pino.  
Luego nada. El sol, débil,  
cintilaba sobre la seca superficie.

Es terrible sobrevivir  
como conciencia  
enterrada en la tierra oscura.

Luego todo acabó: eso que temes, ser  
un alma e incapaz  
de hablar, termina abruptamente, la tierra  
tiesa se inclina un poco. Y lo que creí aves  
se sumergen en la suavidad de los arbustos.

Tú, que no recuerdas  
el paso desde el otro mundo,  
escucha: yo podría volver a hablar: todo  
lo que regresa desde el olvido  
regresa para hallar voz:

desde el centro de mi vida surgió  
un gran manantial, azules y profundas  
sombas sobre celeste agua marina.

VERSIÓN DE PURA LÓPEZ COLOMÉ

# México a vuelapluma



ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO

## *Los orígenes*

Según lo tienen bien averiguado los arqueólogos (ellos sabrán por qué) hace aproximadamente veintiún mil años había ya ejemplares de la raza humana hasta en la actual área metropolitana de México. Sabemos además que aquellos primates nuestros se sirvieron de implementos de piedra, de obsidiana especialmente, en cuyo manejo habían de alcanzar, andando el tiempo, tan extremada pericia en los macabros ritos del Templo Mayor.

Esqueletos de aquellos hombres no han podido encontrarse aún, y los más antiguos hasta hoy descubiertos corresponden al llamado hombre de Tepexpan, quien habría vivido por aquí hacia el año 7000 antes de Cristo.

Como quiera que sea, y miles de años más o menos (que aquí son por completo *quantité négligeable*), lo que importa subrayar es que si nos atenemos a la socorrida hipótesis del paso de nuestros venerables ancestros por el estrecho de Bering, a pie enjuto y sobre un bloque de hielo, a lo que se cree hoy, habrían sido ellos en realidad los primeros descubridores de América, así no hubieran parado mientes en ello, como Colón tampoco al creer que desembarcaba en la costa oriental de Asia cuando puso el pie en una isla caribeña del archipiélago de las Lucayas. Ahora bien, esta reflexión podría incidir en la controversia actual sobre descubrimiento o encuentro (el de ambos mundos, claro está), que volvería a darle la palma al descubrimiento, sólo que al efectuado por nuestros aborígenes al pasar de Asia a América por el estrecho congelado de Bering. Con un descubrimiento así concebido no estaríamos en modo alguno dependientes de Europa, que fue lo que tuvo presente el Estado mexicano al oponer a la tesis del descubrimiento la del encuentro de ambos mundos. "Hubo varios descubrimientos de América —ha escrito Ignacio Bernal—; unos realizados en la inconsciencia y otros en la ignorancia." Los primeros, los de nuestros aborígenes; los segundos, los colombinos.

A la vuelta de los años, de los siglos mejor dicho, establecido ya el sedentarismo de las tribus otrora nómadas, y dejando por lo pronto de lado a los mayas, en cuyo misterio no es posible entrar aquí y ahora, podemos registrar, esta vez con todo rigor histórico, el advenimiento de grandes culturas, ya no silvestres sino urbanas, comenzando por la cultura olmeca, cuya escultórica admirable, sus rostros humanos sobre todo, han pasmado al mundo entero, al que circula por las calles neoyorquinas, al toparse los transeúntes con la maravillosa cabeza yacente en la banqueta.

Viene luego el gran conjunto arquitectónico de Teotihuacan, obra de la cultura tolteca, con sus dos pirámides, del sol y de la luna, y con su centro urbano dominado por el templo de Quetzalcóatl. No sabe uno qué admirar más en estas imponentes construcciones, si la fuerza y armonía de las grandes masas pétreas tan bien distribuidas, o la delicadeza de ornato.

A la caída del imperio tolteca, el que está detrás de la civilización teotihuacana, asistimos a la formación de diversos estados, pequeños por la mayor parte, entre los cuales, como tenía que ser, hay una sucesión de guerras continuas. De repente, sin embargo, aparece entre aquella polvareda política un grupo al parecer insignificante, el cual había llegado con la avalancha de emigrantes que destruyeron el imperio tolteca y se establecieron sobre sus ruinas. Eran los mexicas, llamados por otro nombre aztecas, y los cuales pasaron de la insignificancia al dominio completo sobre los pueblos circunvecinos. Primero se establecieron en Chapultepec, hacia 1276, como súbditos del reino de Acolhuacán, y posteriormente, en 1325, reclamaron su asiento en un islote del lago de Texcoco, que con el tiempo se volvería la ciudad de Tenochtitlan, donde les pareció que sus dioses iban a serles propicios por la conjunción, en aquel islote, de sus animales totémicos, que eran el águila y la serpiente.

De tan humildes principios subieron en breve tiempo a gran poder, al punto de dominar no sólo en el altiplano del

Anáhuac, sino hasta la actual frontera con Guatemala, como la potencia más vigorosa en Mesoamérica y portadora, en el marco de la organización política que supieron darse, de las grandes culturas que habían sido sus precursoras.

Por el conquistador español sobre todo —ya que nuestros aborígenes ignoraron el alfabeto— sabemos lo que fue aquella metrópoli de maravilla cuando al trasponer los volcanes nevados y al columbrar desde lo alto aquel orbe de fulgor y sonido (canoas trajinando por tantos canales) que era entonces la Venecia americana, los hombres de Cortés, según lo narra Bernal, “nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, y aun algunos de nuestros soldados decían que si era entre sueños aquello que veían”.



### La conquista

Entre su desembarco en Veracruz (21 de abril de 1519) y la rendición final de Cuauhtémoc (13 de agosto de 1521), Hernán Cortés, al frente de su hueste y de los aliados indígenas, de que fue gradualmente haciéndose, inicia, prosigue y lleva a término la conquista y subyugación del Imperio azteca y la de sus aliados o vasallos, Texcoco, Tlacopan, Coyoacán e Iztapalapa.

Sin las tropas auxiliares indígenas, reiterémoslo, hubiera sido del todo imposible tamaña empresa, habida cuenta del exiguo contingente con que contaba Cortés, aun acrecido posteriormente con los hombres que trajo consigo, para combatir, Pánfilo de Narváez. Ahora bien, de estos señoríos indígenas allegados luego a Cortés, merece mención especialísima la república de Tlaxcala, enemiga mortal de los mexicanos (sobre todo por el impresionante número de cadáveres tlaxcaltecas que periódicamente rodaban descorazonados por las escaleras del Templo Mayor) y que no por coacción bélica, sino libremente, después de una amplia discusión entre los dignatarios de la república, optaron por la alianza con los españoles y guardaron su compromiso con fidelidad ejemplar. En las horas más negras, en la retirada de la Noche Triste, pudieron haber abandonado al conquistador, entregándolo a su suerte,

pero muy lejos de una actitud semejante, estuvieron a su lado en la recuperación de Otumba, y siguieron con él en la preparación militar del sitio de México, hasta la entrega final de Cuauhtémoc al pasar a la galera de García Olguín y a decirle a Cortés: “Quítame, Malinche, la vida, pues me has quitado la honra.” Hoy corre como proverbio entre nosotros el de que el mexicano está siempre con el que está más arriba, pero la verdad es que los tlaxcaltecas supieron desmentir esta aserción al ser fieles, aun en los peores extremos, a la palabra empeñada.

Por los métodos que siguió en un principio, en el curso de su anábasis de la costa a las altas mesetas (porque lo de Cholula no fue sino un madrugete), es de creerse que Cortés pudo haber acariciado la idea de una conquista pacífica, por la persuasión y no por la violencia; pero la verdad es que al capitán extremeño se le fue la mano, la mano dura, es decir, al haber hecho prisionero a Moctezuma a los seis días apenas de haber recibido su hospedaje, y con gran magnificencia por cierto, y todo por la sola razón de “la seguridad de los españoles y el servicio del Rey”. Más aún, llegó a echarle cadenas cuando supo de la muerte de unos españoles en Nautla, de lo que se inculpaba a Moctezuma.

Desmanes y vejámenes, todos éstos, que encendieron la cólera no de la masa inerte y servil de los macehuales, pero sí de los príncipes de la sangre, Cuitláhuac y Cuauhtémoc a la cabeza, quienes tuvieron perfecta conciencia de la necesidad de defender, hasta la muerte, la libertad e independencia de su patria. A todo lo cual añadióse aún, para acabar de exacerbar los ánimos, uno de los mayores crímenes de la conquista española, como lo fue la matanza ordenada por Pedro de Alvarado, en ausencia de Cortés, de la nobleza tenochca, con inclusión de mujeres y niños, mientras celebraban una fiesta religiosa en el Templo Mayor de México. No obstante las explicaciones o excusas ofrecidas más tarde, todos nuestros historiadores, hasta los historiadores de derecha, califican el hecho, según lo hace Bravo Ugarte, como “la acometida sanguinaria y sin medida de Alvarado, que excitó la ira del pueblo”. De ahí en adelante, y por todas las causas sobredichas, no había sino la guerra a muerte.

Del 20 de mayo al 13 de agosto de 1521 duró el sitio de México, cercados sus moradores por los bergantines que mandó construir Cortés, y el ejército de tierra, comandado, en cada una de las tres calzadas de acceso a la ciudad, por Alvarado, Olid y Sandoval. Diezmados los sitiados por la viruela que trajo un negro del ejército de Narváez, faltos de agua, de comida y de socorros, pero llenos de fiero patriotismo, los tenochcas defendieron, palmo a palmo, su ciudad. Al final, tratando de escapar de los bergantines que le rodeaban, cayó el emperador azteca, en aguas de Tlatelolco, en poder de García Holguín, quien lo llevó a Cortés. En la lápida conmemorativa erigida *in situ*, en la actual plaza de las tres culturas, escribió Jaime Torres Bodet: “No fue triunfo ni derrota. Fue el doloroso nacimiento del México mestizo, que es el México de hoy.”

La defensa de México como acto colectivo, y la lucha del emperador Cuauhtémoc, "Águila que cae", como persona individual, son sin duda hasta hoy y entre nosotros, los actos más sublimes del heroísmo mexicano, actos paradigmáticos, por lo demás, en la secuela heroica de los que les sucedieron. En su ejemplo templamos el ánimo todos cuantos hemos nacido sobre esta tierra.

### Filosofía de la conquista

A la postre y con todos sus horrores, la conquista estuvo bien. Nuestras civilizaciones aborígenes, no obstante su grandeza, reposaban sobre fundamentos bien frágiles por las deficiencias que las aquejaban. Faltabánles, según lo ha mostrado Carlos Pereyra, "los grandes cuadrúpedos productores de leche y carne, y los grandes cuadrúpedos susceptibles de utilización para el trabajo agrícola, para los transportes y para la guerra". Bueyes y caballos, en suma, animales de tiro y de tracción, *os tardos bois e os fêrvidos cavalos*, como dirá Camões.

Sin estos elementos, sin bueyes, asnos y mulas, la agricultura se contenía en los límites de la explotación hortense; y en lo demás, según sigue diciendo Carlos Pereyra, "prácticamente los aztecas y los otros pueblos del Anáhuac no habían pasado del estadio de utilización de la piedra pulimentada; ignoraban todavía el arte de reducir el hierro".

Abundando en esta ideología, Alfonso Reyes, por su parte, ha escrito lo siguiente:

Ignoraban la verdadera metalurgia y desconocían el empleo de la bestia de carga, que era sustituida por el esclavo... Su sistema de escritura jeroglífica no admitía la fijación de las formas del lenguaje, de suerte que su literatura sólo podía perpetuarse por tradición oral. Ni física ni moralmente podían resistir el encuentro con el europeo. (*México en una nuez*.)

No era posible, en suma, perpetuar indefinidamente una civilización montada en guajolotes y tamemes.

### El Virreinato

Con la paz tuvo lugar, empero, otra conquista, la llamada por Robert Ricard la conquista espiritual, o sea la evangelización del nuevo mundo, cifrada capitalmente en el Sermón de la Montaña sobre el amor universal, el cual supone por fuerza la doctrina de la igualdad radical entre todos los hombres.

De esta doctrina se hacen eco entre nosotros los dominicos, y muy en especial Bartolomé de las Casas, para el cual "todas las naciones del mundo son hombres y de cada uno dellos es una no más la definición". La humanidad es una: *All mankind is one*, según ha traducido Lewis Hanke. Así lo proclama Las Casas contra Sepúlveda, racista prehitleriano, y para el cual, a su vez, los indios americanos no eran sino

"hombrecillos, raza nacida para la esclavitud": *homunculi, gens nata ad servitutum*.

La contienda terminó, como tenía que ser, cuando el papa Paulo III, asumiendo plenamente la tesis lascasiana y dominica, se pronuncia en su célebre bula *Sublimis Deus* (9 de junio de 1537) sobre la racionalidad de los indios, iguales con todas las naciones en la participación de esta suprema dignidad del hombre que es la razón.

Es difícil cuantificar exactamente el contrapeso que pudiera hacerle, pero lo cierto es que los regulares, mucho más que el alto clero, trataron siempre de oponerse a los desmanes del poder político en el tratamiento de los indios.

Volviendo al plano político, tomemos nota de que, apenas consolidada la conquista, la Corona española, si bien remunerando los servicios de Cortés con el marquesado del Valle de Oaxaca, con veinticuatro mil vasallos en números redondos, no consintiendo, sin embargo, la supervivencia de un poder personal al lado o por encima del poder institucional, procedió sin más dilación al nombramiento primero de un poder colectivo encarnado en las dos audiencias que respectivamente se sucedieron, y últimamente en el nombramiento del virrey, régimen que continuó, sin interrupción alguna, hasta el fin de la dominación española. Sesenta y uno o sesenta y tres fueron los virreyes que tuvimos, según que se cuenten únicamente los nombrados por el rey de España, o también los dos intrusos (Garibay y Novella) nombrados por los españoles de México, para actuar, según ellos, en nombre del rey depuesto o incapacitado. Sesenta y uno o sesenta y tres: no difiere mucho en el balance final, pero hay que consignarlo.

En el legado espiritual que con la conquista recibimos de Europa entraron también no sólo las letras sagradas, sino las letras y artes de todo género, escalonadas históricamente en seis grandes culturas, a saber: la griega, la romana, la helénística, la bizantina, la medieval y la renacentista, cifra y compendio de todas las anteriores.

A todo este incomparable tesoro espiritual tuvo inmediato acceso el indio, el criollo y el mestizo, en las grandes instituciones docentes que surgieron luego en los albores de la Colonia, tales como el colegio para indios nobles de Santa Cruz de Tlatelolco (1533) y el de San José de los Naturales, y la Universidad de México, que abrió sus aulas en 1553, y que a partir de aquel momento, con maestros de la altura de Francisco Cervantes de Salazar y Alonso de la Veracruz, siguieron sin retraso la corriente europea general. Don Justo Sierra habló alguna vez del psitacismo de ciertas cátedras en la decadencia de la escolástica: "la inmensa pajarera", decía él. No lo negamos, pero lo mismo era allá que acá, allende como aquende el Atlántico.

Sea de todo ello lo que fuere, queda en pie el hecho irrefutable de que ya en el siglo XVII, el siguiente al de la conquista, México puede ofrecer al mundo los dos primeros mexicanos universales en Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz. ¡Qué dos Juanes de México! (A. R.)

De ellos no desmerecen los que vienen en el siglo siguiente, el de las luces, la promoción mayor de la Ilustración mexicana, el grupo de jesuitas mexicanos arrojados de súbito por el déspota a playas inhóspitas, de donde al cabo de mil penalidades, hambre, desnudez, naufragios, acabarán al fin por encontrar abrigo en Italia, en Bolonia principalmente. De la capital emiliana, según escribió Gabriel Méndez Plancarte, irradian a todo el mundo y a la posteridad el esplendor del humanismo criollo. Abad, Cavo, Alegre y Clavijero, un jiquilpense, un tapatío y dos jarochos, poseídos en el exilio de la conciencia de su ser mexicano, siéntense ya no como los vástagos de una raza, la peninsular, sino como los hijos de una tierra, la mexicana. La *Storia Antica del Messico* de Clavijero, no tiene otro fin, como él mismo lo dice, que el de hacer ver a la faz del mundo y contra sus detractores, cómo nuestros aborígenes fueron (y lo sigue siendo su descendencia) "capaces de toda ciencia y de todo saber".

Como a precursores remotos de la independencia nacional debemos ver hoy nosotros a aquellos ilustres mexicanos, y como precursores próximos, inmediatamente próximos, a los que intervinieron en las célebres sesiones del Ayuntamiento de México (1808), principalmente Azcárate, Verdad y Talamantes. Al producirse en España el vacío político por las renunciaciones de Carlos IV y Fernando VII (en manos de Napoleón), la soberanía, según observó el licenciado Primo de Verdad, síndico del Ayuntamiento, revertía en el pueblo. Al darse cuenta los gachupines de que una proposición semejante conducía derechamente a la independencia del reino, aprisionaron al virrey Iturrigaray, y en cuanto a Talamantes y Verdad, igualmente hechos prisioneros, murieron el primero en las tinajas de San Juan de Ulúa, y el segundo en las mazmorras de México.

Había que esperar, en suma, un breve tiempo, hasta que en la madrugada del 16 de septiembre de 1810 el cura de Dolores, Miguel Hidalgo y Costilla, proclamó ante sus feligreses y en el atrio de su parroquia, la independencia nacional.

### *México insurgente*

Después de una campaña fulgurante que remata en la victoria del Monte de las Cruces, desde el cual tiene a sus pies la capital del virreinato (todavía es un enigma el porqué no entró en ella) empieza Hidalgo a sufrir reveses, aunque con el intermedio del primer gobierno insurgente de Guadalajara, hasta la derrota final y total del Puente de Calderón (17 de enero de 1811). Aprehendido después Hidalgo con los demás jefes de la insurrección, fueron llevados a Chihuahua, donde fueron pasados por las armas, además de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez. Sus cabezas fueron clavadas, y ofrecidas al ludibrio universal, en las cuatro esquinas de la Alhóndiga de Granaditas, teatro de la mayor victoria del primer ejército insurgente. Diez años permanecieron allí, hasta el día de la consumación de la independencia.

Con igual suerte corrió, así en la prosperidad como en la adversidad, el generalísimo José María Morelos y Pavón, el mayor genio militar en la historia de México, el Rayo del Sur, como llegó a llamársele, por sus grandes acciones en la toma de Oaxaca y Acapulco, y el cual, no obstante —así son los azares de la guerra—, acabó por caer en poder de los realistas, hasta ser fusilado finalmente en San Cristóbal Ecatepec (22 de diciembre de 1815). Sus últimas palabras, pronunciadas al recibir la descarga mortal, han quedado grabadas en la mente y en el corazón de todos los mexicanos: "Dios mío, si he hecho bien, Tú lo sabes, y si mal, me acojo a tu misericordia."

A la muerte de Morelos, y pese a intermedios de insurgencia activa, como el de Ignacio López Rayón o el de Francisco Xavier Mina, la insurrección entra en un periodo de declinación, cuando no de moribundez, como lo muestra el hecho de acogerse todos, entre ellos Rayón, al indulto virreinal. Para 1820 quedaban apenas, sin haberse doblado al vencedor, Guadalupe Victoria, escondido donde fuera posible, hasta en el fondo de sus cuevas, y en las montañas del sur Pedro Ascencio, Vicente Guerrero y otros aun, aunque de mucho menor nombradía.

Antes de un bienio, sin embargo, figuraba México en el concierto de estados independientes y soberanos, y por obra sobre todo del mayor enemigo de los insurgentes, el coronel Agustín de Iturbide, el mexicano que ha derramado más sangre mexicana, hasta de mujeres, en sus campañas del Bajío sobre todo, y al servicio siempre, huelga decirlo, de la causa virreinal. En una de sus cartas al virrey Calleja, su digno émulo en ferocidad, escribía Iturbide: "Estoy convencido, por una triste experiencia, de que esta clase de delincuentes sólo dejan de serlo cuando concluyen la carrera de su vida." ¿Cómo entonces fue posible esta metamorfosis súbita, de la noche a la mañana, que de pronto se antoja semejante a la célebre metamorfosis paulina?

No hubo tal, seguramente, nada de eso, sino que Iturbide siguió, como siempre, el único norte de su vida, o sea su provecho y su ambición, al sobrevenir de repente un cambio radical de circunstancias en España y, por necesaria repercusión, en la Nueva España. Allá, en efecto, entró de nuevo a vigorar, por obra del motín de Riego, la constitución de Cádiz (1812) de corte liberal, con elecciones municipales, libertad de imprenta, abolición de la Inquisición, notables restricciones a los privilegios del clero y otras providencias semejantes, todo lo cual, y aunque muy a su pesar, hubo de promulgar entre nosotros el virrey Apodaca, urgiendo por su debido cumplimiento.

A todo esto, como era de esperarse, opusieron los españoles, los criollos ricos y el alto clero, los conjurados de la Profesa, en una palabra, todos los cuales no vieron otra solución que la independencia del reino, aunque con rey Borbón prefabricado y las viejas estructuras para siempre congeladas, haciendas, sotanas, charreteras y poder absoluto, con el pueblo, sin variar, en la opresión y en la miseria. Ahora bien, y según ha escrito el historiador Luis González, los conjura-

dos de la Profesa “coincidieron en el jefe que había de llevar adelante sus propósitos, en el coronel criollo Agustín de Iturbide, hombre valiente, cruel, parrandero y simpático, que siempre fue feliz en la guerra”.

Calco fiel de lo acordado en la Profesa, aunque con los retoques que le hizo luego Iturbide ya en campaña, al frente de la tropa cuyo mando le confirió el virrey, fueron el Plan de Iguala y los Tratados de Córdoba, en los cuales, con habilidad que no puede desconocerse, hizo consentir no sólo al general insurgente Vicente Guerrero, sino, para colmo de asombro, el último virrey que tuvimos, Juan O'Donjú, recién desembarcado en Veracruz, y que se incorporó sin más al ejército trigarante que, con Iturbide a la cabeza, hizo su entrada triunfal en México el 27 de septiembre de 1821.

### *México independiente*

Al igual de otros jefes de Estado que han purgado sus crímenes con un buen gobierno, o por lo menos hacerlos olvidar de su pueblo, Iturbide pudo haber hecho otro tanto al asumir de hecho la plenitud del poder desde el primer día del México independiente. Muy lejos de ello, hízose coronar emperador, o aceptó serlo, en un país donde, contra lo que han dicho los conservadores, no había la menor tradición monárquica, ya que, como ha escrito Rabasa (Sancho Polo), el virrey no era sino un empleado del rey de España, y en ningún sentido un rey por sí mismo. Lo único que pudieron inculcarnos los virreyes, siervos ellos mismos del monarca, fueron los hábitos serviles de los que, dicho sea de paso, estamos aún muy lejos de eximirnos.

Imperio de charanga y pandereta, como tenía que ser el primero de esta especie que tuvimos, aunque, a diferencia del segundo, autóctono y autónomo, no duró ni un año, del 21 de mayo de 1822 al 8 de abril de 1823, fecha en que el congreso aceptó la abdicación de Iturbide.

De paso primero por Liorna y radicado luego en Londres, Iturbide toma un día, por sí y ante sí, la fatal resolución de regresar a su patria, sin saber que el Congreso mexicano había expedido un decreto poniéndolo fuera de la ley, por lo que a los pocos días de haber desembarcado en Soto la Marina, es fusilado en Padilla, Tamaulipas, el 19 de julio de 1824. Murió sereno, valiente y cristiano. Al igual que de Maximiliano de Habsburgo, su hermano en infatuación e infortunio, puede predicarse de él el dicho de Petrarca: *Un bel morir tutta una vita onora*.

Proclamada la primera República federal es elegido presidente Guadalupe Victoria, bajo cierto aspecto el mejor de los mexicanos. Nunca derramó otra sangre sino en el campo de batalla, ni dobló la rodilla ante nadie, ni ante el virrey para acogerse al indulto, ni ante Iturbide emperador, por lo que sufrió prisión; ejemplo, a decir verdad, único y solo, pues hasta Guerrero, sumándose al servilismo universal, llegó a escribir a Iturbide estas abyectas palabras: “Tarde se me hace en ir a echarme a vuestras imperiales plantas.”

A Victoria, quien se retiró dignamente a la vida privada, sucedió luego, desde el motín de la Acordada y el saqueo del Parián en la “elección” de su sucesor, la secuencia interminable de asonadas, pronunciamientos, revueltas y desastres que caracterizan nuestra vida pública hasta los días de la Reforma. A todo lo cual, y para acabar de hacernos infelices, han de sumarse las sucesivas depredaciones territoriales (de Texas a la Mesilla, pasando por el Tratado de Guadalupe Hidalgo) de que fuimos objeto por parte de los Estados Unidos, y que sumadas todas arrojan un total muy superior a la mitad del territorio que entonces poseíamos.

De todo esto no puede quedar duda alguna, ya que con excepción de la Mesilla, vendida innoblemente por Santa Anna, el más funesto de los mexicanos, lo demás nos fue arrebatado por la fuerza, en ejecución del *Destino manifiesto*, lo que quiere decir la absorción paulatina de nuestro territorio. Lo sabíamos perfectamente, por lo demás, desde que en 1822, según lo consigna el historiador Silvio Zavala, Joel R. Poinsett corrió traslado al ministro Azcárate, valido de Iturbide, de las pretensiones de su gobierno, consistentes en la absorción completa de Texas, con la mayor parte de Coahuila, Sonora y Baja California, con toda la Alta, además, y Nuevo México.

Primero fue la provincia de Texas, perdida irrevocablemente al caer de repente el ejército de Houston en el campo de San Jacinto, donde todos los nuestros dormían la siesta, más pesada aún en el general Santa Anna por el láudano que había ingerido.

Mucho antes aun de que el evento ocurriera, el gobierno mexicano había declarado que la anexión de Texas a los Estados Unidos la consideraría como un *casus belli*, no obstante lo cual dejó correr el tiempo aun después de que la estrella solitaria pasó a ser una más en el pabellón norteamericano, el año de 1845.

Actitud de inercia, la que acabamos de registrar, que no podía prolongarse indefinidamente, y sobre todo después de que el ejército norteamericano, habiendo cruzado el río Nueces, que era entonces el límite reconocido entre Texas y México, llegó hasta el río Bravo y bajo los fuegos de Matamoros, con lo cual, y a menos de caer en la ignominia, no había sino repeler la fuerza con la fuerza, con lo que empezó formalmente la guerra entre ambos países.

Con la causa mexicana estuvo, con otros norteamericanos, el más grande de los hombres públicos que ha producido aquel país, Abraham Lincoln, el cual, ante los miembros del Congreso estadounidense, increpó al presidente Polk, el autor de la guerra, echándole en cara que “la sangre mexicana, como la de Abel, clama al cielo pidiendo justicia”.

Fue una guerra que perdimos no por falta de hombres ni de municiones, sino por hambre, miseria y fatiga, como se vio claro en la Angostura, donde al quedar dueño del campo el ejército mexicano, que no había comido en dos días, hubo de retroceder, para no morir, en busca de alimentos.

Al sucumbir la capital, después de una defensa heroica de los sitiados, Santa Anna, el mayor responsable de la derro-

ta, salió huyendo del país para escapar de la ira popular. Lo extraordinario del caso, sin embargo, algo que hoy nos parece inexplicable, es que antes de seis años, en 1853, estaba de vuelta, llamado por los conservadores, para asumir por undécima vez la Presidencia de la República. No duró mucho, afortunadamente, aquella postrera exhibición de boato y desenfreno en un país deshecho. Para agosto de 1855, y ante el empuje invencible de la Revolución de Ayutla, abandona definitivamente la escena pública y marcha al destierro.

### La Reforma

La obra de los hombres que asumen en seguida el poder: Juárez, Comonfort, Ocampo, Degollado, Vallarta, los dos Lerdo de Tejada y otros aun, es conocida en la historia de México como la Reforma, la que por antonomasia lo ha sido entre nosotros, porque, en efecto, nos dieron ellos un Estado nuevo, despojado del todo de las arcaicas estructuras clericales y castrenses, que hasta entonces habían ahogado su espontaneidad. Son las llamadas leyes de Reforma que ordenaron, entre otras cosas, la supresión de los fueros eclesiástico y militar, la supresión de la coacción civil para el pago de los diezmos y el cumplimiento de los votos religiosos, la desamortización y luego la nacionalización de bienes eclesiásticos ante la rebeldía del clero, el matrimonio civil y el registro ídem de los demás actos de la vida, la secularización de los cementerios, y por último pero no por cierto lo menor, la absoluta separación entre la Iglesia y el Estado. De herética tacharon los reaccionarios esta última disposición, pero la verdad es que así lo había ordenado el propio Jesucristo al establecer la tajante separación entre el reino de Dios y el reino del César.

En consonancia con lo anterior, procedió Juárez a dar por terminadas (nunca empleó el término de ruptura) las relaciones diplomáticas, todo con perfecta cortesía, por lo demás, con el Santo Padre (*sic*) y en el entendido de que esta providencia no afectaba en lo más mínimo al ejercicio libre de la religión católica, así como de otra cualquiera. *La Chiesa libera nello Stato libero*, proclamaba, por aquellos días, el conde de Cavour, y éste fue, en suma, el testamento de nuestros reformadores, al que hasta ahora ha sido fiel la nación por ellos constituida.

Constituida, decimos, porque, en efecto, su gran obra legislativa fue la constitución política de 1857, el código perfecto del pensamiento liberal, por haber tenido como "base y objeto", según lo dice expresamente, los derechos del hombre.

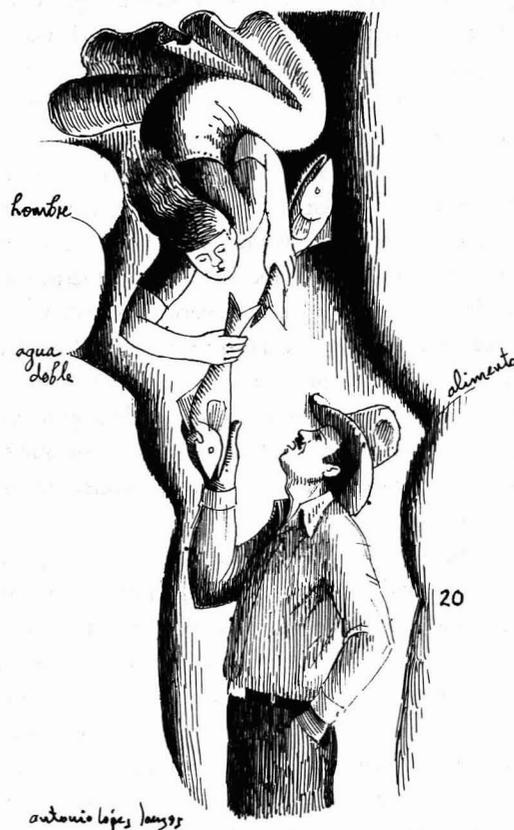
Con este código por bandera, Juárez combatió por ocho años en números redondos, primero a los reaccionarios mexicanos, los cangrejos de aquel momento, y luego al emperador pelele de Napoleón III, el cual, al faltarle el apoyo de las bayonetas francesas, se derrumbó en el acto. Sobre el Cerro de las Campanas se levantó al fin, firme y compacta, la nacionalidad mexicana. A partir de aquel momento, nadie volverá

a pensar en el príncipe extranjero. Caudillos habrá muchos, pero siempre autóctonos, y todo habrá de ventilarse, al fin, entre mexicanos.

### Del Porfiriato a la Revolución

Si el general Díaz, a quien llevó al poder el Plan de Tuxtepec y la victoria de Tecuac, hubiera tenido sólo su primera presidencia (1876-1880, aunque con el brevísimo interinato de Juan N. Méndez) sin las que vinieron después, en total siete, hasta 1911, podría haber pasado con justicia como uno de los más grandes estadistas mexicanos. Antes había sido uno de nuestros mayores guerreros y estrategos, y siempre, va de suyo, al servicio de la causa republicana y liberal.

No hay que recordar, en efecto, sino que cuando el segundo Imperio, con su agonía, se hizo fuerte en tres plazas: México, Puebla y Querétaro, fue el general Díaz quien, como comandante del ejército del sur, se apoderó primero de Oaxaca, y luego de Puebla (el 2 de abril) y de México, de donde el general imperialista Márquez hubo de salir en estampida, y sin cuya captura no podía ser un acto final la rendición de Querétaro, cuya gloria cabe a Corona y Escobedo, al lado de los cuales, y en estricta paridad, debía figurar, en el libro de la gratitud nacional, el nombre de Porfirio Díaz. Lo devoró después, para que lo borráramos de la memoria histórica, el ansia de perpetuarse en el poder, pero nadie menos que Juárez había compartido esta pasión, la *libido*



*dominandi*, al no haber querido apearse de la Silla desde que la montó hasta su muerte.

Como quiera que sea, los deméritos posteriores de Porfirio Díaz han opacado hasta hoy sus méritos clarísimos en la guerra y en la paz, entre ellos, reiterémoslo, los de su primera presidencia. Durante ella obtuvo el presidente el reconocimiento *de iure* de su gobierno por parte de los Estados Unidos, sin ningún compromiso en contra. En aquellas circunstancias pareció un milagro, cuando todavía estaba bien voraz el apetito territorial del *Destino manifiesto*, al punto de que el general Ord, comandante del ejército de los Estados Unidos en la frontera común, había recibido de su gobierno la autorización de penetrar en territorio mexicano cuando lo creyere necesario.

La explicación de estos hechos es la de que Porfirio Díaz había tenido el acierto de nombrar como ministro de Relaciones Exteriores, en su primera presidencia, a Ignacio Luis Vallarta, el mayor jurisconsulto de que México puede ufanarse, y quien con toda tranquilidad y firmeza expuso al agente confidencial de los Estados Unidos, que conforme al derecho internacional se debía el reconocimiento sin condiciones del gobierno del general Díaz, y de conformidad, además, con la doctrina Jefferson, según la cual basta con que el régimen político, sea *de iure* o *de facto*, cuente con la voluntad de la nación, sustancialmente declarada: *the will of the nation, substantially declared*, o sea sin otra formalidad alguna.

Desgraciadamente los gobiernos sucesores de don Porfirio, por muy revolucionarios que hayan sido, de Carranza a Obregón concretamente, estuvieron siempre pendientes del reconocimiento del gobierno de Washington, el cual ha sabido negociar siempre de manera abusiva, asegurándose previamente de tales o cuales ventajas, en ocasiones exorbitantes, a cambio de aquella gracia.

Fue en el año de 1930 cuando el canciller Genaro Estrada (inspirándose en el ejemplo de Vallarta) lanzó la doctrina que lleva su nombre y conforme a la cual México rechaza por su parte la práctica del reconocimiento de gobiernos, a la que califica de "denigrante" para el gobierno por reconocer, y sea que lo reconozca o desconozca el otro gobierno. Estrada, como es natural, no podía hablar sino en nombre del gobierno que representaba, pero muy pronto pasó a ser la suya una doctrina latinoamericana por la adhesión unánime de que fue objeto por parte de los países hermanos en diversos foros internacionales.

Si don Porfirio supo restaurar, en la forma que hemos visto, la dignidad nacional, erró gravemente primero en la postergación y miseria en que mantuvo a obreros y campesinos, y segundo en la protección exagerada que dispensó al capital extranjero, hasta el punto de abandonarle complacientemente la mayor de nuestras riquezas naturales, es decir el petróleo. Fue un acto criminal, en efecto, el que se cometió al disponerse en el código de minas de 1884, promulgado por el presidente Manuel González, compadre del dictador,

que en adelante serían los mantos petrolíferos propiedad del superficiario. Ahora bien, y por natural y corriente que pueda ser en los países de ideología capitalista, Estados Unidos a la cabeza, el régimen jurídico de accesión (entre suelo y subsuelo), nunca fue así entre nosotros, sino, por el contrario, el régimen hispanorromano de denuncia de la mina, con el consiguiente usufructo si lo aprueba el Estado, pero nunca la propiedad.

Así lo prevenían, todavía en el crepúsculo del Virreinato, las Ordenanzas de minería promulgadas en 1783 por el rey Carlos III, en cuyos términos, dice el monarca, "las minas son propias de mi Real Corona", y toda concesión que de ellas se hiciera ha de entenderse "sin separarlas de mi real patrimonio". Por último, y de conformidad con el artículo 22 de la propia Ordenanza, el régimen de denuncia es aplicable no sólo a los metales preciosos y no preciosos, sino también a "cualesquier otros fósiles, ya sean metales perfectos o medios minerales, bitúmenes o jugos de la tierra". Ahora bien, y conforme al parecer unánime de geólogos y lingüistas (*bitumen* es la voz latina para designar el petróleo), en cualquiera de las tres locuciones sobredichas, fósiles, bitúmenes o jugos de la tierra, quedaba con toda propiedad incluido el petróleo.

Toda vez que México, por virtud de la Independencia, se subrogó a España en todos los derechos que en estos territorios había ejercido la antigua metrópoli —derechos, además, a los que expresamente renunció la propia España en el tratado de paz y amistad que celebró con México en 1836, y en el cual reconoció nuestra Independencia—, no había sino trasladar con clave republicana lo dispuesto en este particular por la legislación monárquica española, tan pronto como el petróleo empezó a servir para otra cosa que para alimentar quinqués.

Así lo hizo ¡al fin! la Revolución mexicana, reparando el despojo criminal del Porfiriato (al cual pertenece por compadrazgo el manco González) al disponer el Constituyente de 1917, en el Artículo 27 de la Carta política que hoy nos rige, que "corresponde a la Nación el dominio directo del petróleo y todos los carburos de hidrógeno sólidos, líquidos o gaseosos".

Con esto habría bastado, si no hubiera sido porque los hombres del Plan de Aguaprieta, al llegar al poder, convirtieron el Artículo 27 constitucional en letra muerta, al acordar, en beneficio de las compañías extranjeras, concesiones petrolíferas, primero por cincuenta años, y luego a perpetuidad, por la simple razón de que los llamados "derechos adquiridos" debían recibir mayor preferencia que la Constitución.

De esta situación de ignominia nos redimió al fin, y cuando nadie lo esperaba, el decreto expropiatorio de la industria petrolera, promulgado por el presidente Lázaro Cárdenas el 18 de marzo de 1938. Con él volvió el Artículo 27 a su entereza prístina, y en él pudimos saludar nuestra independencia económica, así como el grito de Dolores había significado nuestra independencia política. ♦

# La fauna silvestre, una riqueza olvidada



HÉCTOR T. ARITA

Todos los países, de acuerdo con el biólogo estadounidense Edward O. Wilson, poseen tres tipos de riqueza: material, cultural y biológica.<sup>1</sup> En general, plantea Wilson, la gente comprende y aprecia las dos primeras formas de riqueza, ya que constituyen la esencia cotidiana de nuestras vidas. La riqueza biológica o biodiversidad, por el contrario, es pobremente conocida o ignorada por la mayoría de las personas, lo que la convierte en una auténtica riqueza olvidada.

Uno de los ejemplos más claros que muestran cómo la diversidad biológica es poco conocida y mal aprovechada es la fauna silvestre. El término fauna silvestre incluye a las "especies animales terrestres que subsisten sujetas a los procesos de selección natural".<sup>2</sup> Una interpretación estricta de la definición debería incluir a los invertebrados como los arácnidos, insectos, gusanos, moluscos, etcétera. Sin embargo, tradicionalmente el concepto se aplica sólo a los vertebrados y, por cuestiones prácticas e históricas, se excluye a las especies acuáticas. De esta forma, dentro de la fauna silvestre se encuentran los cuatro grupos de vertebrados terrestres: anfibios, reptiles, aves y mamíferos.

## La riqueza faúnica de México

México posee en su fauna de vertebrados un auténtico tesoro natural que incluye 290 especies de anfibios, 705 de rep-

tiles, 1 082 de aves y 456 de mamíferos terrestres.<sup>3</sup> Estas cifras colocan a México entre las seis naciones con mayor diversidad de especies animales, junto con Brasil, Colombia, Indonesia, Madagascar y Zaire, países que han sido llamados megadiversos por concentrar en sus territorios un alto porcentaje de la riqueza biológica total del planeta.<sup>4</sup> México ocupa el primer lugar mundial entre los países que concentran mayor número de especies de reptiles en su territorio, el segundo en mamíferos, el cuarto en anfibios y alrededor del décimo en aves. En términos generales, cerca de 10% de todas las especies de vertebrados del mundo se encuentran en México, cifra impresionante si consideramos que los dos millones de kilómetros cuadrados del país constituyen únicamente 1.3% del total de tierras emergidas en el planeta.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> Los datos sobre anfibios y reptiles provienen de O. Flores-Villela ("Herpetofauna mexicana", en *Carnegie Museum of Natural History Special Publication*, 17:1-73, 1993), los de aves de S. N. G. Howel, (*A Guide to the Birds of Mexico and Northern Central America*, Oxford University Press, Oxford, Inglaterra, 1995, 849 pp.) y los de mamíferos de Héctor T. Arita y G. Ceballos (*Los mamíferos de México: distribución y estado de conservación*, Asociación Mexicana de Mastozoología, A. C., México, en prensa). El dato sobre mamíferos no incluye las 44 especies de mamíferos marinos mexicanos.

<sup>4</sup> El término "país de megadiversidad" fue acuñado por el científico y conservacionista Russell Mittermeier para referirse a la docena de países en los que existe cerca de 70% de las especies de plantas y animales del mundo. Considerando que, de acuerdo con la Enciclopedia Britannica, existen 216 naciones en el mundo, es notable que un porcentaje tan alto de las especies se encuentre en 12 países. El lector puede consultar el artículo de Mittermeier y Goettsch de M. en J. Sarukhán y R. Dirzo, *México ante los retos de la biodiversidad*, Comisión Nacional para el Conocimiento y uso de la Biodiversidad, México, 1992.

<sup>5</sup> Numerosos estudios han descrito profusamente la diversidad biológica de México. Dos libros que sintetizan la información sobre varios grupos son los editados por J. Ramamoorthy, et al. (*Biological Diversity of Mexico: Origins and Distribution*, Oxford University Press, Nueva York, 1993) y por R. Gio-Argáez, y E. López Ochoterena (*Diversidad biológica en México*, Sociedad Mexicana de Historia Natural, México, 1993).

<sup>1</sup> Edward Wilson es uno de los principales promotores del estudio de la biodiversidad. Dos de sus libros, *Biodiversity* (National Academy Press, Washington, 1988) y *The Diversity of Life* (Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1992), son referencias indispensables sobre el tema. Wilson ha escrito además textos fundamentales sobre la biología de las hormigas, sobre la ecología y biogeografía y sobre el comportamiento social de los animales.

<sup>2</sup> La definición es la que aparece en la Ley General del Equilibrio Ecológico y la Protección al Ambiente (1988).



especies, constituye una riqueza biológica que está repartida en diferentes zonas del territorio; la única manera de administrar esa riqueza es mediante un plan integral en todo el país.

Otra manifestación de la necesidad de establecer este tipo de planes nacionales es la distribución no uniforme de las especies. A pesar de que México como país es extraordinariamente rico en especies, ningún lugar dentro de su territorio es excepcionalmente diverso si se le compara con otros sitios del mundo. Por ejemplo, aun la Selva Lacandona, que es el lugar con la mayor diversidad biológica de México, posee sólo el mismo número de especies de mamíferos que selvas equivalentes en otros países de América Latina.<sup>8</sup> De la misma manera, los bosques templados de México no son mucho más ricos en especies que sitios equivalentes en Norteamérica, y lo mismo sucede con los demás biomas representados en México. Nos encontramos aquí frente a una aparente paradoja: ¿cómo es posible que México sea un país de megadiversidad si ninguno de sus sitios es particularmente diverso? La respuesta está en un concepto que suena muy técnico pero cuyo principio es fácil de entender: la diversidad beta.

La diversidad beta consiste en las diferencias que hay entre dos o más sitios respecto al tipo de especies que presentan. Nuevamente me valdré de un ejemplo para explicar el concepto. Cuando viajamos de un sitio a otro dentro de México normalmente nos encontramos con una gran variedad de tipos de vegetación. Por ejemplo, un simple recorrido de la Ciudad de México a Cuernavaca nos permite observar, entre muchos otros tipos de vegetación, plantas propias de zonas áridas, matorrales de encino, bosques de coníferas, bosques de encino y vegetación tropical de zonas secas. Todo esto en un viaje de poco más de cincuenta kilómetros. Para nosotros, esta variedad es tan común que no la apreciamos como debería ser. Olvidamos que existen regiones del planeta en las que es posible desplazarse cientos y aun miles de kilómetros sin apreciar cambios en el tipo de vegetación. Esas diferencias entre uno y otro sitio, es decir, la diversidad beta, es una de las claves para comprender la biodiversidad mexicana.

Esto implica que la diversidad biológica de México no está concentrada en unos pocos sitios. Aun la Selva Lacandona, con todo su esplendor, es hogar de un porcentaje reducido de las especies mexicanas de plantas y animales. La enorme diversidad de formas en México proviene del hecho de que no encontramos las mismas especies en Chiapas que en Zacatecas o en Baja California. La diversidad biológica de nuestro país es la suma de todas sus partes, no la repetición en cada sitio de las mismas especies.

La enorme riqueza de especies y subespecies de vertebrados de México, la gran cantidad de especies endémicas y la

diversidad beta hacen del país un área de gran importancia para el estudio de la biodiversidad. Sin embargo, las mismas características hacen también que el aprovechamiento y la conservación del recurso fáunico constituyan una labor muy complicada.

### *El valor de la fauna silvestre*

Las características propias de los animales hacen que sea muy difícil su estudio, valoración y evaluación. Como es el caso de otros recursos naturales, el valor económico de la fauna silvestre puede ser directo (por consumo) o productivo (por venta). Además, la fauna silvestre puede tener valores no económicos de tipo estético, ético, ecológico, científico y educativo.

Para un habitante de la ciudad es muy difícil aceptar el hecho de que en la dieta de muchas comunidades rurales en México y otros países, la *carne de monte* es todavía un componente de gran importancia. Por ejemplo, entre los países africanos la proporción de proteína en la dieta de las comunidades varía desde 20% en Nigeria hasta 75% en Zaire. En América Latina, la proporción va desde 5% en comunidades de colonizadores no indígenas en el Amazonas hasta 98% en algunos grupos de indios miskito en Nicaragua. Para estas comunidades, la fauna silvestre tiene claramente un alto valor directo.

El valor por uso productivo puede asumir diferentes formas. A pesar de ser una actividad prohibida en la mayoría de los casos, la venta de animales silvestres y de sus productos es todavía muy común en México. Por ejemplo, la venta de carne de animales silvestres tiene gran importancia en algunos mercados locales. A una escala mucho mayor, la venta de productos tales como pieles, colmillos y huevos, representa una actividad económica sumamente redituable. Lo mismo puede decirse de la venta de los animales vivos en mercados locales, nacionales e internacionales.

Existen también actividades legítimas que aprovechan el valor productivo de la fauna silvestre. En el norte del país numerosos inversionistas se han dedicado a la llamada ganadería diversificada, que consiste en promover el desarrollo de poblaciones de especies cinegéticas,<sup>9</sup> tales como los venados cola blanca y bura (*Odocoileus hemionus*), para posteriormente cobrar cuotas a personas que deseen cazar animales dentro del rancho. En algunos casos se han pagado varios miles de dólares por la cacería de ejemplares excepcionales de venado bura o de wapiti (*Cervus elaphus*).

Existen también ranchos experimentales que han intentado la reproducción en cautiverio o semicautiverio de especies de fauna silvestre. Por ejemplo, en Costa Rica se ha logrado que las iguanas verdes (*Iguana iguana*) produzcan hasta diez veces más carne que las vacas en un área equivalente. La iguana es

<sup>8</sup> M. A. Vázquez Sánchez y M. A. Ramos (eds.), *Reserva de la biosfera Montes Azules, Selva Lacandona: investigación para su conservación* (Centro de Estudios para la Conservación de los Recursos Naturales, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México, 1992). El estudio es de R. Medellín, "Mammal Diversity and Conservation in The Selva Lacandona, Chiapas, Mexico" (en *Conservation Biology*, 8: 780-799).

<sup>9</sup> La cinegética es el arte de la caza. Por extensión, los animales que son cazados son llamados cinegéticos.

tan apreciada en algunos lugares que se le ha llamado "el pollo de los árboles" por su carne suave y blanca. Además de la iguana, en México se podría intentar la crianza de especies tales como el tepezcuintle (*Agouti paca*), las chachalacas (*Ortalis*, varias especies) y diversas especies de tortugas y de lagartos. El potencial económico del cultivo de especies de fauna apenas está siendo explorado.

Un caso menos conocido en cuanto al valor por venta es el de la comercialización de productos químicos y medicinas obtenidos a partir de animales silvestres. Algunos ejemplos son el veneno de las víboras, un anticoagulante obtenido a partir de la saliva de los murciélagos vampiros (*Desmodus rotundus*) y un antibiótico que se encuentra en la piel de algunos sapos.

Además de su importancia comercial, la fauna silvestre posee un gran valor indirecto. Uno de los aspectos que más sobresalen de este valor es el ecológico, es decir, la función que juegan los animales en los ecosistemas. Un ejemplo típico es el papel que desempeñan los mamíferos excavadores, como los topos y las tuzas, en la renovación y mantenimiento de los suelos. De igual forma, varias especies de aves y mamíferos actúan como importantes polinizadores y diseminadores, en bien de varias especies de plantas, muchas de ellas de importancia económica. Si algunas de las especies de animales son extirpadas de un sitio, por ejemplo de una selva, el lugar puede perder gran parte de su identidad y convertirse en lo que se ha llamado un "bosque vacío", un hábitat con una estructura aparentemente natural (los árboles y otras plantas) pero que ya ha perdido su funcionalidad.<sup>10</sup>

La fauna posee un altísimo valor indirecto en lugares como Costa Rica, en los que el turismo ecológico es la principal fuente de divisas. Las especies faunísticas más vistosas, como las guacamayas y otras aves tropicales, son los principales atractivos en esta actividad. Muy ligado a este valor económico indirecto se encuentra el valor educativo de la fauna. La gente de la localidad, al darse cuenta de que existen personas dispuestas a viajar miles de kilómetros para observar la fauna, aprenden a valorar la enorme importancia que ésta tiene y, por supuesto, harán todo lo posible por conservarla.

Dos elementos muy difíciles de evaluar son los valores estético y ético de la fauna silvestre. Para muchas personas, el estar en contacto con la naturaleza representa una experiencia sumamente placentera, por lo cual asignarían a la fauna silvestre un altísimo valor estético. Asimismo, muchas personas consideran que el hecho de que el hombre tenga la capacidad de aprovechar pero también de destruir los ecosistemas, implica una responsabilidad ética para la conservación de las espe-

cies. Por su carácter subjetivo, los componentes ético y estético son generalmente muy difíciles de cuantificar adecuadamente en los planes de manejo de la fauna silvestre.

### La riqueza amenazada

La pérdida de la diversidad faunística se da a través de las extinciones. Cuando el último individuo de una especie muere, no existe forma de recuperarla. La tecnología genética (popularizada por el libro y la película *Parque jurásico*) está muy lejos de poder lograr la reconstrucción de un individuo a partir de sus elementos genéticos. Tal como dice el eslogan de una agencia internacional de conservación, "La extinción es para siempre".

Existen varios factores que provocan la extinción de las especies. Éstos pueden ser clasificados como factores directos e indirectos. El factor directo más obvio es la cacería de especies de la fauna silvestre, tanto la que se lleva a cabo para consumo directo (de subsistencia) como la deportiva o la que persigue fines comerciales. La cacería de subsistencia puede tener un impacto muy notorio sobre las poblaciones de fauna silvestre. Se ha calculado que en el estado de Amazonas, en Brasil, con una superficie de alrededor de 1.5 millones de km<sup>2</sup>, las comunidades rurales cazan cada año casi tres y medio millones de mamíferos, aves y reptiles. De igual forma, la cacería deportiva puede ejercer una presión muy fuerte sobre algunas poblaciones de vertebrados. En una sola temporada, cerca de tres millones de ejemplares de la paloma de alas blancas (*Zenaida asiatica*) son cobrados en el noreste de México por cazadores estadounidenses.<sup>11</sup>

Los factores indirectos son en muchos casos más severos y al mismo tiempo más difíciles de documentar. Las causas más frecuentes de extinción de especies animales se encuentran en la destrucción o degradación del hábitat y la introducción de especies exóticas.

Entre 1980 y 1990 se calculó para México una tasa de deforestación de poco más de 2%. Esto significa la pérdida de un hábitat que conduce a la extinción de muchas especies. Un gran número de especies de vertebrados mexicanos se encuentra exclusivamente en áreas boscosas. El pájaro carpintero imperial (*Campephilus imperialis*) habitaba los bosques de la Sierra Madre Occidental, y para construir sus nidos y encontrar su alimento necesitaba de bosques maduros con árboles de gran tamaño. A medida que este tipo de bosques iba desapareciendo, las poblaciones del carpintero imperial declinaron hasta que la especie se extinguió. Si bien existen muy pocos casos tan bien documentados como el del carpintero imperial, es probable que muchas otras especies (sobre todo de anfibios, reptiles y pequeños mamíferos) hayan desaparecido por la destrucción del hábitat.

La introducción voluntaria o accidental de especies exóticas puede traer consecuencias gravísimas para la fauna nati-

<sup>10</sup> K. H. Redford, "The Empty Forest", en *Bioscience*, 42: 412-422, 1992. Un estudio reciente demostró este efecto en las selvas de Veracruz, donde varias especies de mamíferos de gran talla han desaparecido: R. Dirzo y A. Miranda, "Contemporary Neotropical Defaunation and Forest Structure, Function, and Diversity — a Sequel to John Terborgh", en *Conservation Biology*, 4: 444-447.

<sup>11</sup> J. G. Robinson, y K. H. Redford, *Neotropical Wildlife Use and Conservation* (University of Chicago Press, Chicago, 1991, 520 pp.).

va.<sup>12</sup> Por ejemplo, al menos tres especies de roedores de las islas del Golfo de California (géneros *Peromyscus* y *Neotoma*) han desaparecido al no poder soportar la competencia de las ratas y ratones domésticos o la depredación por gatos domésticos que han invadido las islas. Un ejemplo en el caso de los mamíferos de talla mayor es la introducción del borrego berberisco (*Ammotragus lervia*), que ha perjudicado a las poblaciones de venados cola blanca y bura y de borregos cimarrones (*Ovis canadensis*) en el norte del país.<sup>13</sup>

La mayoría de las especies más vulnerables o en peligro de extinción presentan una o varias de las siguientes características: son naturalmente raras, son de gran tamaño, realizan migraciones, forman agrupaciones grandes, resultan piezas de caza y son endémicas o exclusivas de islas.

Son tres las características por las cuales una especie puede considerarse rara: por tener un área de distribución restringida, por constituir poblaciones locales escasas o por estar asociada a un tipo particular de hábitat. En México existen muchas especies de vertebrados que se encuentran en muy pocas localidades. Por ejemplo, el zorrillo pigmeo (*Spilogale pygmaea*) se encuentra sólo en las selvas secas junto al Pacífico mexicano. Otras especies, como el armadillo de cola lisa (*Cabassous centralis*), presentan una distribución relativamente amplia en otros países (en este caso en Centro y Sudamérica), pero en México se han encontrado únicamente en un solo sitio (en el ejemplo anterior, en la Selva Lacandona).

Otros animales pueden tener áreas de distribución amplias, pero sus poblaciones locales son siempre escasas. El caso típico es el puma (*Puma concolor*), que se distribuye desde Canadá hasta la Patagonia, pero en todos los lugares donde existe sus poblaciones son reducidas. Asimismo, varias especies de vertebrados están fuertemente asociadas a cierto tipo de hábitat. Por ejemplo, el tapir (*Tapirus bairdii*) puede subsistir solamente en sitios en los que se ha conservado la selva tropical y que además posean zonas inundables.

Las especies raras son vulnerables precisamente por su escasez. Si una especie vive en un solo sitio o tipo de hábitat, la desaparición de este lugar puede conducir a la extinción del animal. El tapir, por ejemplo, ha sido extirpado de grandes extensiones del sureste mexicano por la pérdida de selva y lugares inundables. Por lógica, las especies que localmente son raras también son vulnerables, ya que la probabilidad de extinción de las poblaciones aumenta al ser éstas más reducidas.

Los animales de talla mayor son en general más vulnerables y se encuentran en mayor peligro de extinción. Entre los ejemplos más conocidos se hallan los grandes felinos (el puma, el jaguar, *Panthera onca*), el carpintero imperial, las grandes aves de presa como el águila arpía (*Harpia harpyja*) y los lagartos y coco-



drilos. Estas especies tienen características en común que las sitúan en mayor peligro de extinción: tienden a existir en densidades de población bajas, la mayoría son especialistas, sus tasas de crecimiento poblacional son bajas y la mayoría de ellas se encuentran en los estratos superiores de las cadenas alimenticias.

También las especies migratorias son más vulnerables porque para subsistir necesitan que se conserve no sólo un tipo de hábitat, sino todos los que cruza la ruta migratoria. Por ejemplo, en el noreste de los Estados Unidos la mayoría de las especies de aves canoras que han sufrido disminuciones en sus poblaciones son especies migratorias que pasan gran parte del invierno en países tropicales. Aunque existe controversia respecto a los factores que promueven estas disminuciones, parece ser que se trata de un problema de pérdida de hábitat tanto en las zonas de anidamiento en los Estados Unidos como en las de refugio invernal en los países de América Latina.

Los animales que forman grandes agrupaciones corren también riesgo de extinción. El caso más notable es el de la paloma pasajera (*Ectopistes migratorius*), un pájaro que viajaba en parvadas de varios cientos de millones de individuos y que a mediados del siglo pasado parecía el más improbable candidato a la extinción. Sin embargo, para principios del siglo XX, la frenética cacería de esta paloma condujo a su desaparición en forma silvestre. En 1917 murió el último in-

<sup>12</sup> Exótico significa que no es nativo, que ha sido traído de otro país.

<sup>13</sup> El borrego berberisco, originario del Viejo Mundo, fue introducido en varios ranchos de México como una atracción para cazadores deportivos. Algunos individuos escaparon, formaron poblaciones ferales (silvestres) y ahora compiten con las especies nativas por el hábitat y el alimento.

dividido en un zoológico. Así como la paloma pasajera, existen varias especies de vertebrados que forman grandes agrupaciones en sitios particulares. Por ejemplo, numerosas especies de aves acuáticas migratorias se concentran año con año en las lagunas que les sirven de sitios de refugio. De igual forma, el murciélago guanero (*Tadarida brasiliensis*) forma colonias de varias decenas de millones de individuos en ciertas cuevas del norte de México y del sur de los Estados Unidos. Si una de estas colonias fuese destruida por algún motivo, la supervivencia de la especie entera se vería amenazada.

Las especies que son cazadas para obtener alimento, para ser comercializadas o como deporte se encuentran también en mayor peligro de extinción. En México, varias especies han sido extirpadas en tiempos históricos por la cacería indiscriminada. Los ejemplos más conocidos son los del bisonte (*Bison bison*), el wapiti y el oso plateado (*Ursus arctos*). El caso mejor documentado es el de esta última especie.<sup>14</sup> El último oso plateado mexicano de que se tenga noticia fue cazado en 1960 en la Sierra del Nido, Chihuahua. Como las quejas de ganaderos sobre osos que atacaban animales domésticos fueron siempre muy escasas, resulta justo decir que la cacería de este animal se llevó a cabo siempre con carácter deportivo y no como medida de control de depredadores. Asimismo, resulta claro que fue la cacería la que produjo la extinción en el territorio mexicano de este magnífico animal. Afortunadamente, tanto en el caso del oso como en los del bisonte y del wapiti, existen poblaciones en otros lugares (Estados Unidos y Canadá) y todavía es posible introducir estas especies para incorporarlas nuevamente a la fauna nacional.

Las especies endémicas e insulares son también muy vulnerables. El problema con estas especies es que su área de distribución es tan pequeña que cualquier modificación en el hábitat puede acarrear graves consecuencias sobre las poblaciones. En la Isla Guadalupe, que se encuentra a unos trescientos kilómetros al oeste del estado de Baja California, se han extinguido las poblaciones de al menos cinco especies de aves. Dos de ellas, el paíño y el caracara de Guadalupe (*Oceanodroma macrodactyla* y *Polyborus lutosus*), eran especies endémicas de la isla y por lo tanto se les considera extintas. De las otras especies (el carpintero collarero, *Colaptes auratus*, el saltapared de Bewick, *Thryomanes bewickii*, y el rascador ojirrojo, *Pipilo erythrophthalmus*) hay poblaciones en otras partes del país. Como en el caso de la Isla Guadalupe, en cada isla de México existen poblaciones de vertebrados que son muy vulnerables por las modificaciones causadas por la presencia del hombre.

Es imposible calcular con certeza cuántas especies de vertebrados están amenazadas con la extinción. La norma oficial mexicana incluye 199 especies de anfibios, 467 de reptiles, 330 de aves y 190 de mamíferos como especies en peligro de extinción, amenazadas o raras.<sup>15</sup> Se desconocen los datos bá-

sicos de la historia natural (dieta, tasa de reproducción, refugios, etcétera) de la mayoría de estas especies, por lo tanto resulta muy difícil establecer hasta qué grado se encuentran amenazadas con la extinción.

Estrictamente hablando, son muy pocas las especies de vertebrados terrestres mexicanos que se han extinguido. La lista incluye únicamente diez especies de aves y nueve de mamíferos.<sup>16</sup> Lo que sucede es que los científicos han establecido un criterio estricto para declarar extinta una especie: es necesario que estudios de campo exhaustivos no hayan encontrado ejemplares de la especie en los últimos cincuenta años.<sup>17</sup> Es posible que muchas otras especies estén ya extintas y que no aparezcan en la lista. En todo caso, el hecho es que una buena parte de la riqueza fáunica de México se encuentra amenazada por una o varias de las causas discutidas anteriormente.

### Para proteger la riqueza

Los mecanismos para proteger la fauna silvestre son en principio muy sencillos, ya que basta con revertir los procesos que la amenazan. Se trata pues de regular la cacería tanto de subsistencia como deportiva, detener la destrucción de los bosques y de otros hábitats naturales, evitar la introducción de especies exóticas y detener la explotación irracional y el tráfico ilegal de especies fáunicas y sus productos. Estas recetas resultan inútiles, sin embargo, si continúa faltando un ingrediente primordial: la conciencia de los ciudadanos.

Así como estamos acostumbrados a apreciar y proteger la riqueza material y cultural de la nación, deberíamos preocuparnos por preservar la riqueza biológica. Cuando en la Navidad de 1985 una serie de piezas fue extraída del museo de Antropología, muchos mexicanos sintieron como si les hubieran robado su propia casa. Cuando años más tarde las piezas fueron recuperadas, se organizó todo un acto con el gabinete presidencial en pleno para festejar la restitución de ese patrimonio cultural. ¿Cuántos mexicanos han lamentado con tanto sentimiento la desaparición del carpintero imperial o del oso plateado?: muy pocos. ¿Cuántos mexicanos han celebrado los decretos que establecen reservas para la protección de la fauna silvestre?: todavía menos. La fauna silvestre sigue siendo una riqueza olvidada.

Afortunadamente, la actitud es diferente en las nuevas generaciones. La ecología se enseña ya desde los primeros niveles de educación y en general los jóvenes son más receptivos a la idea de que la riqueza biológica no es solamente un recurso por explotar sino un componente importantísimo de nuestra riqueza nacional. A medida que este concepto permea a más sectores de la sociedad, la fauna silvestre dejará de ser una riqueza olvidada. ♦

<sup>14</sup> D. E. Brown, *The Grizzly in The Southwest* (University of Oklahoma Press, Norman, 1985, 274 pp.).

<sup>15</sup> La norma oficial NOM-059-ECOL-1994 fue publicada el 16 de mayo de 1994 por la Secretaría de Desarrollo Social en el *Diario Oficial de la Federación*.

<sup>16</sup> Datos tomados de G. Ceballos, "Especies en peligro de extinción", en *Ciencias*, número especial 7, 1993, pp. 5-10.

<sup>17</sup> El criterio es el de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (IUCN).

# Importancia y prestancia del libro

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

El hombre, en medio de desatinos y errores, crea importantes inventos, aporta obras geniales que aunque espaciadas y lejanas en tiempo y espacio, representan muestras de su inteligencia resplandeciente, de su capacidad de creación. Tal es el caso de la escritura y de su fruto más selecto, el libro.

Durante varios siglos el saber humano se constituyó a través del lenguaje, de la palabra hablada, del verbo; mas un día, allá por el quinto milenio antes de Cristo, en la Mesopotamia —que hasta hace poco estuvo presente en cruenta tragedia—, en esa pródiga tierra no sólo en petróleo sino en ricos hallazgos materiales y espirituales, en esas llanadas surcadas por dos caudalosos ríos, un pueblo, el sumerio, que había alcanzado importante estadio de civilización asentándose en tierras propicias y fecundas, que pastoreaba sus ganados cada día más crecidos, que habitaba en casas sencillas y rudimentarias —pero superiores a las cuevas o a las puras tiendas de pieles—, que tenía una cohesión social firme, una dirección política en ciernes, unas concepciones religiosas aunque débiles existentes y una gran habilidad artesanal, comenzó a decorar sus objetos de cerámica, movido por el deseo de expresar el mundo que lo rodeaba, al igual que lo hicieron los hombres de las cavernas, quienes desearon representar con dibujos los animales, las plantas y los hombres.

Los portadores de las culturas de Obeid y de Warka, la antigua Uruk, situados al sur del Eufrates y el Tigris, fueron en lejanos siglos los creadores de la escritura. En tabletas de arcilla, con un sistema pictográfico que empleaba signos y palabras-sonidos, esto es, en el que coexistían valores ideográficos y valores silábicos, y con el que se representaban cosas concretas o abstractas, crearon la escritura.

Estudiosos modernos afirman que la escritura surge en regiones en las que al lado de condiciones geográficas favorables, como son amplios valles atravesados por inmensos ríos, ricos en recursos, existe una población en condiciones sociales, económicas, políticas y culturales propicias. Afirman que en

otras zonas como Egipto, dividido de sur a norte por el Nilo, y también en Asia, en los caudales y cauces que forman los ríos Amarillo y Yang Tse Kiang, y podríamos agregar en Mesoamérica, cuna de civilizaciones, en todas esas áreas, se producen a lo largo del tiempo sistemas de escritura más o menos desarrollados que significan el anhelo del hombre de perpetuar la palabra, el verbo; de aprisionar con signos multitud de ideas, parte de su conocimiento.

Con el advenimiento de la escritura, los pueblos del mundo se separaron en dos grupos que los diferenciaron profundamente, pues de un lado quedaron los que contaban con un



sistema de escritura y por el otro los que carecían de él. Aun pueblos de la misma rama, como algunos indoeuropeos, fueron clasificados como bárbaros al no desarrollar la escritura; tales los germanos y los partos.

Mas la escritura tendrá que esperar hasta el florecimiento de una cultura excepcional para poder alcanzar sus expresiones supremas. Fueron los griegos quienes al desarrollar un alfabeto sobre las bases de otros pueblos, entre estos, el fenicio, lo llevaron y llegaron a la perfección. Los griegos, opina André Varagnac, fueron los primeros en fijar las características de la escritura y reflexionar acerca de ellas, las cuales son: su invariabilidad, su generalidad y su precisión. Al crear una auténtica metafísica de la escritura, se dieron cuenta de que no era posible depender de la tradición oral que sufre variantes inmensas, sino que era preciso establecer una fijeza, una invariabilidad en la escritura. Esa ausencia de cambio debía ser general. La palabra al despojarse de todas sus resonancias particulares, lograba que su significación fuera universal, intemporal. La precisión indica que la escritura debía ser escuela de justeza, de expresión, de exactitud. Escribir es pensar cada palabra verificando la minuciosa correspondencia con su modelo ideal.

Los griegos además van a añadir a la escritura un profundo sentido lógico. Al fundar sobre la escritura el reino de las ideas puras, intelectualizaron su cultura, la cual, unida al caudal inmenso de la cultura latina y los ideales fraternales y generosos del cristianismo, producirá sus frutos más sazonados y mejores, en el alba de los grandes descubrimientos.

El libro, aparecido según los eruditos al comienzo de la época alejandrina, esto es, hacia la primera mitad del siglo III a. C., ya como algo usual que había penetrado en la vida de los pueblos cultos y se había vuelto indispensable, gozó, como había gozado el pensamiento y la sabiduría escrita, de un prestigio. Los conceptos que en el *Libro de los proverbios* hacen referencia al saber adquirido por el estudio quedarán indelebiles: "La sabiduría del hijo aumenta el honor y nobleza de su padre y por el contrario, el hijo ignorante es causa de tristeza a su madre y de ira y dolor a su padre y confusión suya." Este concepto trasladose a los libros para los cuales la antigüedad clásica acuñó las mejores definiciones, identificando a la sapiencia con los propios libros.

Aristóteles, el filósofo, escribirá entre los primeros que: "el conocimiento, las letras, entre las cosas prósperas son ornamento y entre las adversas refugio", y Plinio dirá a su vez que: "los hombres que de él y de ellas se ocupan, siempre serán admirados por los demás y estimados tanto por la diligencia que ponen en inquirir y buscar el saber, cuanto por la bondad con que lo comunican". Marco Tulio irá más allá al ponderar la necesidad de apoyar a los estudiosos, lo cual, afirmaba, revertía en beneficio general.

Es muy útil a las Repúblicas —escribía en su Oración a Bruto— tener hombres doctos que se ocupen de escribir libros, porque muy ilustres hechos de muy excelentes varones, que-

darían en perpetuo olvido sepultados, si los que escribieron no hicieran de ellos mención; y las artes y las ciencias no estuvieran en la perfección que están, si los que saben no las comunican en sus libros.

El apoyo a la cultura por parte de los gobernantes convirtió así, desde los primeros tiempos, en una obligación insoslayable, la cual recordaba Edigio Romano al afirmar que "el rey debe tener mucho cuidado de que en su reino florezcan los estudios de las letras, y que en ellos haya muchos sabios e ingenios, para que sus súbditos no estén envueltos en las nieblas de la ignorancia".

De esta concepción deriva el auxilio prestado a las instituciones de cultura por los buenos gobernantes y las alabanzas innumerables que la antigüedad clásica deparó a quienes la proporcionaron estableciendo bibliotecas, creando estudios, universidades, colegios y seminarios destinados al cultivo de las ciencias y las artes, actos con los cuales cumplíase con los anhelos expresados por Platón en su *República*, de que "los príncipes fuesen filósofos para que pudiesen gobernar a los hombres conforme a las leyes divinas y a la buena y recta razón".

La Edad Media y el Renacimiento no escatimaron sus elogios a los libros. El valenciano Luis Vives, cuyos *Diálogos latinos* fueron traducidos al español por uno de nuestros primeros humanistas, Francisco Cervantes de Salazar, escribía que los libros

Sazonan las cosas alegres y moderan las tristes, reprimen los ímpetus temerarios de la juventud, alivian las molestias de la vejez, sea en público o en particular, en la soledad y en la frecuencia, en el ocio y en el negocio, que nos acompañan y hacen presencia y aun nos presiden, favorecen y ayudan.

Y justamente en los albores del Renacimiento, el hombre va a hacer otra genial creación, la invención de la imprenta, mediante la cual el libro va a adquirir sus máximas posibilidades, la de multiplicarse indefinidamente por medios mecánicos y difundirse en núcleos cada vez más amplios. La invención de la imprenta por Gutenberg representó una auténtica revolución cultural; Gutenberg se había formado en los talleres xilográficos que Lorenzo Jansoon Coster (1379-1439) tuvo en Harlem; después de sus ensayos en Estrasburgo perfeccionó en Maguncia su descubrimiento; imprimió la Biblia de 42 líneas en primer término y más tarde la de 36, y ya en 1460 su célebre *Catholicon*, impreso también a dos columnas en tipo gótico. A partir de esos años la imprenta se introduce por doquier: en Italia, en Subiaco, en 1464; en Roma, en 1467, habiéndose impreso las epístolas de Cicerón y la obra de Lactancio, y en Venecia, en 1469; en París, en 1470, y en Westminster, Inglaterra, en 1474. A España llegó después de 1470. Pasará a América gracias a las gestiones de fray Juan de Zumárraga y Antonio de Mendoza en 1539, año en que se establece en México el primer impresor, Juan Pablos de Brescia, empleado de un impresor alemán establecido en Sevilla, Juan Cromberger.

El libro impreso, al igual que otros extraordinarios inventos de esa centuria, va a caer en manos de ricos burgueses, de hombres con capital, quienes se dedican a difundir las obras que tienen más salida, las que tienen mayor demanda como Biblias, misales, breviarios, gramáticas elementales, calendarios, indulgencias, haciendo de ello una mera industria. Por otra parte, ciertos estados prohíben la publicación de libros que apoyan sus intereses políticos-ideológicos. Junto a esos hechos innegables hay que señalar la acción positiva que provocó el libro como elemento de formación y unificación de las lenguas. Sabemos que antes de 1560 se imprimió más de un millón de ejemplares de la *Biblia* de Lutero, y que el *Book of Common Prayer* en Inglaterra corrió por todas las manos, contribuyendo no sólo al aumento de los grupos letrados, sino a la unificación lingüística y de paso a la retención de formas populares dentro de las lenguas vernáculas que iban evolucionando poco a poco. Tampoco hay que olvidar que en esos primeros años aparecerán en las imprentas europeas las famosas cartillas o catecismos alfabetizantes, mediante los cuales se podía enseñar breve y eficazmente a leer y escribir y al mismo tiempo se catequizaba a sus usuarios. Estas cartillas fueron el modelo de las utilizadas por los misioneros, los religiosos, para enseñar doctrina cristiana a la vez que alfabetizar a numerosos grupos de indios en el Nuevo Mundo.

Los libros que vendrían a Nueva España y también los primeros que aquí se imprimieron, que fueron cientos, los hemos dividido en las siguientes categorías: libros normativos, esto es, los que contienen las prescripciones del Estado y de la Iglesia, la interminable serie de normas religiosas y políticas que encuadran y organizan a la sociedad mexicana. Teología y derecho van a ser las materias fundamentales que en muy diversas formas regirán el espíritu y la vida entera de los

novohispanos. Ellas dejan cierto campo libre a las letras de ficción, a las bellas letras y a las de entretenimiento consagradas a la enseñanza.

Otro tipo de libros corresponde a los enseñantes, principalmente los consagrados a la enseñanza de los indios y el aprendizaje de sus lenguas. Los trabajos de Irma Contreras y de Ascensión Hernández de León Portilla representan parte de la inmensa bibliografía que sobre este campo existe.

Un tercer tipo es el de los libros organizativos o regulativos, que son en cierto aspecto también normativos, y son los que fijaron las pautas jurídicas de la sociedad novohispana y contuvieron las disposiciones legales y políticas que la metrópoli impuso a esta parte de su vasto imperio. Entre las primeras y principales se encuentran las *Ordenanzas y compilación de leyes*, de don Antonio de Mendoza, que datan de 1548. Posteriormente, en 1563, el virrey Velasco ordenaría la compilación de leyes conocida como *Cedulario de Puga*.

Lugar aparte merece la literatura científica y humanística. Muy temprano, en 1554, saldrían de la imprenta de Juan Pablos los *Diálogos Latinos* de Juan Luis Vives. En 1559 el segundo gran impresor, Antonio de Espinoza, edita el *Título Imperial*, o sea, la relación de las exequias hechas al emperador Carlos V. Después de ésta un sinnúmero de obras del más depurado humanismo surgirán de las prensas novohispanas. También las ciencias campearon en esa titánica labor de cultura que se desarrolló y acrecentó a partir de la fundación de nuestra Universidad en 1553. Uno de los primeros libros médicos aquí publicados es la *Opera Medicinalia* del doctor Francisco Bravo, que imprimió Pedro Ocharte en 1570. A ella seguiría la *Summa y Recopilación de Chirugía, con un arte para sangrar muy útil y provechosa*, del maestro Alonso López, cirujano y enfermero del Hospital de San José de los Indios. Esta



obra fue impresa en 1578 por Antonio Ricardo, notable impresor al que correspondería llevar al Perú el arte de la imprenta. Fray Agustín Farfán, religioso agustino, publicaría en 1592 su *Tratado breve de medicina y de todas las enfermedades*.

Con base en los estudios del doctor Francisco Hernández, el dominico fray Francisco Jiménez escribiría y publicaría en 1615 sus *Cuatro libros de la naturaleza y virtudes de las plantas y animales...* Gracias a la experiencia alcanzada en los nosocomios novohispanos, el eremita Gregorio López escribiría su *Tesoro de Medicina*, el cual sólo se editó en 1672.

Las ciencias físicas y matemáticas también contaron con espléndidos cultores. Pedro Ocharte imprimió en 1577 el tratado *De Sphaera, Liber Unus*, del notable matemático, el abad Maurolici. El mismo Ocharte en 1587 imprime la *Instrucción Náutica para el buen uso y regimiento de las naos, su traza y gobierno conforme a la altura de México*, del doctor Diego García de Palacio, y así van apareciendo extraordinarias obras científicas como el *Theatro Americano*, del notable sabio potosino Villaseñor y Sánchez y las de Carlos de Sigüenza y Góngora, entre muchas más,

Cientos de libros que podemos enmarcar dentro de los tipos señalados aparecieron en Nueva España a partir de 1539. Al mismo tiempo, en los numerosos seminarios, colegios, universidades e institutos se crearon importantes bibliotecas, cuyos fondos demuestran a las claras la importancia que los libros tuvieron en el adelanto científico y humanístico de México; además, que a través de ellos se difundieron los ideales de fraternidad, los principios igualitarios y defendieron celosamente la justicia y la libertad.

Nuestro rico trasfondo de igualitarismo y fraternidad, los ideales humanísticos, nuestro sentido de nacionalidad, todo ello se diseminó a través de los libros de Las Casas, Quiroga, fray Alonso y Sahagún, en el primer siglo de la Nueva España, y en los posteriores, gracias a las obras de Sigüenza y Góngora, de Sor Juana, de Villaseñor y Sánchez, de Eguirra y Eguren, de Alegre y Clavijero, de Bartolache y Alzate.

Si muchos de estos hombres anhelaron una patria libre, regida por los mismos mexicanos, la guerra de Independencia, primero, y luego medio siglo de desorden, anarquía e invasiones militares, rompieron la tradición humanística. Todo lo que olía a Viejo Régimen fue abandonado y destruido, los colegios y sus bibliotecas se extinguieron y miles y miles de libros quedaron embodegados y olvidados. La sociedad mexicana, y esto fue observado por numerosos mexicanos, si tendió a crecer, no contó con las instituciones que pudieran cultivarla. Gran parte vivía en plena ignorancia y por tanto en servidumbre como dijera Fernández de Lizardi, preocupado por la decadencia de la instrucción pública. En las primeras décadas del México independiente se harán esfuerzos por regenerar el país. Alamán, Bustamante, Barquera, el doctor Mora, pugnarán por renovar las instituciones, y en sendos libros en los que harán análisis sociológicos de extrema importancia, expondrán sus ideas de gobierno, sus intentos de proteger y afianzar la cultura, sus planes de transformación o reforma

del país. La guerra de Reforma, que fue, de acuerdo con la atinada observación de Guillermo Prieto, el primer gran movimiento ideológico, dio las bases para una reestructuración educativa que no pudo efectuarse sino hasta después de 1867, luego de la caída del Imperio. Correspondió a Benito Juárez poner las bases de una transformación cultural importante, y a él debemos tanto la creación de la Biblioteca Nacional en 1867, como la aprobación de la Ley de Instrucción Pública, que ha regido en sus lineamientos generales hasta el día de hoy.

En esta crisis que las humanidades y las ciencias sufrieron en la primera mitad del siglo XIX, no estuvimos solos. Todo el antiguo Imperio español experimentó crisis semejantes, y fueron sus próceres más ilustres, Baquijano en Perú, Bello en Chile, Sarmiento en Argentina, quienes realizaron inmensa tarea para educar al pueblo.

Si Lizardi escribía:

Es menester creer y confesar que mientras no haya cuidado en un pueblo católico de instruir a su mayor parte en los principios de nuestra religión, en la sana moral, y en aquellos primeros rudimentos de leer y escribir bien, jamás sabrá usar de su razón y sus potencias, ni menos las obligaciones que lo ligan con Dios, con el Rey, consigo mismo ni con los demás hombres.

Y agregaba:

Sólo los tiranos han procurado en todos tiempos destruir los caminos que conducen a los pueblos a su mayor ilustración. Tanto déspotas como bárbaros han creído que en la ignorancia de aquellos hombres infelices que trataban como esclavos, consistía la seguridad de sus ensangrentados tronos. Por esto, unos desterraron a los filósofos de sus estados, otros quemaron las más preciosas bibliotecas y todos conspiraron contra aquellos pocos hombres que se decidían a desengañar a sus semejantes de algunos errores.

Y en Santiago, cuando auxiliaba a Bello en su meritoria labor, Sarmiento, en uno de los diversos periódicos en los que escribía, asentaba:

Es el trabajador el instrumento de la riqueza, y mal puede labrarse la tierra con instrumentos embotados, que no es otra cosa el labriego rudo, incapaz de realizar cuanto más de concebir idea alguna, que se aparte del estrecho círculo de sus prácticas ignorantes.

Y ante la inmensa tarea que se presentaba a todos los gobernantes y frente a la imperiosa necesidad de utilizar todos los medios que estaban a su alcance, valora la importancia de la escuela y la importancia del libro.

La escuela —afirma— es sin duda un primer paso para la posterior instrucción de los que a ella concurren, pero la es-

cuela no contiene en sí la instrucción misma, y aun aquellos rudimentos que proporciona, son sólo simiente sembrada para otra generación y otra época. No así la biblioteca; ella encierra o podrá encerrar en sus estantes un prontuario de todos los datos, nociones y conocimientos que forman el caudal de las ideas de nuestra época.

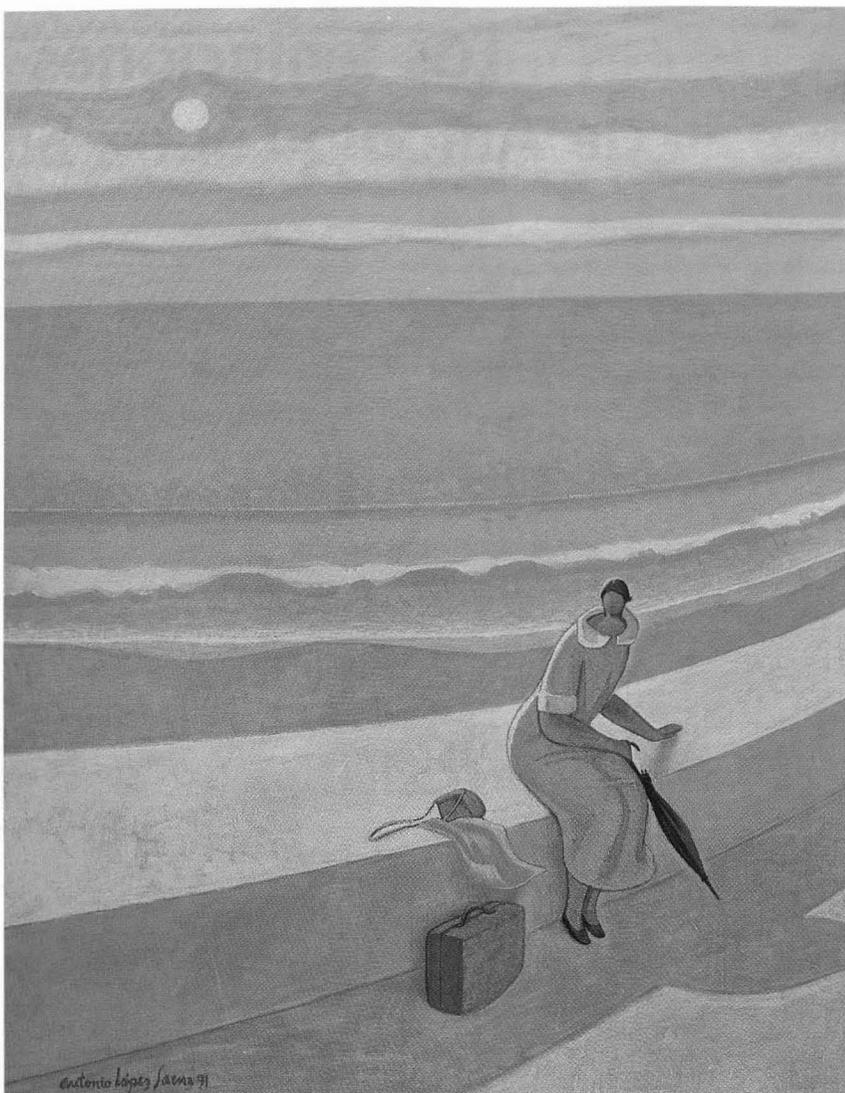
Y en otra parte asienta: “La escuela y el libro, o más bien la biblioteca, son dos cosas que se suponen la una a la otra. Los libros piden escuela, las escuelas piden libros.”

Como vemos, en los hombres generosos de toda América, existía la creencia en el valor del libro, en su acción mutante y en el papel que en la formación de la cultura realiza la biblioteca, la cual definieron como el agente más poderoso para la difusión de conocimientos.

Un esfuerzo prolongado en torno de la instrucción elemental, de la fundación de bibliotecas, y en suma en beneficio de la cultura, se hizo en nuestras patrias durante más de medio siglo. En México, como consecuencia del desajuste social que existía, surge la Revolución de 1910, la cual enarbolaba también como bandera algo que ya existía en la Constitución de 1814, en la Constitución de Apatzingán, es decir, la necesidad de instruir al pueblo y llevarle los beneficios de la cultura.

Así, instaurado el gobierno revolucionario en 1921, uno de los hombres más constructivos que hemos tenido, José Vasconcelos, surge a la palestra; él entenderá la necesidad de reforzar la instrucción del pueblo y de difundir la cultura universal. Vasconcelos creó una mística de la educación, sustentada en auténtica filosofía educativa que nunca más se ha vuelto a tener. La extraordinaria labor de las misiones culturales, de las escuelas rurales, de creación de bibliotecas y la edición de miles de libros de los clásicos universales que aportarán al país las ideas más vigorosas que la humanidad ha tenido desde sus inicios, constituyeron buena parte de su obra. Él, como Sarmiento, se propuso destruir la barbarie imponiendo la civilización, exterminar la ignorancia mediante intensa labor de instrucción pública y despejar las mentes adormecidas a través de la distribución de miles y miles de libros, acción que también permitió que las ideas de Sófocles y Homero, de Tagore y Tolstoi, de Plutarco y Plotino, pudieran esparcir sus bondades en un pueblo ansioso de renovación, de luces, de justicia y de saber.

La Revolución mexicana, para sentar las bases permanentes de esa labor, creó hace varias décadas la Comisión de



Mujer en el malecón, 1991, óleo/tela, 89.5 x 69.5 cm

Libros de Texto Gratuitos. Gracias a instituciones como ésta, miles de mexicanos pueden tener los cimientos necesarios para una posterior instrucción, para acceder a escalones superiores de la cultura. Sigue hoy siendo el libro el portavoz de todas las ideas, el medio indispensable para satisfacer los anhelos más nobles y dignos de los hombres.

El haber mencionado en estas páginas la labor civilizadora de Sarmiento, Mora, Lizardi y Vasconcelos, entre otros, fue para mostrar cómo México y América Latina en general, desde hace más de ciento cincuenta años, han realizado grandes esfuerzos para mejorar la cultura del pueblo y así garantizar su libertad, su bienestar. En esa labor se ha entendido que el libro es el instrumento más eficaz de transformación, puesto que en él se encuentra el pensamiento humano, en él se conserva, no fosilizado, sino actuante. El hombre nuevo que lo lee halla un nuevo mensaje cada día, un nuevo estímulo transformador. Él hace que no se pierda el conocimiento humano, como ocurre con otros medios de comunicación, conocimiento que está siempre actuante, en renovación continua, gracias a los nuevos libros a los que da lugar. ♦

# Las tentaciones de Antonio López Saenz



DAVID MARTÍN DEL CAMPO



Un abrazo, el deseo de un abrazo. ¿Cómo reducir el arte a una frase? Un abrazo junto al azul del mar, dos miradas cómplices y la tarde palideciendo al arrullo de un trombón que no quisiera perder esa luz postrera.

El arte de Antonio López Saenz empata la Odisea homérica. Todo arte, todo arte propositivo cumple de algún modo con el ciclo de tornaviaje. Así López Saenz tensa hoy el arco de Ulises, ha retornado a su Itaca sinaloense, halla consuelo en la caricia abandonada del Coromuel —el viento californiano— soplando igual que el aliento de Penélope bajo los flamboyanes.

Las tentaciones del anacoreta de Tebaida fueron consumidas por la oración en el desierto de Egipto. Igual hoy Antonio López Saenz, como un abad en la serenidad oceánica, reinventa un himno para no ceder a las tenta-

*Café Pacifico*,  
1990,  
óleo/tela  
150 x 200 cm

ciones de la carne... y la cerveza y la transpiración permanente bajo la luna equinoccial. Antonio abre los postigos de su estudio, permite que la brisa le lleve los murmullos de la ciudad-puerto abandonando las sábanas; entona un salmo cuyas estrofas insisten en objetos de elemental singularidad: la playa, un pelotero con cachucha, un carguero amarrado al muelle, una arquitectura poblada de portales y balconerías, los almendros henchidos de la plaza, la desnudez insomne en mitad de un catre, una palapa, una carta abandonada, un ventilador de aspas inmóviles.

Todo arte propositivo esconde, presume una historia secreta y al obsequiárnosla muere, un poco, el misterio. El arte abandona así las tinieblas, se muestra desnudo, es un sueño que ya no lo es: milagro, resulta su nuevo nombre.

23 grados 27 minutos

El Trópico de Cáncer es, después de todo, una línea imaginaria. Al norte de ella —se dice— habita la geografía templada, al sur quedan los trópicos ecuatoriales infestados de malaria, lujuria, bárbaros sanguinarios dueños, también, de una ternura inaudita. Es la línea que toca, que corta y hermana en sus 23 grados de latitud norte, sitios como La Habana, Asuán, Calcuta, Hong Kong, Honolulu y Mazatlán.

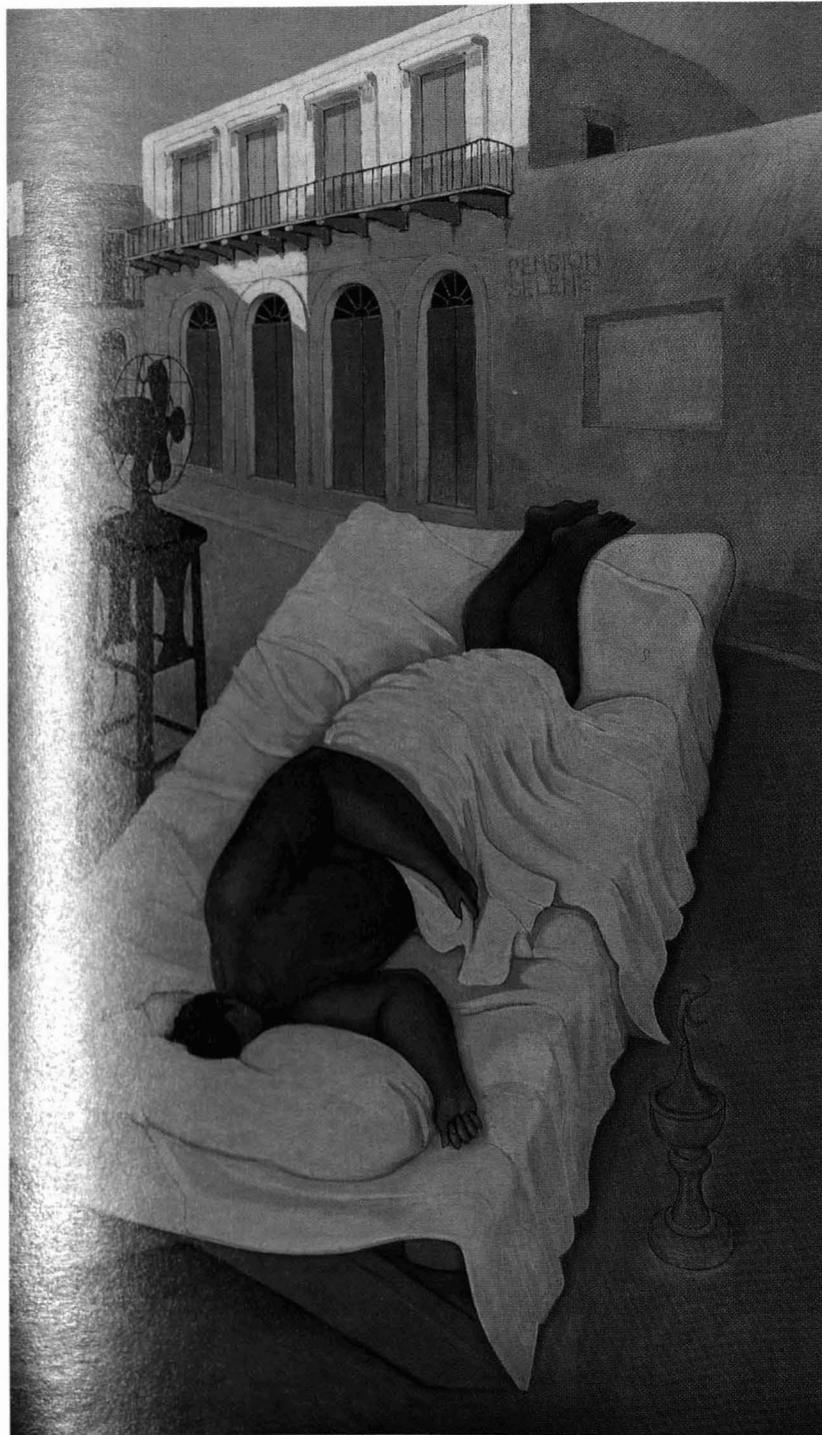
Bajo ésa, la frontera del solsticio, en 1936 nació el cuarto y último hijo de don Roberto López, entonces gerente aduanal en el puerto sinaloense. Un niño como tantos otros, desafiando el oleaje al mediodía con sólo un pantaloncito recortado, un niño que en lugar de afanarse en el beisbol trazaba líneas inacabables, dibujos taciturnos en la pizarra infinita que le ofrecía la playa —palimpsesto barato asediado por la resaca— hasta la hora de la merienda.

Un niño de mi edad, sin embargo, no podía estarse dos meses de chiras en la playa. En eso mi papá fue severo, pues durante las vacaciones me llevaba con él a trabajar en los patios de aduanas.

Y fue ahí, precisamente, en la dársena de Mazatlán, escuchando el grito obscuro de

los estibadores, contemplando las maniobras de amarre, participando del trajín de hombres y mercancías cada vez que arribaba o zarpaba un carguero, que el niño, el muchacho Antonio López Saenz adquirió la impronta solar que ya nunca después abandonaría.

Ese ritual cotidiano a los once, a los doce años: ingresar al estero de Urías, mirar el crepúsculo más allá de las rocas bautizadas como “de los dos hermanos”, escuchar las historias por miles de los marineros... historias de amor, fantasías de celos y de putas, delinearon finalmente la sensibilidad de ese poeta del color y la avidez de paisaje —como en el otro litoral Carlos Pellicer— porque sus destinos no eran otros que el llenarse las manos de ardor solar.



*El sueño*,  
1988,  
óleo/tela  
160 x 90 cm

*Playa Azul, arte primero*

Se dice fácil: un poeta del color, pero qué remedio hay para ese muchacho asediado por el salitre de la brisa marina, la humedad permanente, la canícula de junio sembrando retoños en cada resquicio, cada grieta de ese puerto como baluarte en la boca del Golfo de California.

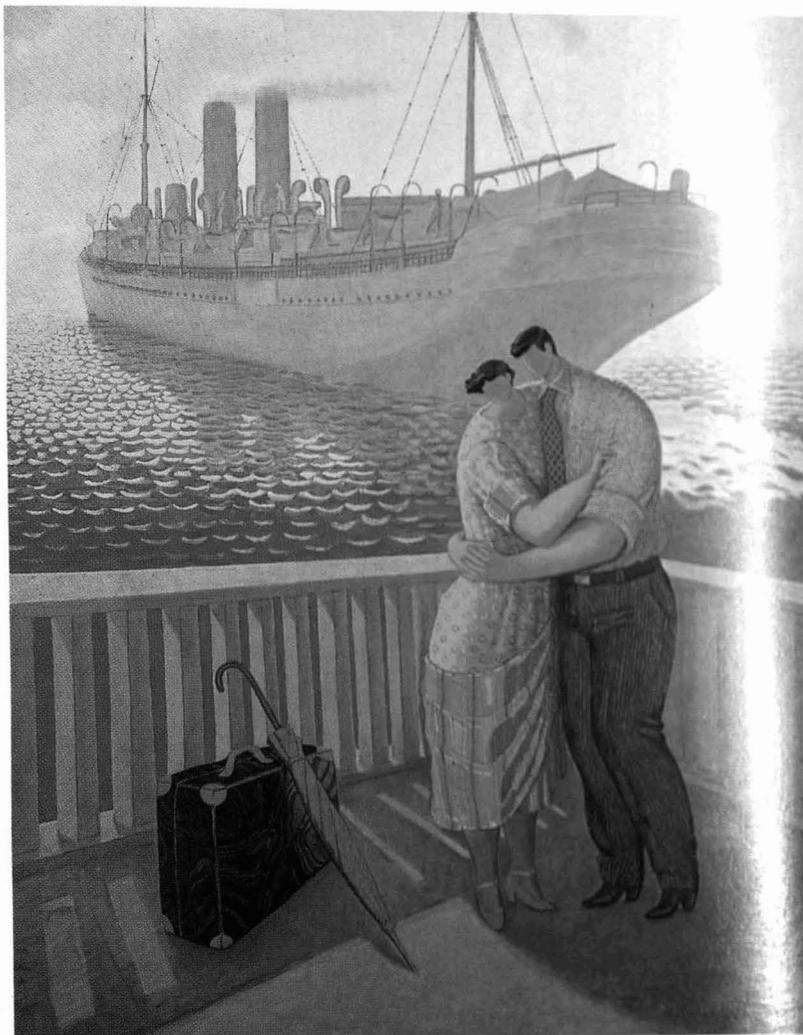
Mi infancia fue playera —confesó alguna vez Antonio López Saenz a Cristina Pacheco—. Iba a la playa a jugar con mis amigos. Además mi casa estaba muy cerca de Playa Azul, un sitio encantador que ya desapareció y que da idea del deterioro que existe en Mazatlán. Una de las cosas que más me gustaba era la arena lisa y húmeda junto a las olas. Aquella arena fue mi primer lienzo. Un día alcé una vara y comencé a dibujar con ella los pies de un hombre, y seguí y seguí trazando la silueta hasta terminar a las puertas, casi, de la oficina donde trabajaba mi padre. Era una figura tan grande que sólo viéndola desde las alturas se hubiera podido comprender que era una silueta humana. Qué gusto me dio esa experiencia, aunque claro, muy pronto las olas lo borraron todo.

Las voces del mar están detrás de la sal, el calor, la luz rabiosamente agresiva del trópico. No me refiero únicamente al rumor de las olas sino a las voces humanas que el viento arrastra desde quién sabe dónde hasta la playa. Estábamos jugando y de pronto oíamos un trozo de conversación, la mitad de una frase misteriosa dicha en un punto remoto.

De modo que el mar debía ser nombrado. Nombrarlo en la distancia, lejos ya de aquel sol a plomo, desde el exilio de 32 años que el poeta del color había decidido en el altiplano central. Había llevado consigo, en el macuto marinero, aquella humedad salobre, aquellas voces desbordando franqueza, todos los barcos y sus infinitas estelas ultramarinas.

Soy el menor de cuatro hermanos. Estábamos en la secundaria y me pasaba el día dibujando, aunque no tenía conciencia de decirme un día “quiero ser pintor”. Estábamos tan aislados que ni remotamente existía la noción de lo que una academia de arte podría significar. Así que, desde la primaria, mi padre nos llevaba a trabajar con él. Yo me rebelaba, pero no hubo más remedio que obedecerlo, y así aprendimos el valor de la disciplina, el trabajo, el dinero. En la aduana mi función consistía en marcar los costales con tinta, auxiliándome con una plantilla de bronce. Había días, sin embargo, que los capitanes de aquellos barcos invitaban a mi padre a comer a bordo, y era una maravilla acompañarlo en la mesa de oficiales con aquellos marineros chinos, succos, griegos...

Pero un buen día me entero de que existe en la Ciudad de México una academia donde se puede estudiar pintura, y comienzo a dar mi guerra: “quiero ir, quiero ir”, pero mis padres se opusieron. Al principio combatieron a brazo partido mi vocación porque para ellos estudiar ese arte resultaba una cosa rarísima: no era ingeniería, ni comercio, ni leyes, hasta que terminaron por convencerse. Todo el día estaba pintando monos; llenaba el cuaderno de la aduana con retratos de mis compañeros estibadores... Así una tarde me advierte mi padre: “Mañana ya no vas a regresar a trabajar aquí; te vas a ir a México a estudiar eso que tú quieres.



*Pareja de amantes,*  
1990,  
óleo/tela,  
130 x 100 cm

*Vitebsk, Tahití, Valencia*

Pensar en Chagall es pensar en la Rusia campirana, remontarnos a su natal Vitebsk, el arte judío que rompe la prohibición figurativa, las felices vacas aéreas, sus gallinas enamoradas, aquellos novios de ternura infinita al amparo de una vela. Lo mismo la Valencia de Joaquín Sorolla, sus barcas incendiadas de esplendor, los niños desnudos chapoteando bajo el cenit, aquellas mujeres de enaguas impresionistas, empapadas de luz y Mediterráneo. Y qué decir del arte abigarrado de Paul Gauguín, su etapa de esplendor polinesio, el Tahití de los perros morados, el Tahití de las muchachas amarillas, el Tahití de las flores carnívoras.



*La gran inundación de Guasave*, 1995, óleo/tela, 100 x 130 cm

Sus destinos son tres y uno solo: la nostalgia y la tibieza, el rescate de algunas escenas peculiares amenazadas por la amnesia. De ese modo, en la constelación Chagall-Sorolla-Gauguin, habría que incorporar una estrella nova: la de Antonio López Saenz.

Herida de melancolía, la mirada de López Saenz se abre a una época derrotada por el turismo y la arquitectura del aluminio. Dos decenios —los años cuarentas y cincuentas— son los protagonistas de ese Mazatlán de barcos de vapor, muchachas de escote alto, verandas donde las tardes languidecen al paso de la brisa.

Mazatlán, el de la rima de Gabriel Ruiz cuando canta “oye el eco de las olas del mar / que viene a morir a tus pies / cantando así... Mazatlán, ¡ay!, mi Mazatlán”... Mazatlán, el de los pescadores de camarón, el de los huracanes sorprendidos, “perlita divina que supo darme mi amor soñado”, insiste la estrofa del compositor, que algunos atribuyen a Elías Nandino.

No es de Vitebsk, ciertamente, la noche del Mazatlán que arrulla los sueños de López Saenz. No es Tahití —su fragancia polinesia—, no es Valencia —sus barcas de velas triangulares—, no es siquiera el Ocotlán de su condiscípulo Rodolfo Morales. El Mazatlán de López Saenz está anclado en el tiempo, resulta una suerte de



limbo —el limbo de los bienaventurados— en espera de la noche. Mazatlán como escenario de los hombres y las mujeres que han optado por el silencio. Parejas sin palabras habitando una ciudad que grita sus colores, aposentos permeados por la sensualidad, lechos y tálamos heridos por el deseo y la distancia.

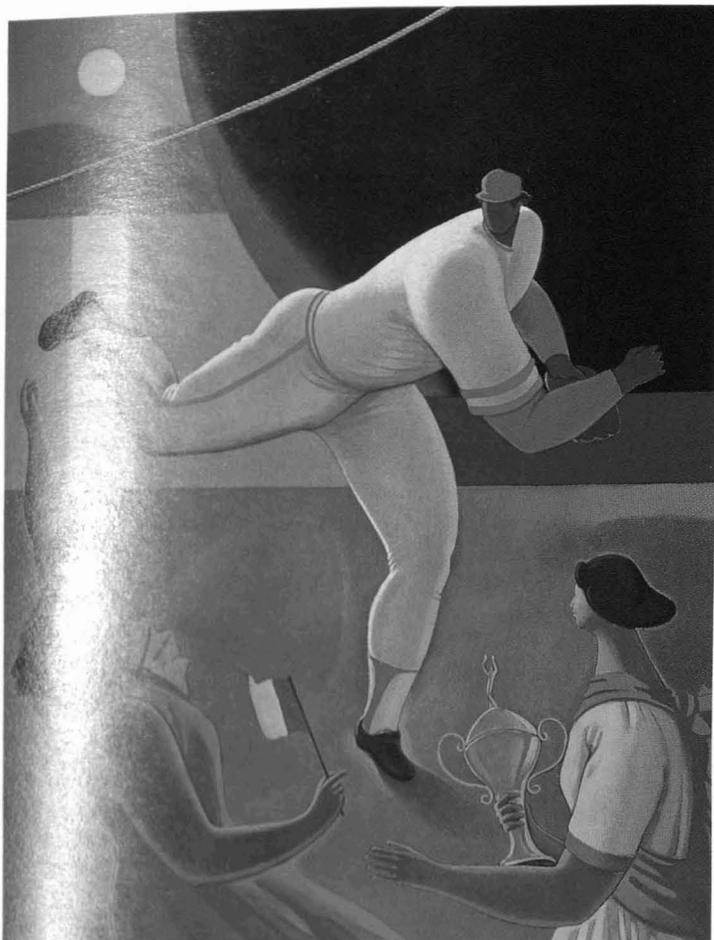
*Pareja al amanecer en el malecón,* 1993, óleo/tela, 100 x 150 cm

### *Una saga a la intemperie*

La de López Saenz exhibe, ante todo, una estética sublime que lo sacrifica todo por alcanzar la serenidad. Ya sea la inundación de Guasave, una pareja acariciándose al atardecer en una banca, la robusta marinería concitada por el trabajo asalariado; todos los personajes que pueblan el imaginario mazatleco de López Saenz comparten, de algún modo, una misma actitud bendita. Hombres buenos, ausentes de violencia, son los que habitan sus cuadros como departamentos del limbo. “El Paraíso existe; Mazatlán es su nombre” —parece murmurar López Saenz desde sus óleos— “su apellido es mansedumbre”. Mujeres cuyo pecado mayor ha sido un suspiro en el crepúsculo, una fantasía de guitarras, la cita incumplida a la orilla del malecón.

Muchas de las historias presentes en mi obra son leyendas contadas por mis antepasados —ha confesado el pintor—. Cuentos de familia, de mis tíos y tías, como los fiestones de la celebración de la Independencia, el 15 y 16 de septiembre en que había un desfile maravilloso encabezado por los cadetes de la Armada, y los niños y el pueblo se volcaban a los muelles porque había unas regatas tremendas, y con la música de las redobas, y los marineros que se volteaban en las barcas, todo terminaba en un desmadre donde flotaban los tololoches y los pescadores en mitad de la dársena... ahogados ¡pero de borrachos!

Ángeles de alas extraviadas, santas de pureza colorida —que no beatas—, benditos holgazanes como citados para el retrato, conforman este arte no distante de los exvotos que adornan altares y sacristías. ¿Qué frases podrían acompañar, aderezar estas escenas de encantamiento y arrobos? ¿Frases del tipo “Así eran los paseos de la familia Murúa”, “Qué calor aquella tarde en el Club de Marina”? No por nada el gusto caligráfico, epistolar, de los “textos” con que López Saenz acompaña, a modo de textura surreal, muchos de sus cuadros.



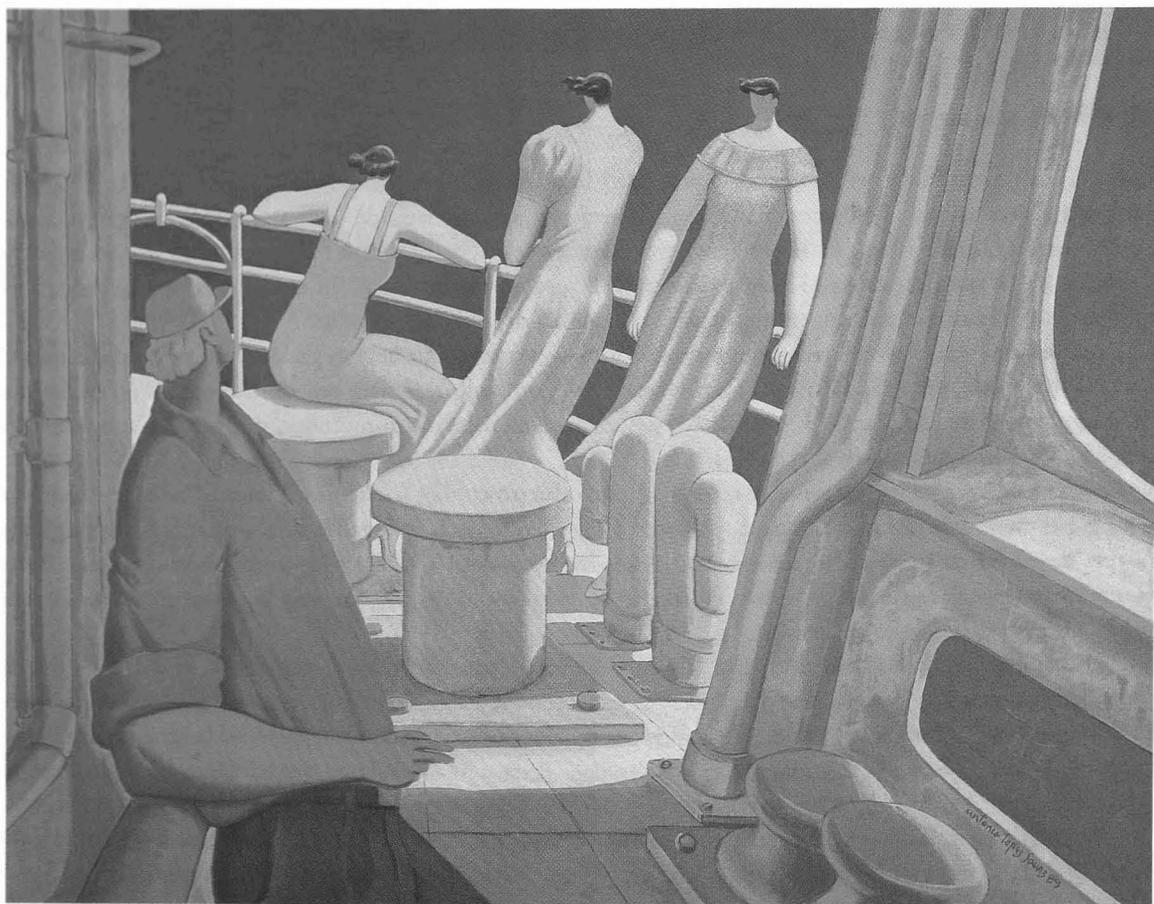
### *Naufragio y rescate*

Para nadie es un secreto los años juveniles que Antonio pasó como novicio en el monasterio de Santa María de la Resurrección que dirigía el monje benedictino Gregorio Lemerrier, muy cerca de Cuernavaca. Años en que su pintura maduró —a cuentagotas— en las pocas horas que semanalmente le dedicaba recluido en su celda. Fue cuando inició, también, el gusto por llenar cuadernillos con bocetos, anotaciones, ejercicios donde la geometría se entrecruzaba con la caligrafía.

Trabajando en Teotihuacan para el Instituto Nacional de Antropología, como técnico restaurador en el laboratorio de cerámica, fue que me nació una tremenda inquietud espiritual, que terminó por llevarme a las puertas del monasterio en Santa María Ahuacatitlán (que mucho después sería el Centro Psicoanalítico Emaús).

Yo creía al principio que todo sería cosa de estampitas y monjes rezando... esa liturgia bellísima, bizantina, de las órdenes de clausura; pero me encontré con el psicoanálisis que ahí se practicaba como requisito para sanear las vocaciones religiosas. Mi terapeuta fue una doctora argentina, Frida Zmud, y la experiencia, la verdad, resultó maravillosa. Luego vino el distanciamiento de Lemerrier con el Vaticano, la fundación de Emaús, y yo opté por renunciar a la orden.

*Lanzador,*  
1989,  
óleo/tela,  
130 x 100 cm



*Canto de las  
sirenas II,*  
1989,  
óleo/tela,  
100 x 130 cm



Busqué a mis amigos Rodolfo Morales, Héctor Álvarez, Humberto Urbán, compañeros de la Acedemia de San Carlos... y me puse a pintar como loco. Rodolfo, que veía mi tribulación al romper con Lemerrier, me dijo tan campanante: —No te preocupes, Antonio; pronto te vas a encontrar con Mazatlán, y esa será tu salvación. Y tuvo razón: Mazatlán comenzó a despertar en todos mis dibujos; barcos, muelles, figuras en la playa...

*Mediodía,*  
1992,  
óleo/tela,  
99.5 x 150 cm

### *Un grito en altamar*

Saga a la intemperie, decíamos, la que se ha propuesto López Saenz en su retorno al Trópico de Cáncer. Una Odissea que arrastra sirenas, Polifemos, Circes en la fiesta por antonomasia de los puertos latinoamericanos: las carnestolendas. Porque la saga de López Saenz es recuento, sí, de la cotidianidad mazatleca, igual que un Norman Rockwell en guayabera, pero sin afanes patrioterros. La saga de López Saenz, sin embargo, trae muchos fantasmas, ángeles, personajes oníricos en espera de la campanilla del reloj despertador.

Desde su paciente lasitud parecieran esperar el arribo, tremendo, de la gran pasión erótica, el odio tanático, el huracán a media canícula. Pero nada de ello ocurre. El mar, siempre el mar, provee la serenidad en exceso que permean los cuadros del artista. Sus personajes descarados, microcefálicos, rotundos, devienen así monumentos corpóreos, atlantes, monolitos abigarrados.

Son los guardianes del Carnaval mazatleco. A cielo abierto cuidan la serenidad del mediodía, los enamorados bajo el plenilunio, los hombres desnudos, *bichis*, recordándonos la terrenalidad de la pasión. Como vigías en la cofa de un barco atunero, los personajes de López Saenz navegan hacia un figurativismo no ausente de las sorpresas irracionales (¿no propone eso, precisamente, el surrealismo?), y al avistar la costa, en vez de "tierra" gritan otra voz que despierta al artista.

Antonio López Saenz se levanta cuando la aurora es anuncio escarlata en las montañas a su espalda. Son hábitos sanos, religiosos, que no ha abandonado. Se baña y se rasura con luz artificial, desayuna esperando la luz primera, y con el último frescor de la mañana inicia su jornada frente a la mesa destartalada donde reposan los botes de aguarrás y los tubos de pintura. Quizás entonces recuerda a su madre, doña Petra, a su abuela Lupe, que era sastrer, nadando entre mil telas estampadas. Ajusta el lienzo contra el caballete, y entonces llega ese grito arrojado por aquel barco en altamar.

Es un grito anunciado en la placa de su casa —la casa que fue de sus padres y sus hermanos— porque junto al teatro de la Ópera en Mazatlán, la ciudad antigua de salitre, almizcle y susurros, habita Antonio López Saenz. El grito y su calle, lo que son las cosas, dicen "libertad". ♦

# Un oboe



JULIO TRUJILLO

Bajo el respingo de esta esdrújula  
cabe un oboe.

Bajo el oboe  
podría caber un adjetivo tórrido,  
o toda una sinfónica en la cúspide  
de un muy vivaz *allegro*.

Pero el oboe solicita un óleo,  
un la bemol con vaho,  
una ele deslizada  
que vaya así languideciendo  
hasta el silencio.

# Erección de municipalidades y municipios en el valle de Toluca, siglo XIX

MARÍA DEL CARMEN SALINAS SANDOVAL

El valle de Toluca constituye históricamente una región unida por lazos geográficos y culturales, dividida territorialmente por motivos administrativos y políticos. La base de esta división fue la estructura municipal, la cual se formó de 1824 a 1876, es decir, desde el momento en que el Estado de México se constituyó como entidad federativa hasta que se consolidó políticamente durante la República restaurada. Al iniciar el general Porfirio Díaz su periodo presidencial (1877), el valle de Toluca asume una división municipal similar a la que tiene hoy en día, puesto que sólo se realizaron modificaciones menores.

La división territorial del Estado de México en distritos y éstos en municipios, fue una política administrativa de las autoridades estatales para alcanzar una mejor gobernabilidad durante el siglo XIX. La legislaban los diputados y la llevaba a cabo el Poder Ejecutivo por medio de sus agentes locales, que eran las autoridades de las prefecturas o distritos: los prefectos y subprefectos en los primeros años (1824-1861) y después los jefes políticos (1861-1910).

Con el establecimiento de límites territoriales internos en la entidad federativa se pretendía que el municipio se convirtiera en la base de la unión política y de la organización económica del Estado de México, bajo la dirección y vigilancia del grupo gobernante. Este objetivo se alcanzó paulatinamente a lo largo de los cincuenta años posteriores a la Independencia del país, sin importar el tipo de gobierno que rigiera (centralista o federalista). Durante el periodo ocurrieron tres procesos paralelos que se complementaron para institucionalizar al municipio: a) la definición territorial de los municipios, b) las disposiciones liberales que reglamentaron las funciones y atributos de los ayuntamientos que los convirtieron en funcionarios dependientes de los poderes estatales y c) la reglamentación de la participación ciudadana en las elecciones de las autoridades federales, estatales y municipales.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Ver tesis doctoral de Salinas Sandoval, 1993, donde se desarrollan los dos últimos procesos mencionados.

Centro mi atención en el primer proceso y para su desarrollo divido el trabajo en dos partes: las fechas de erección de los municipios del valle de Toluca y la participación de algunos de sus pueblos en las decisiones oficiales referentes a los cambios en la división territorial de los municipios.

Mi intención es demostrar que si bien el municipio es el cimiento de la estructura política, también lo es de las relaciones sociales y económicas que ahí se desarrollaban, por ello hubo pueblos tanto conformes como en desacuerdo con la orden de las autoridades de formar parte de un municipio determinado. Las preguntas principales que motivan este trabajo son ¿de qué manera se sentían afectados los pueblos con los cambios en la división municipal?, y ¿cuando existía malestar social se alteraban los lazos de identificación propios de las comunidades de una misma región?

Son treinta y cuatro municipios los que tomo en cuenta para el estudio del valle de Toluca: Acambay, Almoloya de Juárez, Almoloya del Río, Amanalco, Atizapán, Atlacomulco, Calimaya, Capulhuac, Chapultepec, El Oro, Ixtlahuaca, Jalatlaco, Jiquipilco, Jocotitlán, Joquicingo, Lerma, Metepec, Mexicalcingo, Morelos, Ocoyoacac, Oztolotepec, Rayón, San Antonio la Isla, San Felipe del Progreso, San Mateo Atenco, Temascalcingo, Temoaya, Tenango del Valle, Texcalyacac, Tianguistenco, Toluca, Villa Victoria, Xonacatlán y Zinacantepec.

## 1. Erección de municipalidades y municipios

A partir de que el Estado de México es erigido, su congreso empezó a legislar sobre el gobierno interior. En agosto de 1824, expidió la "Ley orgánica provisional para el arreglo del estado libre, independiente y soberano de México". Estableció que el territorio del estado se dividía en ocho distritos (Acapulco, Huejutla, México, Taxco, Toluca, Tula y Tulancingo), gobernados cada uno por un prefecto, y estos distritos a su vez se dividían en partidos, que tenían como autoridad un subprefecto. El valle

de Toluca comprendía la mayor parte del distrito o prefectura de Toluca y una parte pequeña del de Tula. Dentro de la división territorial del distrito de Toluca el valle del mismo nombre se encontraba en los partidos de Toluca, Ixtlahuaca, Tenango del Valle y Tenancingo; y en el partido de Jilotepec del distrito de Tula. En la década de los sesentas del siglo XIX estos partidos se convirtieron en distritos y se instauró el de Lerma.<sup>2</sup>

Los prefectos eran las autoridades directamente responsables de la organización de los ayuntamientos constitucionales. Éstos se rigieron, entre 1824 y 1825, por las leyes coloniales derivadas de la Constitución de Cádiz, de 1812. En febrero de 1825, se expidió el primer decreto estatal para organizar a los ayuntamientos, quienes disminuyeron en comparación con los coloniales, porque se requería que cada cuatro mil habitantes tuvieran un ayuntamiento; anteriormente cada mil habitantes podían tenerlo.<sup>3</sup>

Esta cantidad de población determinada por los diputados se traducía en la extensión mínima de la municipalidad, administrada por un ayuntamiento. La municipalidad estaba formada por varias localidades que se unían por lazos ancestrales o por iniciativa de las autoridades. Si bien había grandes diferencias de población y extensión territorial entre ellas, el número de habitantes más frecuente era de cuatro mil (así sucedía en 1825; en 1836 aumentó a ocho mil y en 1843 volvió a ser de cuatro mil).

Fue un objetivo de los legisladores de la segunda mitad del siglo XIX aprobar una ley que reglamentara la división del territorio municipal; sin embargo en ningún momento llegó a concretarse. Con esa ley se pretendía lograr una equidad entre los municipios y los distritos, en cuanto a población, superficie territorial y recursos, con lo que aspiraban a una mejor gobernabilidad en el estado.

De 1824 a 1851 existieron solamente municipalidades, ya que los municipios empezaron a erigirse en 1852 como categorías político-administrativas similares a las municipalidades, pero con menor importancia política. Los municipios se podían integrar con menos de cuatro mil habitantes y más de mil; tenían como autoridad elegida un municipal propietario y uno suplente. A partir de 1870, los municipios ya podían elegir ayuntamiento, aunque éste tenía menos integrantes que el de una municipalidad.<sup>4</sup>

En las décadas de 1860 y 1870 se erigieron en el valle de Toluca seis municipios, todos correspondientes al distrito de Tenango (Atizapán, Chapultepec, Jalatlaco, Joquicingo, Mexicalcingo y Texcalyacac); éstos tenían pocos habitantes y estaban integrados por un solo pueblo.

El cuadro siguiente concentra la fecha de erección de cada municipalidad y municipio del valle de Toluca o la fecha de cuando su ayuntamiento estaba en funciones, lo que indica que ya existía la municipalidad en su jurisdicción.

ERECCIÓN MUNICIPAL EN EL VALLE DE TOLUCA<sup>5</sup>  
(1812-1874)

Municipio	Año de erección
Toluca	1812, se mantuvo en 1825
Almoleya de Juárez	1820 — en 1825
Ocoyoacac	1820 — en 1825
Otzolotepec	1820 — en 1825
Temoaya	1820 — en 1826
Tianguistenco	1820 — en 1825
Atlacomulco	1824 — en 1825
Calimaya	1824 — en 1825
Metepec	ya era en 1824, se mantuvo en 1825
Amanalco de Becerra	— en 1826
Ixtlahuaca	— en 1826
Jiquipilco	— en 1826
Jocotitlán	— en 1826
Joquicingo**	— en 1826
Lerma (Cacamilhuacan)	— en 1826
San Felipe del Progreso	— en 1826
Temascalcingo	— en 1826
Tenango del Valle	— en 1826
Zinacantepec	— en 1826
Acambay	1827
Calpulhuac	1827
Almoleya del Río	1847
San Antonio la Isla	1847
El Oro	1851
Texcalyacac*	1866
Villa Victoria (Llaves)	1868
Chapultepec*	1869
Mexicalcingo*	1869
Xonacatlán	1870
Atizapán*	1870
San Mateo Atenco	1871
Jalatlaco*	1872
Rayón	1874
San Bartolomé Morelos	1874

\* Se erigen en municipios

\*\* En 1870 aparece como municipio, pero antes era municipalidad.

<sup>2</sup> "Ley orgánica provisional para arreglo del estado libre, independiente y soberano de México", en *Compilación de leyes y reglamentos del Estado de México*, 1980, pp. 13-36.

<sup>3</sup> "Para la organización de los ayuntamientos del estado", 9 de febrero de 1825, en *Colección de los decretos...* 1848, vol. 1, pp. 44-53, decreto 36.

<sup>4</sup> "Se faculta al gobierno para la división del territorio del estado", en *Colección de los decretos...* 1852, vol. 5, pp. 119-121; "Decreto sobre elecciones de ayuntamientos", 16 de octubre de 1870, en *Colección de los decretos...* 1872, vol. 9, pp. 73-78.

<sup>5</sup> "Memorias de gobierno, 1825, 1827, 1829", en *El poder ejecutivo ante la legislatura del Estado*, 1991; *Memorias de gobierno del Estado de México*, 1834, 1870, 1879. Moreno Espinosa, 1992, pp. 287-307; *Los municipios del Estado de México*, 1984.

Se puede apreciar, entonces, que la mayoría de las municipalidades del valle de Toluca estaban funcionando cuando en 1826 empezaron a aplicarse las primeras medidas reglamentarias del régimen federalista (19 de 34 municipalidades). Sesenta y tres por ciento de ellas se localizaba en el norte del valle (12 municipalidades). La de reconocimiento más antiguo fue la de Toluca, por haberse erigido el primer ayuntamiento constitucional en 1812, que tuvo continuidad a partir de 1820.

De 1827 a 1874 se erigieron nueve municipalidades y seis municipios, particularmente en años que correspondieron a gobiernos federalistas. Entre 1836 y 1846 no hubo nuevas municipalidades por la presencia del gobierno centralista en el país, que respetó la institución municipal pero disminuyó los ayuntamientos.

Al reinstaurarse la República federal se erigieron, en 1847, dos nuevos ayuntamientos, pero la constante agitación durante la guerra de Reforma y la Intervención francesa interrumpieron la formación de municipalidades. La excepción fue Texcalyacac, que fue erigido municipio en 1866, durante el imperio de Maximiliano de Habsburgo; sin embargo los trámites realizados por la población para separarse de la municipalidad de Almoloya del Río e integrar la suya iniciaron en plena Intervención francesa, en 1862.<sup>6</sup>

Durante la República restaurada se incentivó la formación de municipalidades y municipios, por lo que se erigieron nueve. Esto significó, por una parte, un logro de los pueblos que lo habían solicitado y, por otra, el debilitamiento de algunas municipalidades, como la de Calimaya de donde se desprenden Chapultepec, Mexicalcingo y parte de Rayón. La última municipalidad que se erigió en el valle fue la de San Bartolomé Morelos, en el distrito de Jilotepec.<sup>7</sup>

Tenango fue el distrito que tuvo mayores cambios político-territoriales, entre 1847 y 1874, por la erección de nuevos municipios. Su territorio quedó muy fraccionado, de hecho se caracteriza por tener los municipios más pequeños del estado.

Para 1874, tenemos la división del territorio municipal del valle de Toluca constituida por veintiocho municipalidades y seis municipios. En el último tercio del siglo XIX hubo modificaciones territoriales menores: el cambio de municipalidad de algunas localidades; un municipio se transformó en municipalidad (Joquicingo); cambian de distrito político (Temoaya, antes del distrito de Lerma, pasó a ser parte del de Toluca), y se erigen municipios con existencia efímera (como Tultepec y Tlalcalcalpa).<sup>8</sup>

<sup>6</sup> *Gobierno del Estado de México*, 1972, pp. 12-13.

<sup>7</sup> "Noticia del número de habitantes de ambos sexos que existen en cada uno de los distritos, municipalidades, municipios, ciudades, villas, pueblos, barrios, haciendas, ranchos y rancherías del estado", en *Memorias de gobierno del Estado de México*, 1870; y 1879 "Noticia que manifiesta detalladamente la población del estado".

<sup>8</sup> *Memorias de gobierno del Estado de México*, 1879 y 1893, Secretaría de Fomento, 1917.

Los pueblos que integraban los municipios y municipalidades tuvieron diversas reacciones ante la formación de la red político-territorial, entre 1826-1874. Algunas de las reacciones de descontento y varias peticiones de los habitantes de estos pueblos influyeron en las decisiones de diputados y gobernadores.

## 2. Los pueblos ante la erección de municipios

La participación de los pueblos en la división político-territorial de los municipios se manifestó de dos maneras principalmente: cuando los habitantes pedían integrar una nueva municipalidad o municipio y cuando pedían pertenecer a la jurisdicción de la municipalidad vecina. Para apreciar los motivos que los orillaban a realizar esas peticiones presentamos algunos ejemplos correspondientes a la zona con mayores cambios.

Los pueblos acostumbraban dirigirse al prefecto de su distrito (éste turnaba el expediente a las autoridades estatales) para solicitar su propio ayuntamiento, y por lo tanto tener la posibilidad de formar una nueva municipalidad. Por ejemplo, los habitantes de Capulhuac expusieron, en julio de 1827, que el principal motivo por el cual querían separarse de la municipalidad de Santiago Tianguistenco era la rivalidad entre ambos pueblos. Capulhuac se sentía desatendido y Tianguistenco se negaba a la separación. El gobernador aprobó la petición para evitar nuevos conflictos, aunque en estos años se quería restringir el número de municipalidades. Opinaban: "cuanto mayores son las municipalidades tanto más se dificulta su administración gubernativa".<sup>9</sup>

Cuando se erigían nuevas municipalidades se hacían evidentes las pugnas ancestrales entre los pueblos que las integraban. Los conflictos marcaban la continuidad o no de esas organizaciones municipales. Así, cuando se decretó la erección de la municipalidad de Almoloya del Río, protestaron, en 1847, los habitantes de los tres pueblos que quedaban bajo la tutela de Almoloya: San Pedro Techuchulco, San Martín Texcalyacac y Santa Cruz Atizapán. Pidieron a los diputados del estado que revocaran el decreto que había creado dicha municipalidad, para que volvieran a pertenecer a Tianguistenco o se les agregara a Tenango. A pesar de su descontento, los cuatro pueblos quedaron unidos en la misma municipalidad hasta que en 1866 se separó Texcalyacac; en 1870 sucedió lo mismo con Atizapán y unos años después con Techuchulco. Al final, únicamente el pueblo de Almoloya constituyó la municipalidad.<sup>10</sup>

Un ejemplo importante de la influencia de la población en las divisiones de las autoridades estatales, respecto a la crec-

<sup>9</sup> Archivo Histórico del Estado de México (AHM), C. 004.52, 1827, vol. 27, exp. 10, "El prefecto de Toluca acompaña representación de los vecinos de Capulhuac pretendiendo separarse de la municipalidad de Santiago", 1827.

<sup>10</sup> AHM, Erección de Municipios, vol. 1, exp. 4, "Solicitud de los vecinos del pueblo de San Pedro Techuchulco para que se revoque la ley que erige Almoloya en municipalidad", 10 de abril de 1847.

ción de un municipio o municipalidad, fue el caso de Mexicalcingo. En 1849 se reunieron los habitantes de Santa María Nativitas, San Miguel Chapultepec, San Lorenzo Cuautenco y San Mateo Mexicalcingo, de la municipalidad de Calimaya, con el fin de formar un nuevo municipio, cuya cabecera sería Mexicalcingo. En su solicitud al gobernador manifestaron una visión amplia de la política y la administración. Relacionaban el bienestar de los habitantes con el mejoramiento de la administración pública estatal y con el reforzamiento del orden federal. Al buscar independizarse políticamente pretendían desarrollar social y económicamente los elementos locales que estaban latentes y oprimidos.<sup>11</sup>

Quienes no les permitían ese desarrollo, en su opinión, eran las autoridades de Calimaya, así como el alcalde auxiliar

trativos, y no había identidad de costumbres que unieran a estos pueblos, ni reinaba la concordia entre sus habitantes.<sup>12</sup> Tales argumentos mostraban no sólo la oposición del ayuntamiento a perder parte de su territorio sino también los requisitos necesarios, en esa época, para autorizar una división municipal.

Algunos de estos argumentos se basan en hechos reales como los conflictos por límites de tierras entre los pueblos que buscaban conformar un nuevo territorio político-administrativo, particularmente entre Mexicalcingo y Chapultepec, los cuales perduraron hasta finales del siglo XIX. Por estas razones no se les concedió en 1849 formar juntos un nuevo municipio, pero fue necesario separarlos de Calimaya. Veinte años después, cada uno de ellos constituía un municipio.

Otro requisito que debían cumplir los pueblos que solicitaban su erección en municipio era la "obediencia" de los habitantes a las disposiciones de las autoridades locales. Característica que cumplían los de Merced de Llaves (actualmente Villa Victoria), de la municipalidad de Almoloya de Juárez, que solicitaron la instauración de su municipalidad. Ante esto, el jefe político de Toluca opinaba que dicho pueblo era "obediente a las autoridades, laborioso, notablemente afecto al actual

orden de cosas, excesivamente celoso por el adelanto de la primaria de la juventud, habiendo en él personas de acreditada moral y aptitud para desempeñar empleos y cargos públicos".<sup>13</sup> Los legisladores les concedieron su petición en el mismo año, ya que además de cumplir con esos requisitos políticos contaban con el acuerdo de todas las localidades integrantes, el número de habitantes y la solidez económica necesaria.

La Comisión de Estadística y División Territorial del Congreso estatal rechazaba solicitudes de pueblos cuan-

do no reunían las condiciones necesarias para erigirse en un nuevo municipio o municipalidad, como en el caso de la solicitud común que presentaron los pueblos de Cacalotlán, Tlacotepec, San Juan Tilapa, San Buenaventura, San Antonio Buenavista y Santa Cruz, y las haciendas y ranchos de San Miguel, San Pablo, La Macaria, Cocustepec o Cano



antonio lopez Saenz 98

de Mexicalcingo, oriundo de Calimaya, quien promovía el descontento al tomar medidas sobre tierras en favor de sus paisanos. Ante las acusaciones de los pueblos independentistas, el ayuntamiento de Calimaya declaró que no era conveniente segregar esas localidades de su jurisdicción para formar otro municipio. Entre otras cosas, porque carecían de un grupo de "hombres acomodados, independientes y regularmente ilustrados" que se pudieran hacer cargo anualmente de los puestos concejiles, no tenían fondos para los gastos adminis-

<sup>11</sup> AHM, Erección de Municipios, vol. 1, exp. 10, Ocurso de los pueblos de Mexicalcingo, San Lorenzo, Nativitas y Chapultepec al gobernador del Estado de México, mayo de 1849.

<sup>12</sup> AHM, Erección de Municipios, vol. 1, exp. 10. Ocurso del ayuntamiento de Calimaya al Gobernador del Estado de México, 11 de octubre de 1849.

<sup>13</sup> AHM, Erección de Municipios, vol. 1, exp. 21, "Solicitud del pueblo Merced de las Llaves para ser elevado a la categoría de municipalidad", abril de 1868.

y San Antonio Cacalomacán, de las municipalidades de Toluca y Zinacantepec. Pretendían integrar en 1872 la municipalidad de Cacalomacán. Al haber oposición del pueblo de Santa Cruz y del ayuntamiento de Zinacantepec no prosperó la petición, no obstante que los diputados habían hecho un proyecto de decreto donde se autorizaba dicha municipalidad.<sup>14</sup>

Los vecinos y auxiliares municipales de Jalatlaco también pidieron, en 1872, que su pueblo se erigiera en municipio para que pudieran independizarse de la municipalidad de Santiago Tianguistenco. Esta solicitud fue aceptada, ya que el elemento que llamó la atención de las autoridades fueron los recursos económicos con que contaba la comunidad, requisito necesario para alcanzar el progreso de un nuevo territorio político-administrativo, meta de los legisladores.<sup>15</sup> En el mismo año, se decretó la erección del nuevo municipio de Jalatlaco, del distrito de Tenango, compuesto únicamente por ese pueblo, ya que los pueblos vecinos se negaron a cam-



biar de municipalidad, como ocurrió con el de Tilapa. Además quedaron en su jurisdicción varios barrios, ranchos y haciendas.

El cambio de municipalidad provocaba descontento entre los habitantes cuando había problemas de reconocimiento y legitimidad con el ayuntamiento y cuando había conflictos por tierras entre las localidades que lo integraban. Un caso de inconformidad de un pueblo por pertenecer a una determinada municipalidad fue el de Santiaguito, que

solicitó al congreso segregarse de la municipalidad de Rayón para pasar a la de Calimaya, a la cual pertenecía antes de 1874. Ambas municipalidades se encontraban en el distrito de Tenango. Santiaguito hizo un primer intento de segregación en 1879 y posteriormente en 1881. El disgusto de los habitantes contra las autoridades municipales se debía al cobro exagerado de contribuciones, tanto por las tierras de común repartimiento que les habían adjudicado, como por la educación elemental. Además reprobaban que el ayuntamiento recogiera sus pertenencias y las pusiera en subasta pública para cubrir el monto de los impuestos no pagados. Este procedimiento era avalado por la ley, porque constituía la herramienta que la legislatura daba a las autoridades municipales para obligar a los vecinos morosos a pagar impuestos. Como era una medida coercitiva aprobada por los diputados, éstos no consideraron que los motivos expresados por los habitantes fueran suficientes para autorizar la segregación de la municipalidad.<sup>16</sup>

El congreso estatal también rechazó la solicitud de segregación del pueblo de Santa María Nativitas, quien deseaba separarse de la municipalidad de Calimaya y agregarse a la de Metepec, del distrito de Tenango, en febrero de 1882. Para los habitantes de Santa María era muy importante identificarse con sus gobernantes, porque de ellos dependía el tener una administración municipal adecuada a sus necesidades más elementales, como eran las de instrucción primaria y las de relaciones de igualdad con otros pueblos de la misma jurisdicción. Si las autoridades del municipio al que estaban asignados no les ofrecían los servicios públicos que requerían ni el ambiente social adecuado a sus intereses, exigían otras autoridades que mejoraran su situación. Entonces, las buscaban cambiando de territorio municipal, en lugar de tratar de hacer más efectivo el proceso electoral que les permitiera tener representantes comprometidos con los requerimientos municipales.<sup>17</sup>

Pedir la segregación municipal se convirtió en un recurso de los pueblos con el que buscaban remediar sus problemas. No hacían separación entre los conflictos políticos, económicos y sociales, sino que estimaban que se encontraban enlazados como sucedía en su realidad. La existencia de conflictos entre los pueblos de la municipalidad de Calimaya por la propiedad territorial y las contribuciones, reflejaba que no se había logrado indentificación entre ellos, aunque pertenecieran a la misma municipalidad.<sup>18</sup>

Las decisiones de los diputados en los asuntos territoriales se daban en función de los objetivos que tenían el gobierno estatal y el federal respecto a la forma de mejorar la administración y la conservación del orden público. Cuando consideraban que los cambios solicitados no ayudaban a alguno de

<sup>14</sup> AHM, Erección de Municipalidades, vol. 1, exp. 29, "Se pretende la erección de una municipalidad en el distrito de Toluca, con el nombre de Cacalomacán", abril de 1872.

<sup>15</sup> AHM, Erección de Municipios, vol. 1, exp. 32, "Solicitud de los vecinos del pueblo de Jalatlaco para erigirse en municipio", abril-octubre de 1872.

<sup>16</sup> AHM, Erección de Municipios, vol. 1, exp. 57, "Solicitud de los vecinos del pueblo de Santiaguito de la municipalidad de Rayón para segregarse de dicho municipio y agregarse al de Calimaya", 1881-1882.

<sup>17</sup> AHM, Erecciones de Municipios, vol. 2, exp. 60, "Solicitud de los vecinos del pueblo de Santa María Nativitas para segregarse de la municipalidad de Calimaya y agregarse a la de Metepec", febrero-septiembre de 1882.

<sup>18</sup> *Ibid.*

los dos objetivos rechazaban la petición, como sucedió con la del pueblo de Nativitas.

### Consideraciones finales

Durante el siglo XIX, la división político-territorial del valle de Toluca en municipalidades y municipios fue muy importante para las prácticas gubernativas pero también para el desarrollo de las actividades propias de la vida cotidiana de los pueblos. Entre 1824 y 1876 las autoridades hicieron los mayores cambios de las demarcaciones territoriales con la erección y ratificación de municipios. Esta situación se modificó con las legislaturas posteriores, que sólo trataron de afinar la división territorial anterior.

Aunque la organización territorial se decidía desde la cúpula del poder estatal fue necesario tomar en cuenta las opiniones de los jefes políticos, ayuntamientos y habitantes para mantener la estabilidad social y política entre los integrantes de los municipios.

Para los pueblos, la pertenencia a un determinado municipio les daba la posibilidad de solucionar sus problemas relacionados con la tenencia de tierras, la educación y las contribuciones. La manera de cuestionar el papel del ayuntamiento, como su representante legítimo, era solicitar la anexión a otra municipalidad donde esperaban recibir mayor atención a sus requerimientos. La falta de identificación de los pueblos con sus autoridades municipales fue evidente cuando pedían cambio de municipio. También se manifestaba debilidad en los lazos de cohesión social entre las comunidades cuando había problemas entre ellas, a veces generados desde épocas ancestrales por la importancia de la tenencia de la tierra. Este fenómeno no se generalizó en todo el valle; fue más notable en el sur, donde la erección de municipios tomó más tiempo y fueron éstos los más pequeños del estado. Así como había comunidades que apoyaban al ayuntamiento y otras no, también había habitantes que lo reconocían y otros que lo atacaban.

En cambio, en el norte del valle, donde los municipios tenían mayor antigüedad, se presentaron menos protestas de los habitantes por su pertenencia a un municipio y menos cuestionamientos en contra de las autoridades municipales. Quizá entre sus comunidades había mayor identificación social y sus conflictos no se relacionaron con la pertenencia a un municipio.

Para los habitantes del estado, la organización de los municipios en el valle de Toluca significó, por una parte, reconocimiento oficial de su tradición gubernativa anterior a la constitución de la entidad federativa, y por otra, un medio para que buscaran mejorar su situación social y económica. ♦

### Fuentes consultadas

*Colección de los decretos expedidos por los Congresos constituyente y constitucionales y por el ejecutivo del estado libre y soberano de México*, Tip. del Instituto Literario, Toluca.

*Compilación de leyes y reglamentos del Estado de México*, Gobierno del Estado de México, Toluca, 1980.

*División territorial de los Estados Unidos Mexicanos correspondiente al censo de 1910*. Estado de México, Departamento de Talleres Gráficos de la Secretaría de Fomento, Colonización e Industria, México, 1917.

*El poder ejecutivo ante la legislatura del estado*. *Memorias del gobierno*, 1825, 1827, 1829, Gobierno del Estado de México, Toluca, 1991.

*Los municipios del Estado de México*, Centro Estatal de Estudios Municipales del Estado de México, Secretaría de Gobernación y Gobierno del Estado de México, México, 1984.

*Memoria de la administración pública del Estado de México presentada a la XV Legislatura por el gobernador constitucional general José Vicente Villada, Cuatrienio de 1889 a 1893*, Imprenta, Litografía y Encuadernación de la Escuela de Artes y Oficios, Toluca, 1893.

*Memoria de todos los ramos de la administración del Estado de México en el año de 1869, presentada a su honorable legislatura por el C. Jesús Fuentes y Muñiz secretario general del gobierno, en el cumplimiento del precepto constitucional contenido en el art. 95 de la Constitución del Estado*, Oficina tipográfica del Instituto Literario, Toluca, 1870.

*Memoria en que el gobierno del estado libre de México, da cuenta al honorable congreso, de todos los ramos que han sido a su cargo en el último año*



*económico*. Presentada el día 26 de marzo de 1834. Se imprime por orden del mismo honorable congreso, s.p.i., 1834.

*Memoria presentada a la H. Legislatura del Estado de México, por el C. gobernador constitucional, general Juan N. Mirafuentes correspondiente al segundo año de su administración*, Imp. del Instituto Literario, Toluca, 1879.

*Monografía del municipio de Texcalyacac*, Gobierno del Estado de México, Dirección de prensa y relaciones públicas, Toluca, 1972.

Moreno Espinosa, Roberto, *Origen y evolución del municipio en el Estado de México*, Gobierno del Estado de México, Toluca, 1992.

Palacios Balbuena, José Guadalupe, *Mexicalzingo* (Monografía municipal, región 1), Gobierno del Estado de México, Toluca, 1987.

Salinas Sandoval, María del Carmen, *Transformación o permanencia del gobierno municipal. Estado de México, 1876-1880*, tesis para optar por el grado de Doctor en Historia de El Colegio de México, 1993.

# Lugar del arte: lugar de la cultura



ALBERTO DALLAL

A lo largo del siglo XX ocurren sucesos notables e irreversibles, de dimensiones mundiales y, en términos de cultura, universales. No sólo sobrevinieron dos enfrentamientos bélicos de gran envergadura (1914-1918; 1939-1945) que causaron una mortandad única en la historia; también sobrevinieron cambios en la vida y la estructura sociales que alteraron más pronto o más tarde las formas de organización del orbe: las revoluciones rusas (1905, 1917), la mexicana (1910), la española (1936), el nazismo, el bolchevismo, los movimientos de liberación de los negros, las mujeres, los marginados... La crisis y el desmantelamiento de la Unión Soviética y del "socialismo real" en 1989, la unificación de las "dos Alemanias" y los vertiginosos y sorpresivos sucesos político-sociales de los ochentas-noventas también pusieron en crisis las actitudes y las ideas que sobre la cultura, su naturaleza y sus mecanismos habían sobrevivido hasta el decenio de los ochentas. Todos estos fenómenos sociales situaron al ser humano en hitos históricos que —sin exageración— lo enfrentaron a la necesidad de una transformación profunda de sus más preciados o socorridos hábitos y actitudes.

Estas situaciones —¿necesarias a lo largo del siglo?— han afectado la producción artística, las formas de vida, los conceptos, los principios, las ideas. Nada puede afirmarse con seguridad respecto a la afloración de nuevas corrientes artísticas excepto que la transformación de sus cauces pertenece a la naturaleza misma de la actividad creativa. Esto nos lleva a suponer que el mundo también ha revitalizado durante el siglo XX muchos de los aspectos de su conocimiento sobre la naturaleza y el ser humano y los procedimientos que aplica para resolver sus problemas inmediatos o para preparar la solución de sus problemas futuros. ¿Acaso el estado de crisis es una situación ininterrumpida y "normal" para la naturaleza humana y sus formas de organización? Todos los grandes sucesos de tipo social han sobrevenido acompañados de avances singulares en la ciencia, las artes, la tecnología, los métodos de enseñanza, los sistemas de curación e indagación

de los males biológicos, etcétera. En sucesivas "oleadas" los cambios sociales sólo muestran una característica imborrable: su necesidad. De esta manera, los grandes cambios ocurridos durante el siglo han desembocado en una situación contradictoria y ambivalente: por un lado, los progresos logrados en una buena parte de la existencia humana han propiciado cierta estabilidad, múltiples comodidades, conocimientos profundos, acciones fáciles, felicidad; por otro lado, esos mismos avances han agredido a sistemas fundamentales para el transcurrir de la vida humana en muchos sentidos, ocasionando destrucción, caos y en ocasiones, muerte, o bien el sufrimiento para numerosos sectores de una población colectivamente más amedrentada y violentada... una población más ignorada e ignorante en su relación con esos mismos avances de la civilización.

Al terminar el siglo XX la especie humana vive una situación completamente nueva en la historia pues se halla ante excepcionales fenómenos jamás vividos con anterioridad y algunos de estos fenómenos resultan irreversibles, es decir, terminales, únicos, definitivos: no podrán repetirse jamás y sus consecuencias ni por asomo pueden compararse con otras, similares o no, acaecidas con anterioridad. Aunque todos estos fenómenos se hallan vinculados entre sí, poseen su propia dinámica y algunas de sus consecuencias, aun aislada y previsiblemente, adquieren proporciones gigantescas.

Por primera vez en la historia se han inventado y fabricado armas nucleares de tales características y en tal número que tras un error o una conflagración voluntaria la especie humana podría quedar totalmente destruida. Se han puesto en claro las evidencias de que incluso "ensayos" de destrucción nuclear acarrearán males irreversibles y trágicos. De la misma manera, el trabajo y los conocimientos humanos han hecho avanzar de tal manera sus sistemas de comunicación que cualquier hecho, personaje o suceso puede prácticamente ser observado o conocido de manera simultánea a su acaecimiento en cualquier parte del planeta. Los grandes

medios de comunicación masiva son asimismo una realidad, de la misma manera que lo son las aplicaciones electrónicas en gran escala, la computación y sus aplicaciones y la explotación masiva y universal de los recursos naturales. Por lo anterior, una parte de la naturaleza ha quedado degradada o se ha perdido irremediamente; en algunos casos lamentables algunas especies animales y vegetales se han extinguido. Necesitarán organizarse todos los habitantes del globo terráqueo para planificar y aplicar adecuadamente las medidas que "racionalicen" los cuidados de los recursos y bienes del planeta.

En un sentido estrictamente social —aunque con base en sus propios sistemas de producción y distribución— el nivel alcanzado por la drogadicción en todo el mundo también ha creado una situación generalizada nueva y excepcional, toda vez que muchos países del mundo intervienen de una manera u otra en el fenómeno, ya sea para aplicar tratamientos mora-

áreas productivas, financieras y comerciales del mundo entero. La uniformación de criterios y procesos técnicos y políticos respecto a los medios de comunicación masiva ha venido a singularizarse notablemente en intercambios, tratados, alianzas y tareas de conjunto. El fenómeno ha traído consigo nuevas e inesperadas respuestas en el plano político, patentizadas al abordarse internacionalmente circunstancias complejas —y asimismo irreversibles y novedosas históricamente— como la crisis sufrida por el sistema de países socialistas, los procesos de avance o retroceso de las estructuras democráticas, las guerras intestinas de tinte nacionalista o religioso, la afloración activa de fanatismos y fundamentalismos, los embates del terrorismo en el mundo, la peligrosa inestabilidad financiera y comercial de los países capitalistas desarrollados...

Todas estas manifestaciones de una singular situación mundial al finalizar el siglo XX también han tenido influencia decisiva en el conocimiento y divulgación de la historia, así como en el pensamiento tradicional y sus ramas científicas y humanísticas. En consecuencia, los mismos conceptos y definiciones en torno a la cultura, sus manifestaciones, sus obras y actitudes sociales han sufrido cambios que en cualquier otro periodo histórico hubieran resultado imposibles, inútiles o radicales. Por la experiencia observada y adquirida, las instituciones internacionales ligadas a la educación y la cultura, como la UNESCO, han preferido asimilar las enseñanzas que los acontecimientos, las investigaciones profundas, las experiencias locales y nacionales han propuesto y expuesto. Para ser congruentes con la dinámica universalizadora y democrática de estos tiempos, gran parte de los pensadores, especialistas y dirigentes han erradicado cualquier noción etnocéntrica, centralista o hegemónica de la dinámica cultural, por lo menos en procesos de análisis que muy poco antes quedaban impregnados de métodos y sistemas de pensamiento ideologizados. El proceso histórico mismo ha señalado la necesidad de reconocer el profundo grado de avance implicado gracias a y dentro de las civilizaciones orientales, africanas y latinoamericanas desde tiempos remotos; asimismo, ha intensificado la elaboración de metodologías de indagación globales, dispuestas a integrar a todos los países de todos los continentes para adquirir una visión técnico-histórica antes de la aplicación de raseros parciales ante las indagaciones en torno a la cultura. De igual manera, los intelectuales se han percatado de los tenaces, irreprimibles y saludables movimientos de intercambio que producen



lizardores, ya sea para plantear un desconcierto colectivo ante el fenómeno. ¿Qué hacer? ¿Condenar sin más? ¿Dar pasos hacia la legalización del uso y del tráfico de drogas? Este problema ha tenido una dinámica propia y sus consecuencias en el consumo y la generación natural o fabricada de las drogas ha obligado a las instituciones internacionales no sólo a examinar los casos concretos desde una nueva perspectiva unificada sino también a tomar medidas asimismo unificadas.

El enorme desarrollo de los medios de comunicación masiva —aparte de su influencia en el desplazamiento vertiginoso de la información— también ha tenido efectos en las

el surgimiento y el florecimiento de todos los aspectos de una sola cultura o de todos los tipos de cultura en una sola región.

La rapidez con la que viaja la información de una región a otra, de un país a otros, de un continente a los demás —ahora mediante un abierto sistema de comunicación globalizado— impone el reconocimiento de que los valores culturales, altamente cultivados en este u otro país o comarca, en este u otro periodo histórico cualquiera, a estas alturas de la historia se han convertido en bienes concretos, aceptables y manipulables por cualquier conglomerado social del mundo; por lo menos han devenido situaciones, actitudes y obras universalmente *comprensibles*. Es decir, se han convertido cabalmente en patrimonio de la humanidad entera. De ahí que se haya hecho necesario establecer definiciones más operativas, amplias, funcionales para el término *cultura* y para las ideas aledañas y convergentes a este concepto. De esta manera, no sólo muchas corrientes, obras, actividades y actitudes se han reconocido ya como parte de la cultura; también entidades, poblaciones, clases y grupos sociales que antes permanecían al margen del reconocimiento teórico y práctico como generadores de cultura, han sido incorporados, estudiados, ubicados, difundidos y hasta elogiados dentro del marco del conocimiento internacional.

Una más amplia y operativa definición de *cultura* ha implicado la necesidad de considerar el fenómeno cultural no sólo como aquello que el ser humano ha creado para controlar, conocer y superar a la naturaleza; no sólo aquello que ha cultivado y desarrollado supraestructuralmente en bien de su desenvolvimiento; no sólo aquellas obras y bienes que ha acumulado para autodefinirse...

*Cultura es un haz, un conjunto de elementos, actitudes, creencias, lenguajes, actividades, costumbres, símbolos y procedimientos que identifica y cohesiona a un grupo humano y que éste utiliza para conocer y reconocer su pasado, entender su presente y preparar su futuro.* La amplitud de esta definición permite que el fenómeno cultural sea analizado en lo concreto, de manera científica y objetiva, y que las categorías de análisis y crítica, ante los casos por describir y evaluar, contemplen a los procesos y entes culturales sin interferencias o prejuicios. Naturalmente, en el estudio mismo de los fenómenos y hechos culturales podrán detectarse aspectos o tendencias “positivas”, “negativas” o poco funcionales, así como aspectos o tendencias dignas de elogio o de ejemplaridad, siempre y cuando queden establecidos con claridad ejes y parámetros de “medición” claramente comparativos y explicables. Esto ocurrirá en lo concreto y de acuerdo con la ubicación de un contexto histórico, social, geográfico, espacial, etcétera. Los “modelos” culturales surgirán, así, plenamente ubicados y justificados, dentro de una línea científica que permita el encomio o la crítica según el apoyo de los factores detectados durante el análisis y, sobre todo, mediante un análisis ubicado dentro de la dinámica histórica y social; los comentarios respectivos deberán ser razonados y contener en sí mismos la descripción de su naturaleza ontológica.

La globalización de la comunicación en las actuales circunstancias del mundo ha traído consigo asimismo la globalización de la transmisión de conocimientos e información y el desplazamiento de bienes culturales. Un ejemplo operativo de consenso mundial en torno a algunas obras y monumentos, obras y riquezas culturales radica en la declaración internacional para conferir a ciertas ciudades y regiones la categoría de “patrimonio cultural de la humanidad”. No sólo han obtenido así estas obras la atención mundial para efectos de salvaguarda frente a catástrofes naturales; la medida también ha traído consigo el establecimiento, por primera vez en la historia, de un inventario de obras, monumentos y ciudades cuya supervivencia y buena conservación, desde el punto de vista cultural, han pasado a ser responsabilidad de todos los habitantes del planeta. No obstante este tipo de medidas, la destrucción de los bienes culturales en ciudades como Sarajevo y Dubrovnik ha indicado 1) la ausencia del acatamiento de un exclusivo concepto de derecho a la cultura en todos los países del mundo y 2) la necesidad de legislar universalmente al respecto, toda vez que los acuerdos internacionales deben tender a alcanzar consensos en los principios básicos sobre los bienes que todos los pueblos del Orbe comparten entre sí.

El concepto actualizado de cultura ha permitido también deslindar y simultáneamente ampliar el peso específico que dentro de cada comunidad o núcleo cultural ejercen la historia, la tradición, la religión y el arte, conceptos o categorías que anteriormente monopolizaban las referencias culturales. En los criterios en que se sostenían antiguamente era frecuente confundir a la cultura con cada uno de estos conceptos por separado. La noción más común consistía en identificar las manifestaciones artísticas de cada comunidad con su cultura. La definición expuesta más arriba evita que cada uno de estos rasgos de una cultura asuma por sí solo toda la representatividad cultural de una comunidad, toda vez que en algunos casos, como en el del arte barroco, singular movimiento cultural de una vasta región del mundo durante un lapso histórico prolongado, sus ligas con la religión cristiana permiten entender parte del proceso pero su estudio cabal ha requerido el examen de otros muchos aspectos básicos del fenómeno; en la actualidad se sabe que el barroco no fue solamente una tendencia artística; también fue una actitud cultural generalizada. Sin menoscabo de las obras y corrientes artísticas que produce o de las corrientes religiosas que genera, la cultura es, pues, un conjunto de elementos que, conjugados en los rasgos de un grupo humano concreto, lo identifican históricamente y cohesiona a sus integrantes y a todos los factores que lo caracterizan. En tal estado de existencia simultáneamente objetiva y subjetiva, la cultura se convierte en instrumento y vehículo de medición y de definición de cada rasgo particular que la compone.

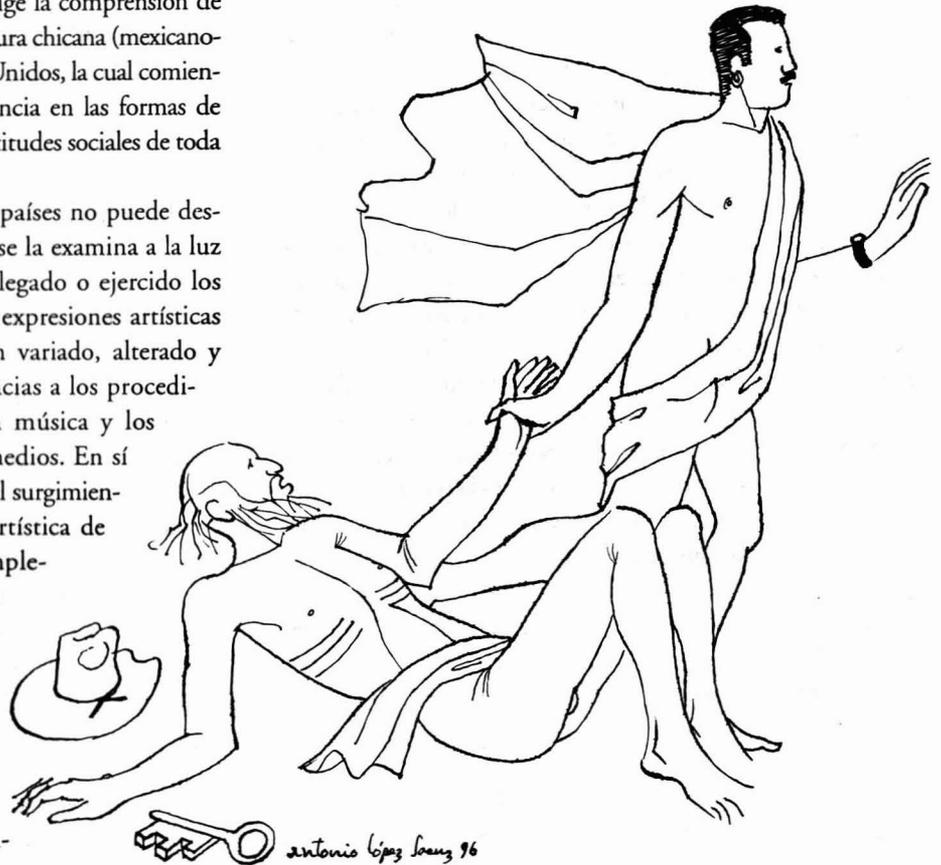
En la época actual han penetrado reconocidamente en el estudio de la cultura de comunidades, pueblos y naciones ciertos elementos, actividades, actitudes y símbolos que anterior-

mente habían permanecido pobremente identificados. Tal es el caso de las expresiones artísticas de muchos pueblos y naciones de África, América Latina, Asia y Oceanía. Asimismo, en las evaluaciones que en la actualidad se realizan en torno al pueblo japonés pueden detectarse con facilidad las combinaciones funcionales y operativas que la cultura japonesa actual ha logrado: sin menoscabo de sus tradiciones y su pasado, la nación ha asimilado sin cortapisas —y gracias precisamente a una organización social particular— los avances tecnológicos, no obstante que el análisis cuidadoso del fenómeno también muestra enfrentamientos y situaciones críticas propias del proceso de asimilación. De la misma manera, dentro de muchas comunidades urbanas de América del Norte y de Europa, algunas de las artes marciales de Oriente pasan ya a formar parte de sus rasgos culturales. Una explicación semejante exige la comprensión de la influencia cultural que representa la cultura chicana (mexicano-norteamericana) en el sur de los Estados Unidos, la cual comienza a ejercer una muy importante influencia en las formas de vida, el arte, el idioma, la comida y las actitudes sociales de toda la población del país.

Hoy en día la cultura de muchos países no puede describirse o explicarse con claridad si no se la examina a la luz de la enorme influencia que han desplegado o ejercido los medios de comunicación masiva. Hay expresiones artísticas —como las artes escénicas— que han variado, alterado y enriquecido sus ritmos e imágenes gracias a los procedimientos, las estructuras espaciales, la música y los elementos visuales aportados por los medios. En sí mismos, los tiempos actuales atestiguan el surgimiento de una nueva forma de creación artística de naturaleza televisiva: el *videoclip* o simplemente *video*. Cada día un mayor número de artistas creadores y técnicos conjugan sus esfuerzos para hacer del *video* un conducto artístico expresivo, funcional, operativo, adjunto o tal vez contendiente del *film* de arte y de la fotografía artística.

Otro aspecto importante en la ampliación del concepto cultura se refiere a los productos y actitudes de las poblaciones indígenas. Los valores culturales inherentes a los núcleos de población indígena se reconocen ahora de mejor manera. No se trata de “actualizar” mecánicamente los rasgos religiosos, artísticos, tecnológicos y de otra índole que caracterizaron a cada población indígena en el pasado sino de permitir que los integrantes de cada comunidad puedan actualizarse globalmente por sí mismos entregándoles metodologías e instrumentos para que así lo hagan. Es indispensable erradicar cualquier forma corporativista y paternalista de las relaciones entre la población indígena y el Estado nacional. La coexistencia política, social y cultural resulta la única opción posible en la vinculación entre minorías indígenas y mayorías nacionales. Las lenguas, actividades y estructuras creativas autóctonas

deben re-surgir, investigarse y preservarse dentro de las mismas comunidades indígenas pero mediante los medios y recursos, conceptos y procedimientos mayor y adecuadamente actualizados. En algunos casos, como en las danzas autóctonas, se requieren los instrumentos más avanzados para lograr no sólo registros adecuados sino relaciones visuales y auditivas detalladas de estas expresiones, ya que sus posibles continuación, vigencia o extinción dependen enteramente de ellos, sus practicantes y hacedores. También requieren de nuevas y adecuadas metodologías y sistemas de registro e investigación que obviamente los mismos indígenas pueden y deben registrar y re-crear. En caso de que ciertos elementos indígenas o autóctonos sean adaptables a la vida contemporánea —como el caso de las artes marciales orientales en la vida social de los



países occidentales—, la asimilación artística deberá incluir, para ser funcional, una operativa información sobre los más auténticos valores de cada actividad, toda vez que será imposible difundir aspectos superficiales o artificiales que en realidad sólo logren salvaguardar elementos comerciales reducidos o casi nada de la actividad original.

El reconocimiento cultural de algunos grupos sociales económicamente marginados también ha presentado un cambio de la teoría y la práctica de la cultura. Tal es el caso de la influencia que el habla de los conglomerados populares de la Ciudad de México ha ejercido en el idioma español de otras clases y grupos sociales en esta y otras épocas; también resulta ejemplar la forma en que la gran veta creativa de esos mismos grupos sociales ha influido en las

artes del espectáculo vía la revista mexicana, la canción popular y el *sketch*.

Elementos recientemente aceptados como partes integrales de la cultura, como la tecnología y el mito, constituyen polos de una misma reivindicación. El hecho de que a muchos pueblos de "alta cultura" como el antiguo Egipto y el Imperio azteca, se les niegue un análisis más certero y evidente en relación con los avances tecnológicos logrados en sus respectivas épocas de esplendor, los hace aparecer como asidos a un ineludible "atraso", cuando en realidad el ingrediente "tecnología" podría analizarse de una manera positiva o bien considerarse, por épocas y lugares, como elemento desintegrador o negativo. En la actualidad, la inclusión de la tecnología y el mito como ingredientes básicos de una cultura permite valorar de mejor manera situaciones complejas pero asimismo hermanadas —todo en consideración de una sola cultura— en las cuales se verifican datos objetivos; aun en la actualidad podemos hallar actitudes culturales en las que pesa la resistencia al desarrollo tecnológico o la inclinación al mito. Buen ejemplo de sorprendente persistencia cultural puede detectarse en las actuales actitudes disímboles de algunos grupos marginados de la Ciudad de México, cuyos integrantes agreden físicamente las casetas telefónicas u otro tipo de aparatos y servicios pero a la vez sustentan su vida cotidiana dentro del mito de la Virgen de Guadalupe y sus ramificaciones: el culto a la madre sacrificada o a la "cabecita blanca" de cada hogar. Estos rasgos pueden rastrearse no sólo mediante análisis sociológicos exhaustivos; surgen a cada momento en producciones artísticas como la pintura, la literatura, la canción urbana, la telenovela, el cine y las artes del espectáculo en sus múltiples variaciones.

La televisión resulta un factor importante, no sólo para la divulgación de algunos bienes culturales en el arte, la tecnología avanzada, las imágenes "construidas" en secuencias —composición visual—, la información sintética, periodística o intelectual; también resulta vehículo idóneo para transmitir acciones y/o inclinaciones artísticas como el melodrama, las técnicas de la improvisación, la música electroacústica, etcétera. No cabe duda de que algunas campañas publicitarias transmitidas por la televisión acaban por exigir del espectador una participación crítica que a todas luces puede ampliar los recursos a su alcance; puede el observador discurrir ante las imágenes para analizar sus propios gustos o bien puede adaptar de manera inmediata algunos valores o actitudes culturales que de otra manera permanecerían irreconocibles o desconocidos para él.

El arte, como elocuente forma de representación cultural —síntesis de los fundamentos de cada cultura—, ha abierto en la época contemporánea las esclusas de sus corrientes creativas. Aunque el arte permanece siendo —dentro del haz de elementos básicos del fenómeno cultural— representante idóneo de grupos y naciones, en el mundo de hoy sus manifestaciones espontáneas y autogestivas —aquellas que se enfrentan o por lo menos contrastan con las tradicionales— se ven

rodeadas, desde su nacimiento, de una información aledaña que las expande, las ubica, las difunde, las registra y las valora. La proclama surgida durante los años sesentas y setentas de que afloraría un arte más joven, más libre, más inmediato se vio constreñida, durante los ochentas, a grupos sociales medios que de ninguna manera generalizaron sus avances y productos en dirección de la sociedad entera. Se trataba de una dividida población de creadores en la que un sector se arrobaba ante la miscelánea de recursos y actividades tecnológicas y otro, extremadamente crítico, conformaba su enfrentamiento de manera radicalmente ideológica e intelectual. Estas dos actitudes pueden aún percibirse en las búsquedas y logros de la pintura, el rock, la música contemporánea de concierto, las variaciones múltiples de la danza, las incursiones de la fotografía en los multimedia y otras actividades artísticas, muchas de ellas fascinantes gracias a los conceptos, las imágenes, los recursos, actitudes y técnicas (procedimientos innovadores) que a veces literalmente espetan en dirección de espectadores y públicos un número infinito de imágenes reproductivas y asimilables.

Por su parte, en su movimiento de flujo y reflujo, las artes escénicas exhiben hoy en día los límites de sus recursos posibles: la vigencia de un teatro respetuoso de las reglas impuestas por el dramaturgo desde que escribe la obra, o bien la explosión creativa de un director de escena o de un grupo de talentosos actores que aprovechan la puesta en escena para explayarse —construyendo su propia obra— con imaginación y fantasía. En ambos casos pueden detectarse las razones que hacen de las artes del espectáculo un cúmulo de vivificantes maniobras creativas ya que los creadores del espectáculo no detienen su desenvolvimiento ante el estudio y exhibición de los "clásicos" de un espectáculo —ópera, ballet, orquesta sinfónica, etcétera—; también aparecen géneros u obras "contestatarias" o "paralelas" —comedia musical, *happening*, danza contemporánea, rock—, las cuales sientan las bases de un expresivo desarrollo original, dueño de sus propias reglas, objetivos e impulsos y acciones.

Las culturas nacionales, entonces, alimentadas por factores y obras exteriores a ellas, también despliegan un movimiento acumulativo que no sólo va construyendo sus respectivas *tradiciones* y *acervos*; de la misma manera van configurando "modelos" artísticos, religiosos, sociales, etcétera, que penetran en el universo que de manera general se denomina "clásico". Ante el proceso de renovación interna, cada cultura, asimismo, establece sus propias dinámicas de institucionalización, acogiendo en sus sistemas internos, imágenes, inventarios, acumulaciones y acervos aquellas obras, actividades y corrientes autogestivas o espontáneas, radicales o comerciales, que han de asentar sus propuestas, o bien que habrán de "re-definirlas" a largo plazo. Un nuevo concepto y una actitud más dinámica y abierta hacia las manifestaciones y situaciones culturales concretas habrán de ampliar y hacer más profundos los mecanismos de asimilación, registro, socialización y universalización de los bienes de cada comunidad y sociedad. ♦

# Alzheimer



ALINE PETTERSSON

Entre lo gris de los pliegues, el desierto  
impone su yerma geografía  
de negaciones.  
Y yo olvidé el camino...

Túmulos de polvo  
construye el silencio,  
mientras la pupila desfallece  
ajena a la urgencia de voces  
—inaudibles hoy—  
tras la línea  
sin rayar del horizonte.  
Acaso adivine, sorda, su rumorosa cercanía:  
espectros que mis ojos ya no ven.  
Sólo fuegos fatuos alumbran el osario  
de los días  
cuando mi lengua, en orfandad, busca  
refugio en la noche.

## Don Edmundo O'Gorman y la historiografía mexicana

JOSEFINA ZORAIDA VÁZQUEZ

Un gran ausente en un homenaje a don Edmundo O'Gorman es, sin duda, don Juan Ortega y Medina, quien fuera el más productivo y tal vez el más brillante de sus discípulos. Ortega me acompañaría en el recuerdo, después de tantos elogios vertidos sobre la obra de nuestro querido maestro, de aquellos tiempos cuando la Facultad de Filosofía y Letras dejó Mascarones al pasar a la Ciudad Universitaria y O'Gorman fue blanco de una hostilidad abierta e intolerante; sin duda me acompañaría en la satisfacción de que por fin don Edmundo alcanzara un gran reconocimiento.

La vida me dio la oportunidad de estudiar en varios países y de tener muchos maestros, pero don Edmundo siempre ocupó un lugar particular en mi formación, y mi aprecio se mantuvo incólume a pesar de que mi carrera se ha centrado en El Colegio de México.

Me unió al maestro O'Gorman, durante cuarenta y cuatro años, "una amistad intelectual y de la otra", como alguna vez escribió en una dedicatoria. Durante esos largos años conocí muchos O'Gormans: del atractivo profesor que en mis tiempos de estudiante encandilaba a sus alumnas, convencido de que "la frivolidad es una dimensión de la cultura", pasando por el brillante expositor, el intelectual de una pieza y padre intelectual que tanto exigía a los que nos atrevíamos a hacer tesis bajo su dirección, hasta el profesor-abuelo preocupado por nuestros problemas. De todas esas facetas, quiero subrayar dos, la del historiador y la del maestro.

Sin duda en México ha habido grandes historiadores; no obstante, en muchos sentidos podría hablarse de la historiografía mexicana antes y después de Edmundo O'Gorman, a causa del planteamiento que hizo de preguntas tan fundamentales como el sentido que tiene la historia, la natura-

leza del conocimiento histórico y de la tarea del historiador. En su compromiso con la profesión, O'Gorman buscó trascender la mera superficie de los hechos, enfrentarse y explicar sus contradicciones, aceptar que la historia que escribimos, tan ligada a la vida, responde a las limitaciones de nuestras circunstancias y subrayar que somos nosotros los que inyectamos un sentido y una intencionalidad a los hechos. O'Gorman pensaba que la tarea del historiador era rescatar la historia del hombre en el pasado, no la historia del pasado del hombre, como lo definió muy bien el maestro Ortega y Medina hace casi veinte años.

Don Edmundo gozó de una larga y fructífera vida dedicada en su mayor parte al servicio académico de nuestra Universidad y de nuestro país, a los que amó tanto. Su huella profunda en el quehacer histórico trascendió la UNAM, gracias a su colaboración con otras instituciones y a sus publicaciones. A los que fuimos sus discípulos en épocas tempranas, antes de que sus provocativas preguntas y respuestas fueran aceptadas, no deja de sorprendernos ahora, al recordarlo, la forma feroz en que alguna vez se le combatió. Por fortuna vivió lo suficiente para ver que alcanzaba el reconocimiento y se convertía en leyenda.

Cuando en 1938 O'Gorman decidió abandonar la abogacía, que ejercía con éxito, para dedicarse a lo que hasta entonces era una afición, ya había publicado una obra de historia: la todavía utilísima *Breve historia de las divisiones territoriales*. Mas su vocación se iba a cimentar en las aulas de Mascarones, como estudiante, y a partir de 1940 como profesor, al tiempo que desempeñaba el cargo de subdirector del Archivo General de la Nación.

Su inclinación a la filosofía, a la que dedicó horas de lectura y reflexión, inspirado por Antonio Caso, Ortega y Gasset,

José Gaos y Martín Heidegger, iba a conducirlo a cuestionar la historia dominante en el México de entonces, positivista, científica o "naturalista", como la llamó don Juan Ortega. Es claro que su gran sensibilidad filosófica lo llevaría a rechazar el camino simple de las verdades objetivas, construidas con documentos inéditos, y los estériles enfrentamientos que privaban entre los que negaban el pasado colonial y los que rechazaban el prehispánico. Su postura renovadora fue aceptada por los filósofos, pero fue considerada anatema por los defensores de la historia científica. No obstante, O'Gorman no se resignó al conformismo que tanto reditúa en nuestro medio, y dándole razón a Kant por aquello de que el hombre quiere la concordia, pero la naturaleza sabe que le conviene la discordia, aceptó el compromiso de defender con valentía sus puntos de vista. En realidad, el rechazo de su gremio le sirvió de acicate y lo convirtió en un provocador casi profesional de polémicas, tanto con historiadores nacionales como extranjeros, a los que siempre puso en apuros con su clara inteligencia, amplia cultura y diestro manejo de la argumentación, legado de su ejercicio jurídico. Tal actitud le ocasionó muchos momentos molestos y dificultó la vida de sus alumnos más viejos, pero iba a servir como instancia para purgar el ejercicio de la historia en México de sus limitados horizontes, obligando a los historiadores a la reflexión sobre su verdadera tarea.

Ya la publicación de su prólogo a la *Historia natural y moral de las Indias* de Joseph de Acosta en 1940, anunciaba las tormentas que desencadenaría su rebeldía ante "verdades" aceptadas, al defender al ilustre jesuita del cargo de plagio que se le había endilgado. A este desacato seguirían otros prólogos iluminadores, artículos, la publicación comentada de documentos, impecables traducciones de obras clásicas (Locke, Hume, Adam Smith, Collingwood) y tres libros que le ayudarían a madurar su pensamiento: *Fundamentos de la historia de América* (1942), *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* (1947) y *La idea del descubrimiento de América* (1952), texto este último con el que obtendría el doctorado. El planteamiento que se había hecho en los *Fundamentos* sobre cómo había pasado América a ser parte constitutiva de la cultura occidental, lo continuó en 1947 en *Crisis y porvenir*, con la inquisición sobre el ser de América; posteriormente, en *La idea del*

*descubrimiento*, al seguir con cuidado minucioso la historia del proceso de cómo los europeos se percataron de que las tierras con que se habían tropezado eran una entidad desconocida, es decir, desmenuzando la contradicción de atribuirle a Colón el descubrimiento de América y afirmando que lo había hecho "por casualidad". Sus ideas verían la culminación en su obra más significativa, *La invención de América*, que en sus dos versiones (en inglés y en español, ligeramente distintas) sigue la historia de la aparición geográfica e histórica de América ante la conciencia occidental y propone una interpretación sobre la diferente naturaleza de las dos Américas.

Sus argumentaciones también tocaron la historia nacional, afectada de tan grandes contradicciones. Amén de pequeños artículos y la muestra de amor patrio que es la reflexión interpretativa *México, el trauma de su historia*, para los que nos hemos dedicado a estudiar la historia del XIX su *Supervivencia política novohispana* resulta un libro capital, pues la interpretación que presenta permite seguir el largo proceso dialéctico de desaparición de la Nueva España, transida de incertidumbre por dos posibilidades de ser, en lucha por imponerse hasta el triunfo de la República en 1867.

De las múltiples facetas de don Edmundo, vale la pena recordar otra en la que hizo contribuciones fundamentales: la renovación de la enseñanza de la historia en las aulas de la Facultad. Sus cursos de Historia de la historiografía y Filosofía de la historia, a los que más tarde se sumaron el de Geografía histórica y su famoso Seminario de historia, fueron decisivos para cambiar la formación del profesional, pero también lo fue su participación en la reforma del tradicional programa de historia con motivo del traslado de la Facultad a la Ciudad Universitaria, que dio fin a aquella curiosa división que preparaba maestros en historia universal o de México, que tomaban asignaturas seriadas cronológicamente.

En Mascarones, su brillante y convincente palabra había reunido en sus clases a noveles estudiantes, espantados con su fama de "monstruo", y a profesores e intelectuales conocidos que su fama atraía. Con el traslado de la Facultad a CU cambió su público, y sus clases, hasta entonces optativas, pasaron a ser obligatorias, lo que permitió que sus enseñanzas llegaran a núcleos mayores, hecho que algunas veces tuvo resultados curiosos. Recuerdo a una maestra de primaria quien,

impresionada por la invención de América, decidió decirle a sus alumnos de 4º año de primaria que Colón no había descubierto nada, causando con ello un escándalo. Pero fue raro aquel que habiendo pasado por los cursos de O'Gorman, no abrevara en su pensamiento original y se contagiara de su descontento con lo manido. La lectura de textos fundamentales, de Hegel y Fichte a Las Casas, Motolinía o Zorita, leídos con atención y comentados atinadamente, no sólo sembraron inquietudes, sino que formaron académicos que continuarían, en la medida de sus capacidades, su tarea. De esa manera, el área de influencia de don Edmundo se amplió y sus ideas, que un día resultaron sorprendentes, se fueron imponiendo.

Su importante legado a la historiografía significa un reto para quienes nos preciamos de ser sus discípulos, pues el perfil que exigía para escribir la historia no es fácil de cumplir:

Quiero —escribió— una imprevisible historia como lo es el curso de nuestras mortales vidas; una historia susceptible de sorpresas y

accidentes, de venturas y desventuras; una historia tejida de sucesos que así como acontecieron pudieron no acontecer; una historia sin la mortaja del esencialismo y liberada de la camisa de fuerza de una supuestamente necesaria causalidad; una historia sólo inteligible con el concurso de la luz de la imaginación; una historia de atrevidos vuelos y siempre en vilo, como nuestros amores; una historia espejo de las mudanzas, en la manera de ser del hombre, reflejo, pues, de la impronta de su libre albedrío para que en el foco de la comprensión del pasado no se opere la degradante metamorfosis del hombre en mero juguete de un destino inexorable.

Aunque la mayoría no hayamos podido cumplir cabalmente con sus exigencias, gracias a su influencia nos libramos de ser simples repetidores de decires tradicionales; nos hemos atrevido a enfrentar el pasado con la conciencia de sus retos y a esforzarnos por dar lo mejor de nosotros mismos. El grado en que lo logremos, será una muestra más de que su rebeldía y sus enseñanzas cambiaron el curso de la historiografía mexicana. ♦



# Bajo la tempestad

ANTONIO MENDOZA

En cierta ocasión un conocido actor cinematográfico narró para la sección cultural de un semanario, lo que le había ocurrido durante una estadía en Acapulco al acudir a filmar una película. Se había desatado una tempestad y como no amainaba, fue imposible iniciar el rodaje del filme. Mientras, en espera de que el tiempo cambiara, se dedicó a beber en lugares de mala muerte, con prostitutas y la clientela habitual de esos sitios. Después, pese a que la lluvia, la tempestad, por fin había cesado, entre las brumas del alcohol que lo obligaba a caer en el peor de los abandonos, veía que la lluvia aún inundaba las calles: por teléfono hablaba con su esposa y le decía que no podía aban-

donar el puerto porque no se iniciaba la filmación a causa de la intolerable lluvia; en una última comunicación hizo evidente su desesperación: sus compañeros habían regresado a México y él estaba solo mirando el fantasma de la lluvia caer.

El relato anterior, por la tensión de su ambiente, nos permite la entrada para hablar de una sensacional novela de José Agustín que lleva por título *Dos horas de sol*. El argumento del libro se desarrolla cuando dos de sus personajes, Tranquilo, editor de una revista gráfica de éxito, *La ventana indiscreta*, y su socio, conocido como el Nigromante, acuden al puerto de Acapulco para realizar un reportaje sobre las variadas condiciones de aquel centro turístico.

Al poco tiempo de haber llegado (dos horas), los efectos de un ciclón desatan una tempestad (la lluvia) que no cederá a lo largo de toda la novela. Su presencia será el trasfondo del escenario donde entran en juego las peripecias de estos dos habitantes de la Ciudad de México, y cuya grisácea manifestación desborda la atmósfera que trasmina el texto agustiniano.

La historia que el autor nos cuenta, usando como punto de arranque el reportaje que los dos amigos tienen la misión de realizar, coloca al lector frente a un mundo enrarecido, difícil, asfixiante, que caracteriza a la sociedad mexicana de hoy; es decir, se trata de un microcosmos que permite entender la realidad social y cultural de un país sumido en la miseria, con una historia detenida, sin tiempo, y que experimenta la decadencia de todos sus valores; una sociedad restringida por el complejo y sucio mecanismo de la política nacional (Lanugo Muñúzuri, presidente municipal del puerto es prototipo de la clase política

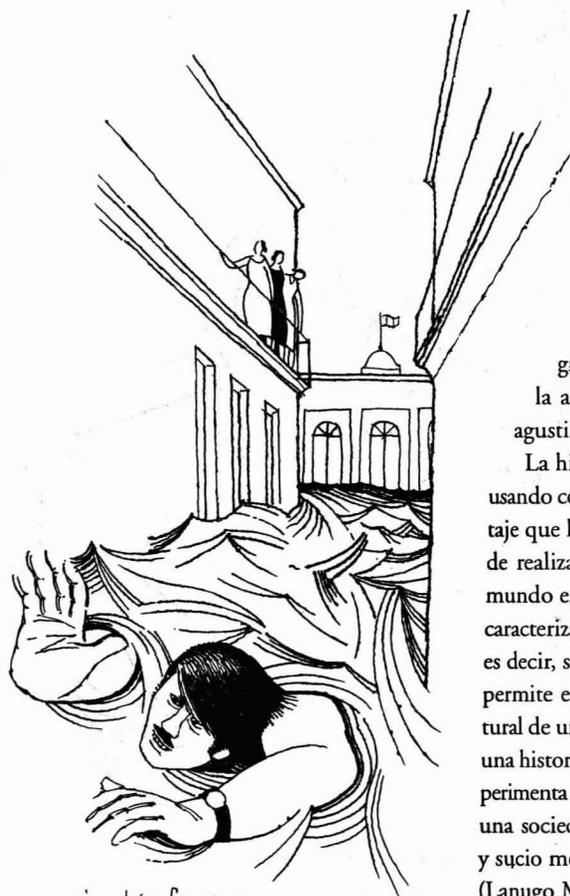
mexicana que consigue doctorados en universidades extranjeras para poder infiltrarse en los aparatos de Estado del país).

José Agustín utiliza inteligentemente el pretexto del reportaje que el Nigro y Tranquilo realizan, para penetrar abiertamente en esa sociedad portuaria, delimitada y en definitiva asociada con la "industria" del turismo y sus derivados (¿qué clase de país puede ser el que para sobrevivir tiene que prestar algunas de sus maravillas naturales?); y en la que la prostitución y los negocios relacionados con las drogas se arreglan por debajo de las mesas en los lujosos restaurantes y las famosas discotecas.

Por otra parte, los personajes de José Agustín también comparten la mecánica modernidad que caracteriza nuestra vida cotidiana: Tranquilo, el jefe, el director y dueño de la revista, así como su socio, el Nigromante, hombre culto, conocedor de alto nivel de la música popular moderna (que en esto nos recuerda al propio José Agustín), son personajes auténticos en su cinismo, sobre todo el primero, adaptados con perfección a una realidad en permanente estado de descomposición y enajenamiento. El segundo, pese a que en él se da como reacción a las circunstancias un regocijante sentido del humor, asimismo alardea de una actitud complaciente o a lo más sorprendida por lo que testimonia, pese a que en ocasiones sus reacciones sean severas y hasta críticas.

Capítulo aparte merece la relación de Tranquilo y el Nigro con dos turistas gringas marcada por una imposible comunicación verdadera, humana. En este asunto, José Agustín esgrime su talento y maestría narrativa para hacer sentir al lector como una pesada niebla, los obstáculos objetivos y subjetivos que impiden que estas cuatro criaturas rompan la cáscara cultural que los protege y separa. Es así que mientras la lluvia no cesa de caer, los personajes de *Dos horas de sol*, Tranquilo, el Nigromante, Livia y Phoebe, se desplazan en ese mundo atascado en su lepra buscando al sol que la tormenta interior y exterior les niega, se ven forzados a recluirse en espacios incómodos: atosigantes cuartos de hotel, restaurantes semivacíos o en la confortable cabina de un phantom rojo, propiedad del dueño de las tarjetas de crédito y la coca: el Tranquilo. ♦

José Agustín: *Dos horas de sol*, Seix Barral, México, 1995. 216 pp.



Antonio López Linares '95

# El final de la fiesta

VÍCTOR SOSA

Es cierto que las expectativas para el hombre en este fin de milenio son pocas y nada alentadoras: sobrepoblación a escala planetaria, destrucción indiscriminada de la capa de ozono, desertización acelerada de zonas que antaño eran selvas vírgenes o bosques frondosos o verdes y ricas sabanas; a ello sumemos las guerras étnicas —esa nueva modalidad finisecular de los nacionalismos emergentes—, la estupidización masificada a través del esparcimiento y la “información” televisiva, la totalitaria deificación del mercado sin ninguna restricción de orden ético, la pérdida absoluta de paradigmas y del mínimo respeto por lo sagrado y lo divino. La lista podría ampliarse *ad infinitum* pero con lo dicho hasta ahora es suficiente como para augurarle un final orwelliano a esta especie poseída por un ingobernable espíritu autodestructivo. Ya Nietzsche, proféticamente, lo intuía cuando en pleno ensueño productivista dejaba caer estas palabras: “pere-

cerás por tus virtudes”. En ese entonces el locoteutón parecía estar muy lejos de la industrializada realidad de sus contemporáneos y, en efecto, lo estaba; estaba hablando no de los éxitos extraordinarios alcanzados por la civilización a la que pertenecía, sino de sus terribles consecuencias directas e indirectas. No estaba hablando: estaba profetizando el final de ese festín occidental y cristiano sobre el mundo. Otros, lo dirían de otra forma:

Es del todo evidente que, a menos que se consiga hacer más lento el ritmo colosal a que avanzamos (y no cabe esperarlo) o bien —lo cual, por fortuna, es más probable— que se le opongan fuerzas contrarias de magnitud equivalente, en el sentido de la religión o la filosofía profunda, con irradiación centrífuga opuesta a esa religiosa tormenta centrípeta que nos arrastra al vórtice de lo meramente humano, lo natural es que este tumulto tan caótico, librado a sí mismo, tiende de por sí

al mal, en algunos espíritus a la locura y en otros a una reactivación del letargo carnal.

Las palabras anteriores pertenecen a Thomas de Quincey y fueron dichas en 1845; parece extraño y asombroso que hoy resuenen en nuestros oídos como dichas por un contemporáneo y definitorias de nuestra llamada modernidad. Con esas palabras se abre *Es tarde para el hombre*, de William Ospina (Padua, Colombia, 1954), de quien ya nos hemos ocupado con anterioridad y quien tiene publicados los poemarios *Hilo de arena*, *La luna del dragón* y *El país del viento*. Se trata en esta ocasión de un libro compuesto por seis ensayos donde se abordan las consecuencias de esas mortales “virtudes” nietzschianas que citábamos al comienzo. No es extraño, entonces, que el autor abra el fuego con un ensayo titulado “Los románticos y el futuro”, ya que el Romanticismo —más que una simple escuela pictórica, poética o musical— encarnó de manera congruente una *actitud* vital ante los acontecimientos históricos que le tocó vivir. En efecto, el Romanticismo fue una reacción —saludable reacción— a la Ilustración francesa, al Empirismo inglés y al Racionalismo alemán, instancias del pensamiento de Occidente que llevaron a un culto desmedido de la razón y a la fe ciega en el progreso como único camino hacia la libertad. A partir de ahí, el Positivismo racionalista se impondrá en el siglo XIX como precepto universal que reduce a fórmulas lógicamente demostrables aquello que antes pertenecía al oscuro reino del Misterio. Ante ese estado de cosas los románticos reaccionan e intentan restablecer los vínculos del hombre con los misterios insondables del mundo. Lo dice Ospina con agudeza:

Ésa fue la función que cumplieron los Románticos, renovar, a comienzos de la edad moderna, los lazos vitales que nos unen con el misterio, con la divinidad y con la naturaleza inmortal, y dejar flotando sobre los espíritus, cuando ya crecían los desiertos del utilitarismo y del sin sentido, un recuerdo de altos destinos y un ejemplo de aventuras audaces, para que algo sagrado y poderoso pudiera acudir en nuestra ayuda a la hora de los grandes eclipses.

Pero lo que no dice el colombiano es que los mismos románticos estaban atrapados en una contradicción irresoluble propia de la época y de su enorme soledad ante el mundo.



El poeta, el creador romántico, vive un estado del ser que es desafío y temor ante el abismo que se abre a sus pies; vive por primera vez la *conciencia de la escisión* entre palabra y mundo que luego se ahondará de manera definitiva en nuestro siglo. En ese sentido, es pertinente recurrir a las palabras de Rafael Argullol en *La atracción del abismo*, donde dice:

*La conciencia de la escisión* entre Naturaleza y hombre que atormenta a los manieristas se convierte en definitivamente irreparable para los románticos. Estos desean el retorno al espíritu de la Naturaleza, porque en él reconocen a aquel dios que en la anhelada e inexistente Edad de Oro alentaba la unión de Belleza, Libertad y Verdad. Desean, como Anteo, retornar a esa naturaleza saturniana, a esta madre en cuyo seno reconocen su ansia de plenitud. Mas, en su conciencia trágica, perciben claramente que este camino de retorno se halla obstaculizado por el temible rayo de la impotencia. Junto a la naturaleza saturniana y liberadora se halla una naturaleza jupiteriana y exterminadora que destruye cualquier proyecto de totalidad [...]. Por eso, en la pintura del Romanticismo son indeslindables el "deseo de retorno" al

espíritu de la Naturaleza y la conciencia de la fatal aniquilación que ese deseo comporta.

Es decir, los románticos sabían, a su manera, que no había retorno posible. De ahí los *paraísos artificiales* y los viajes hacia lo exótico o al rescate de esas "eras imaginarias" de la humanidad. Se trataba de un último intento de lucidez —que muchas veces lindaba con la alucinación— ante la inminencia del desastre; se trataba también de un último gesto heroico —siempre la figura arquetípica del héroe que llega para redimir— ante el desierto de la significación. El resto será páramo y ordenadores, *yuppies* y fluctuaciones en el mercado bursátil de la modernidad.

A partir de ahí, es decir, de esa declaración de fe romántica, Ospina arremete contra "Las trampas de progreso" con la ciencia y la técnica como puntas de lanza encargadas de desbrozar el terreno donde la industria se instalaría como puntal de un irreversible desarrollo. Y el progreso llegó para quedarse y para imponerse en todas las áreas del entendimiento:

Pero pensar que hay progreso en el arte —nos dice el autor—, en la música, en la poesía,

es simplemente uno de los errores más extendidos y más dañinos de la crítica [...]. Lo que hace valioso a una obra no es su actualidad sino su intemporalidad, su capacidad de tener sentido para gentes de muchas épocas distintas.

Cierto, no hay progreso en el arte "ya que el valor estético de una obra corresponde a su verdad interna", pero, ¿no será que el arte también responde a una mirada que lo define como tal? Quiero decir que si entendemos el arte africano es, en gran parte, gracias a la *mirada* de Picasso y no sólo por su intrínseco valor artístico. En otras palabras, nuestra mirada hace posible el objeto artístico a partir de una percepción cultural y no a partir de un hipotético arquetipo universal de lo bello. La "Rueda de bicicleta" de Marcel Duchamp sería un objeto *invisible* —artísticamente hablando— bajo la mirada del Renacimiento, pero deviene un fetiche cultural bajo la mirada *culta* del siglo XX —y más tarde será tan hermosa como la *Victoria de Samotracia*. Pero las baterías de Ospina no apuntan, específicamente, hacia los eternos problemas de la estética sino hacia la invalidación del concepto de progreso, al que se suma la teoría darwiniana de la evolución

# La Gaceta

DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

NUEVA ÉPOCA

NÚMERO 301

ENERO DE 1996

## Homenaje a Juan Rulfo a los diez años de su muerte

NICANOR PARRA ♦ JOSÉ EMILIO PACHECO ♦ ELISEO DIEGO  
EDUARDO MITRE ♦ AUGUSTO ROA BASTOS ♦ VÍCTOR HERRERA

Textos de

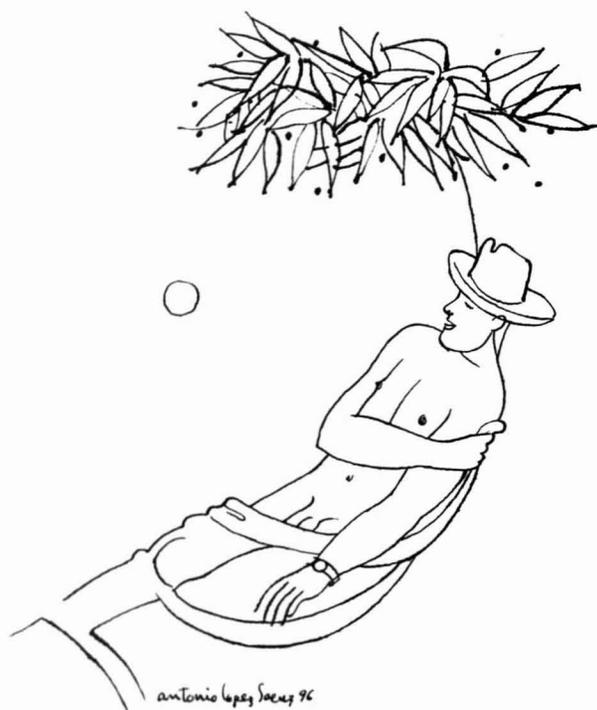
SAÚL YURKIEVICH ♦ GUY DAVENPORT ♦ JOSÉ BALZA ♦ LEO EDUARDO MENDOZA  
LUIS VILLORO ♦ ROGER BARTRA ♦ DENIS DE ROUGEMONT ♦ MARC CHEYMOL

Poesía de

JOSÉ KOZER ♦ JULIO HUBARD ♦ EMILIO GARCÍA MONTIEL

Fotografías de Juan Rulfo





de las especies. Apunta hacia una ética de la vida cotidiana que denuncia:

una cultura del derroche que invierte el esfuerzo de miles de seres en cosas cuya función es durar un instante, cosas que parecen marcadas por el deber de la inmediata caducidad, cosas cuyo uso no puede repetirse. Un melancólico vaso plástico sería el símbolo perfecto de esta época derrochadora y superficial si no compitieran con él los dos bastones simbólicos de nuestra declinación: esa calculadora portátil sin la cual ya no somos capaces de sumar los minutos que ahorramos usándola y el poliedrico control remoto que ha llevado nuestra inmovilidad doméstica a unos grados de perfección insospechados.

Crítica de la idea de progreso y crítica del aparente confort impuesto por las leyes del mercado —ese blanco elefante de la posmodernidad.

En “El canto de las sirenas” Ospina lanza sus dardos contra el complejo aparato publicitario poblado por bellos jóvenes atléticos y felices:

ese universo de papel y de luz donde nadie sufre tragedias que no pueda resolver el producto adecuado, donde nadie envejece jamás si usa la crema conveniente, donde nadie engorda si toma la bebida que debe, donde nadie está solo si compra los perfumes o cigarrillos o autos que se le recomiendan, donde nadie muere si consume bien.

El colombiano contrapone a la edulcorada realidad publicitaria su correlato infernal

de los basureros de la industria y el consumo donde pugnan por sobrevivir los que carecen de todo, los que no tienen ni belleza, ni salud, ni juventud, ni éxito, ni fortuna;

es decir, la otra cara del festín de Occidente que es la verdadera cara del monstruo sin maquillaje.

Pero Ospina insiste y ahora arremete contra otro de los pilares de la sociedad contemporánea. En “La mirada de hielo” enfoca el tema de la medicina moderna transformada en rentable negocio para los galenos y las industrias farmacéuticas. A la salud como condición fundamental para la productividad, el autor contrapone la enfermedad como posibilidad antiproduccionista y reveladora del misterio vital:

De entrada, si el de la salud es tiempo para el mundo el de la enfermedad bien puede ser tiempo para el hombre, para la introspección, el recogimiento, la vuelta sobre los misterios del cuerpo, sobre su relación sobre el universo natural.

De ahí pasamos a los dos últimos ensayos, “El naufragio de Metrópolis”, donde el escritor recrea el cotidiano apocalipsis de nuestras ciudades abandonadas por los dioses y las compara con esa

ciudad perfecta, sujeta a una divinidad evidente o tácita: una Atenas consagrada al poder y a la ley, una Lucrecia venusina consagrada al placer y al amor, una Florencia apolínea consagrada a las artes, una Sibaris consagrada al arte de vivir, una Sodoma consagrada a la voluptuosidad, una Bagdad o una Alejandría consagradas al conocimiento.

Y, finalmente, en “Los deberes de la América Latina”, el autor aborda la híbrida y compleja identidad latinoamericana nacida como reacción y consecuencia de esa vasta entelequia llamada Europa — que hoy se desgrana en múltiples nacionalismos y en un racismo generalizado que contradice la utopía de una Europa económica y culturalmente unívoca.

Más allá de sus resonancias apocalípticas, casi siempre dos palabras se imponen al final de los ensayos, éstas son “milagro” y “esperanza”. A pesar de que es tarde para el hombre nunca es demasiado tarde para la esperanza, nos dice Ospina en sus trabajos. Sin embargo, el discurso del colombiano adolece muchas veces de ingenuidad y maniqueísmo. No hay matices en Ospina; hay un *antes* y un *después* que definen dos realidades antagónicas — la primera encarna el reino de la Naturaleza, es decir, de la belleza, de la paz y de la armonía sobre la tierra; la segunda el reino de la Civilización depredadora, de la fealdad, de la enajenación y de la guerra—. No hay términos medios y la naturaleza se puebla de adjetivos: “... la ingenua y mágica naturaleza, cuyo atributo más evidente es la inocencia”; y los animales vuelven al paraíso terrenal: “la docilidad, la inocencia y a veces la pasividad de las criaturas...”; y la historia le da la razón al mito: “En ese mundo remotísimo donde la fe movía montañas, donde la ingenuidad creía en milagros y a menudo los hacía.” En estos bucólicos términos, su radical crítica a la sociedad contemporánea pierde credibilidad al idealizar aspectos y circunstancias de la historia bajo una mirada mítica, cargada con un sentimentalismo demasiado humano. La búsqueda de ese genuino sentido de lo sagrado —que tanto le preocupa a Ospina— merece un tratamiento menos simplista y reduccionista, para salvar, al fin, lo que podamos salvar del hombre en este *virtuoso* final de fiesta que nos ha tocado vivir. ♦

William Ospina: *Es tarde para el hombre*, Norma, Bogotá, 1994. 135 pp.

# Arte, historia e identidad en América

GABRIELA VALLEJO CERVANTES

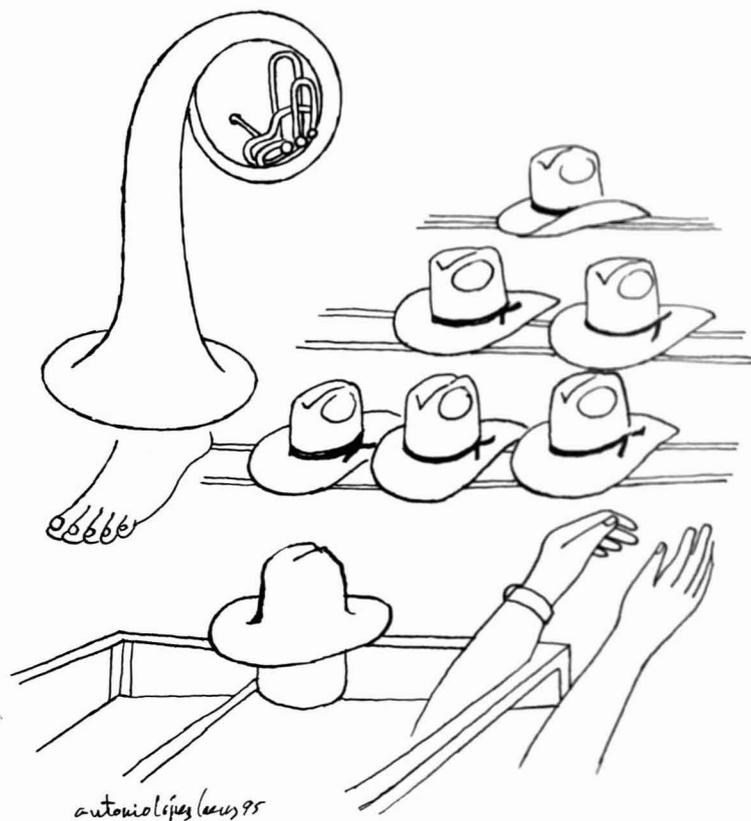
Aunque mucho se ha dicho en materia de identidad cultural, la imagen de las Américas sigue suscitando comentarios y reflexiones tanto por lo que muestra como por lo que esconde. Más allá de las evidentes fronteras políticas, de los circuitos económicos que enlazan con hilos de inmediata causa y reacción a las periferias que han perdido su centro (¿dónde quedaría el centro de las Américas?) y de las geografías que atestiguan el choque aún vigente de las culturas autóctonas con las de origen europeo, América, y para tomar la conocida expresión acuñada por Edmundo O'Gorman, sigue siendo una invención: para nuestra fortuna, es una fuente inagotable de historias recién descubiertas, de rincones desde los cuales florece el arte, de ciudades antiguas que se abren para permitirnos encontrar vestigios que nos sorprenden debido al desconocimiento que aún tenemos de las entretelas de nuestro pasado y de nuestro presente.

Situándonos en el terreno de la historia del arte, una manera de acrecentar la sorpresa y el placer de la invención y del hallazgo se da por medio del seguimiento puntual de los diversos puntos de vista, de los distintos abordajes que los estudiosos hacen de las Américas. A través de la convocatoria del Comité International d'Histoire de l'Art, se organizó en la ciudad de Zacatecas en 1993, con el apoyo del Instituto de Investigaciones Estéticas, un coloquio cuyo fin fue conocer el trabajo realizado por una comunidad académica heterogénea en torno al arte americano. Este coloquio que se llamó Arte, Historia e Identidad en las Américas, Visiones Comparativas es consecuencia de una búsqueda por replantearse el problema de la cultura e identidad a la luz de una historia contemporánea que ha tirado muros y ha erigido otros en medio de grandes conflictos.

En el proceso de afirmación de las minorías (la indígena, negra o chicana, por ejemplo) y de la diferenciación cultural (y por ende política), como la que se da en Canadá entre anglos y galos dentro del contexto de un continente con una historia oficial de qui-

nientos años, el arte americano es un péndulo que oscila entre dos polos: la particularidad y la universalidad. Estos dos puntos se han ubicado, respectivamente, en América y Europa. En el momento en que el continente americano se volvió un concepto en la mente de sus descubridores y conquistadores, se impusieron límites territoriales, además de rasgos y características que lo acercaban a la metrópoli en medio de un paraje y un sustrato étnico totalmente ajeno. Europa, la inventora del clasicismo (del "arte clásico") y por tanto de la universalidad (junto con los valores de un catolicismo absolutista), delegó a las nuevas tierras el papel de la particularidad por excelencia, de una imagen híbrida, fragmentaria y mestiza que las situaba adecuadamente dentro de las jerarquías necesarias de la coloniza-

ción. Si la intención de la Europa contemporánea ha sido la de borrar fronteras, en América la tendencia, heredada quizá, ha sido la de mantenerlas y exacerbarlas bajo el acicate de las inmigraciones. Aunque la intuición y la razón lo confirmen, continúa un debate en torno a la universalidad de nuestro arte —desde la Colonia hasta nuestros días—, medio en el que se expresan todas las facetas de nuestra alma fragmentada. Mientras el arte prehispánico parece tener ya un sitio asegurado dentro de la difícilmente definible *universalidad*, el arte americano ha tomado para sí los conflictos y choques de nuestra historia. Es por ello que esta suerte de debate, que esta puesta en escena de las particularidades americanas a través de las ponencias que conformaron el coloquio, resulta un camino apasionado y elocuente por lo vericuetos y sendas ocultas de nuestro paisaje. El mapa que se nos traza para no perdernos en la vastedad de los territorios comprende cuatro temas fundamentales en los tres volúmenes publicados bajo el título *Arte, historia e identidad en América: visiones comparativas*, producto de la reunión de los textos del coloquio: 1) América, un tema para el arte; 2) La problemática de las escuelas nacionales; 3) La presencia de la modernidad artística europea en Méxi-



co, y 4) El arte americano: métodos y objetos de estudio.

El punto de partida es el de la *visión* de América, de su representación y de las imágenes artísticas desde la Colonia hasta el siglo XX. Tom Cummins, de la Universidad de Chicago, abre el debate de la *otredad*, de las diferencias de discurso no sólo de europeos frente a los indígenas americanos, sino de europeos entre sí, es decir, entre los dos grandes bloques del siglo XVII: la Europa católica y la protestante. El campo de batalla se compone de dos obras de gran importancia artística y bibliográfica, como son *La historia general* de Antonio de Herrera y *América* de Theodore de Bry. Mientras que Herrera trabajó bajo la tutela de la Corona española como "cronista mayor" de Indias para exaltar la gloriosa labor de sus majestades en el Nuevo Mundo, De Bry, originario de Lieja, Bélgica, aprovechó su talento como grabador para mostrar a través de maravillosas ilustraciones una historia americana desastrosa bajo el dominio español. La importancia de la colonización de las Américas no sólo se aprovechó para propagar la "leyenda negra" española, sino para explotar comercialmente lo que sería realmente un tema para el arte en Europa: el carácter heroico y exótico de los pueblos indígenas. Así se desencadenaría lo que ya estaba latente desde el siglo XVI: una mitología festiva, con riqueza de vestuario y ornamentación, sobre el heroísmo y los valores morales exaltados de los indígenas, que apuntalaría la carrera teatral del Buen Salvaje hasta entrado el siglo XX. Aquí merece la pena leer el artículo de Huguette Zavala, "América inventada. Fiestas y espectáculos en la Europa de los siglos XVI al XX", que traza un minucioso panorama del exotismo teatral desde sus vertientes peruanas y mexicanas, hasta las brasileñas y mohicanas.<sup>1</sup>

Mientras que por un lado prosperaba este rico imaginario en Europa, por otro lado florecía en América la tendencia, bastante acusada desde el siglo XVIII, del rescate histórico de la cultura. Desde la recuperación arqueológica del monumento a san Hipólito,<sup>2</sup> por ejemplo, y la labor anticuaría de la cultura prehispánica realizada por Guillermo Dupaix,<sup>3</sup> capitán de Dragones, hasta la

taxonomía botánica de la Real Expedición del Nuevo Reino de Granada,<sup>4</sup> es posible reconocer la gestación de una conciencia preocupada por sus valores culturales. A partir de ésta se generaría paulatinamente un deseo de recuperación de lo nacional. Olivier Debroise, en su artículo sobre los murales de San Miguel Itzmiquilpan,<sup>5</sup> resalta la importancia del ensamblaje mestizo (indígena y español) en la simbología de las pinturas didáctico-morales para la creación de un arte definitivamente novohispano, con absoluta independencia respecto a cánones autóctonos o importados. Esto es muy importante, ya que a partir de la yuxtaposición de códigos de distintas culturas, se logra un arte que apunta hacia la peculiaridad de lo propio, de lo distinto, de lo original.

En la necesidad de definirse, de encontrar un terreno de identidad propia, está también la necesidad de diferenciarse y de exaltar las particularidades que darán paso a la problemática de las escuelas nacionales. Los americanos, como otros pueblos, sufrimos un proceso de revelación, de anagnórisis ante la propia imagen. Como un conjunto social y político organizado, el concepto de nación se asimila al de cultura y se busca en las raíces históricas los estandartes que apoyen, por causa justificada, esa exaltación. La independencia hacia el régimen español no acabó, sin embargo, con la polémica en torno a la españolización de las Américas como una presencia que no ha cesado de tener su parte activa en el proceso cognoscitivo de la identidad americana. Para definir el *carácter nacional* existe como referente el *otro*, lo ajeno. Con el fin de legitimarse, esta contraparte nacionalista invade los espacios físicos e ideológicos de los habitantes del país y se apoya en héroes y sucesos gloriosos para lograr la asimilación de la identidad a través de una moral. Así lo expone Roberto Amigo en su artículo "Imágenes para una nación. Juan Manuel Blanes y la pintura de tema histórico en la Argentina".<sup>6</sup> Con cierta paradoja, vemos cómo en la pintura de tema histórico, "la imposición de una tradición pictórica europea en los países americanos fue parte integrante de la idea de progreso por la que batallaron las eli-

tes" (p. 315). El concepto de escuela, tan peculiar del siglo XIX, funcionaría en los países americanos ya independizados, como nos dice Jaime Cuadriello, no sólo cómo razón de Estado, sino como axioma de identidad cultural. Para este crítico, desde la pintura devocional de Miguel Cabrera en México, a fines del siglo XVIII, están presentes las dos líneas de discurso: uno alegórico que representa la asimilación a la tradición pictórica e ideológica europea, y otro simbólico, más oculto quizá, de una iconografía que era afín al mestizaje y que daba ya muestras de subversión de los valores tradicionales europeos. Aunque el arrebato nacionalista ha corrido paralelo a los usos y condiciones del poder (pensemos en las muchas estatuas conme-



antonio lópez saenz 96

morativas que adornan las glorietas, paseos y grandes avenidas), también ha generado la versatilidad sorprendente de los movimientos de vanguardia que en Latinoamérica han generado más de veintinueve declaraciones distintas entre 1920 y 1961, buscando en todo momento la "revolución" del arte.<sup>7</sup>

La presencia continua de la realidad del *otro* da pie al tercer tema del coloquio que se ocupa en mayor medida de los intercambios culturales y de las repercusiones e influencias de artistas y movimientos artísticos más allá de las fronteras. Desde el espacio urbano de

<sup>1</sup> Huguette Zavala, tomo 1, pp. 33-50

<sup>2</sup> Cfr. Jorge Alberto Manrique, "Presagio de Motezuma: el mundo indígena visto al fin de la Colonia. Monumento en San Hipólito", tomo 1 pp. 173-179.

<sup>3</sup> Cfr. Elena I. Estrada de Gerlero, "La labor anticuaría novohispana en la época de Carlos IV; Guillermo Dupaix, precursor de la historia del arte prehispánico", tomo 1, pp. 191-205.

<sup>4</sup> Cfr. Marta Fajardo de Rueda, "La obra artística de la real expedición botánica del Nuevo Reino de Granada, 1783-1816", tomo 1, pp. 207-221.

<sup>5</sup> Olivier Debroise, "Imaginario fronterizo/ identidades en tránsito: el caso de los murales de San Miguel Itzmiquilpan", tomo 1, pp. 155-172.

<sup>6</sup> En el tomo 2, pp. 315-332.

<sup>7</sup> Stanton Loomis Catlin, "Plures Ex Uno. The Search for a Canon in Modern Latin American Art", tomo 2, pp. 443-458.



México-Tenochtitlan abordado por Óscar Olea,<sup>8</sup> hasta las migraciones de artistas entre el Norte y el Sur tratado por Raquel Tibol<sup>9</sup> y el multiculturalismo analizado por George Yúdice,<sup>10</sup> el terreno crítico que se cubre es amplísimo. En cualquiera de los temas de este coloquio la exigencia para el lector (y como exigencia es más bien una posibilidad cumplida) es el *remapamiento* del que nos habla Yúdice, un borrar fronteras geográficas, temporales, conceptuales, etcétera. Nadie que se enfrenta a tal pluralidad de puntos de vista queda imperturbable ante la riqueza y ante ese delicioso sentido de *subversión* de allanar jerarquías y posiciones económicas y políticas establecidas entre los distintos países del continente. De este multiculturalismo se desprende una nueva *visión* de América, una nueva percepción de su arte. Dentro de los métodos y objetos de estudio de este arte, que son las mismísimas estructuras analíticas

<sup>8</sup> Óscar Olea, "Espacio urbano e identidad cultural en México-Tenochtitlan", tomo 3, pp. 693-700.

<sup>9</sup> Raquel Tibol, "Las migraciones de artistas entre el Norte y el Sur", tomo 3, pp. 891-900.

<sup>10</sup> George Yúdice, "El multiculturalismo y los nuevos proyectos de valoración cultural", tomo 3, pp. 901-908.

de este recorrido, me interesa detenerme en el artículo de Néstor García Canclini, sin por ello dejar de resaltar la agudeza de críticos y escritores de esta cuarta parte como son Juan Acha y José Balza. García Canclini, en su brillante artículo titulado "Rehacer los pasaportes. El pensamiento visual en el debate sobre multiculturalidad", opone conceptualmente el nacionalismo asociado a nuestros artistas con el multiculturalismo característico de la globalización de nuestro fin de siglo. ¿Los artistas han pensado la nación o son pensados por ella? Más allá de los condicionamientos de la nacionalidad imbricados con las innovaciones personales, el arte es un terreno de negociación que le permite al artista descontextualizarse y ser apreciado en el ámbito internacional. Los grandes artistas se han nutrido de la multiculturalidad para poder afirmar lo propio. Para García Canclini, el entrecruzamiento de ejes conceptuales al des-territorializarse está haciendo posible la elaboración de un nuevo pensamiento visual. La nación, aún cuando sea una referencia particular sobre un artista o un movimiento, ya no es el paradigma para la obra de arte. Lo

exótico, la "alteridad étnica y la otredad latina" han dejado de ser rasgos consubstanciales al arte para convertirse simplemente en las estrategias mercadotécnicas de museos, galerías y críticos. ¿Dónde queda pues el nacionalismo, la identidad cultural, la particularidad de nuestro arte? En este punto ya no es factible dar respuestas simples una vez que se han multiplicado las variables que condicionan la definición del arte: orígenes, influencias, necesidades de mercado y, sobre todo, el papel del espectador sujeto a gustos y modas. Lo que resta es la posibilidad de observación y disfrute al destejer los hilos detrás del arte. Esto es lo que de alguna manera nos proponen los magníficos textos de este coloquio: adentrarnos a la pluralidad como objeto de reflexión para desentrañar las muchas facetas, y máscaras quizá, de nuestra compleja identidad cultural. ♦

Varios autores: *Arte, historia e identidad en América: visiones comparativas*, XVII Coloquio Internacional de Historia del Arte, Instituto de Investigaciones Estéticas/UNAM, México, 1994, 3 tomos.

Villa Palladio



Ristorante

La cocina clásica italiana  
es nuestra especialidad

Calvario 128, Tlalpan, México, D.F.  
Servicio de valet parking  
Tel. 573 82 43

# Nueva lectura de documentos coloniales

SERGIO LÓPEZ MENA

Escribe Sergio Fernández en un ensayo en que se analiza a sí mismo al terminar de escribir *Los peces* que “el arte, para bien y para mal de quien lo hace, es en cierto sentido novedad que no deja de serlo por más que el tiempo pase”. Es esta idea, la del carácter de novedad, la que me ha rondado en la cabeza al tener en mis manos el libro *En religiosos incendios*, transcripción de la *Vida* de sor Sebastiana de las Vírgenes, con estudio, notas y bibliografía de Beatriz Espejo. Novedad feliz, porque el hacinamiento



to de sucesos personales que contiene la *Vida* de esta monja acaso pudiera no parecer, en sí mismo, interesante, pero la perspectiva creadora de Beatriz Espejo nos lo da en una dimensión que inquieta, es decir, que estimula al conocimiento. Y es que es ésa la

función del trabajo artístico: dar vida, infundir sentido al polvo.

Si bien es apreciable en este libro el despliegue de erudición, lo que a mí me atrae es el tratamiento que efectúa Beatriz Espejo al acercarse a una personalidad lejana en el tiempo y en los sucesos. Porque, digámoslo en pocas palabras, la Colonia es desierto sin Sor Juana y algunos otros nombres, y en la barca del escepticismo del siglo XX navegamos sin Dios y sin santa María.

Novedad: la devoción es una cara del afecto, y de éste sabe Beatriz Espejo, atraída seguramente, entre días e insomnios trágicos, por pensamientos en torno a un hombre de treinta y tres años, sangrante y atormentado y de amorosa piedad. Esa devoción da calidez —a veces fresco candor— al estudio que precede la transcripción de la *Vida* de sor Sabastiana. La devoción de Beatriz Espejo no va por el camino de la mojigatería, ni está su inteligencia erosionada por desvelos canónicos. La espontaneidad y la sinceridad son virtudes suyas, entre otras, muy notables. Al enfrentarse a un texto como la *Vida* de sor Sebastiana, texto difícil, hasta ingrato para el escéptico, no podía irse por las veredas del arrobamiento.

La novedad del texto de Beatriz Espejo se manifiesta aun en el hecho de que algunas de sus afirmaciones pueden provocar controversia. Por fortuna, ya no estamos, en el área del trabajo académico, bajo parámetros excluyentes y descalificadores, sino en la vía del respeto al otro, a la lectura y a la interpretación diferentes.

Por lo que a mí respecta, me he visto tentado a no encontrar carácter de excepción —gracia divina— en el relato de sor Sebastiana, coincidiendo, así, con una idea de Beatriz Espejo, quien escribe:

Para los lectores modernos, lo más interesante del manuscrito que dejó sor Sebas-

tiana no radica en su excepcionalidad, sino en sus cualidades ejemplares. Presenta las características de todas las *Vidas* de monjas. Sintetiza una evolución similar, cuenta milagros parecidos, resume una forma de entender el catolicismo con ideas que se difundían por medio de la liturgia, las ceremonias y las prácticas doctrinarias, y que han quedado en cartillas de confesores, sermones, panegíricos y oraciones fúnebres que los fieles escuchaban reverentes y conmovidos. (pp. 31-32.)

Pero esa idea de Beatriz Espejo, que podría ser una idea central de su estudio, se encuentra enderezada hacia la percepción de que en este caso se trata, en efecto, de una mística. Escribe que sor Sebastiana

al igual que muchas monjas y beatas, seguía un proceso. Experimentaba simultáneamente las etapas purgativa e iluminativa del misticismo y lo pagaba con extraños padecimientos (p.65).

Quizás mi planteamiento se apoye en la miopía de ver a San Juan de la Cruz como el paradigma del misticismo, y en no tomar en cuenta las muy variadas realizaciones de ese fenómeno. Ciertamente prefiero la entrega deleitosa de los amantes —el alma y Dios— que recoge la “Noche oscura”, a las páginas en que sor Sebastiana confiesa cómo ve al dueño de su alma hallar felicidad en el sufrimiento de ésta. Porque el esposo es, en la relación amorosa de sor Sebastiana y la Divinidad, alguien que goza con el dolor del otro. Ese sufrimiento es un pago que se cumple, acaso con tanta felicidad como la que se da entre los otros enamorados, pares gozosos. Pena física y emocional constituye el rostro del misticismo —llamémosle así— de esta monja. Sea novedad nuestra, otros lectores, no negar la enfermedad del alma como causada por solícito amante. Si el sufrimiento puede ser un don, acaso el amor sea también dominación y hasta castigo. En el ensayo de Sergio Fernández a que me refiero, él define el amor como la lucha y la violencia entre las contrarias mitedades que lo conforman, en su ánimo de remontar el río o de bajar al mar. ♦

Beatriz Espejo: *En religiosos incendios*, Biblioteca de Letras, UNAM, México, 1995. 247 pp.

# El grito callado de Echave Orio

FRANCISCO VIDARGAS

Convocados por la afortunada labor editorial que viene realizando el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, recientemente fue presentado “en sociedad” (como diría don Luis González y González), el libro dedicado al pintor novohispano Baltasar de Echave Orio. El estudio, fruto póstumo de la investigación realizada por José Guadalupe Victoria, es claro ejemplo de dos metodologías paralelas que, a veces, resultan contrarias pero que siempre, al final, se complementan: la historia del arte tradicional y la sociología del arte.

Es decir, por un lado nos encontramos con la historia del arte sustentada en el estudio de las fuentes, la correcta atribución de autores, obras y temas, además de la precisa datación de las mismas, y por el otro, con el análisis del permanente diálogo entre la sociedad, sus costumbres, su economía y su arte, analizando —como recomendaba Damián Bayón— “casos únicos para compararlos incansablemente los unos con los otros, y de ahí tratar de obtener una nueva luz”.

El libro que comentamos tiene como indudable antecedente el volumen que el propio investigador dedicó a la *Pintura y sociedad en Nueva España, siglo XVI* (UNAM, 1986). En el de reciente aparición, *Un pintor en su tiempo: Baltasar de Echave Orio*, siguiendo los pasos del maestro Bayón, el autor pretendió internarse en las pautas establecidas por la sociología del arte, a fin de enriquecer y corregir los diversos puntos de vista que, a lo largo del tiempo, se han vertido en torno a Echave Orio y su obra. En el intento de llevar a cabo un estudio “distinto... de los que estamos acostumbrados a ver en el medio mexicano”, se vale de disciplinas afines (como la literatura) para fundamentar su tesis y así lograr un acercamiento novedoso a la pintura novohispana.

En la primera parte del texto, contemplada como *tiempo histórico* por el autor, éste no sólo intenta profundizar en el estudio de la sociedad mexicana del siglo XVI y de un lugar preciso —la Ciudad de Méxi-

co—, sino que recrea ampliamente (aunque sin tomar en cuenta trabajos contemporáneos al suyo) el panorama cultural de toda esa primera época virreinal.

El estudio aborda, al igual que el trabajo anterior, el papel desempeñado por la Iglesia como rectora (gracias al Concilio de Trento) de las manifestaciones artísticas sacras y el de los gremios en la formación de los futuros artífices. A la primera le dedica especial atención a través de la búsqueda de una mejor comprensión de la *política de las imágenes* en la que estuvieron inmersos los artistas del siglo XVI. Tampoco olvida mencionar el ambiente artístico que predominaba en la capital y, por consiguiente, la relación que tuvo Echave Orio con los pintores que le antecedieron, así como con sus contemporáneos.

Un aspecto que, quizás, se debió haber trabajado un poco más es el concerniente al deslinde de la producción pictórica de Echave Orio respecto a la de sus hijos Baltasar y Manuel de Echave Ibaña, además de la de su nieto Echave y Rioja. Al respecto, lamento también que el autor no haya tomado en cuenta investigaciones paralelas a la suya, como la que desde tiempo atrás se viene realizando en El Colegio de Michoacán sobre *Los Echave, una familia de artistas de la Nueva España*.

Una segunda parte, dedicada al *tiempo artístico*, analiza la producción del pintor vascongado: examina rigurosamente tanto las propuestas iconográficas e iconológicas como las soluciones plásticas que, pese a estar marcadas por la ideología contrarreformista, nos muestran la autonomía de su ingenio.

La buena crítica de arte —señala el poeta francés Claude Roy—, “la crítica verdaderamente penetrante, es aquella que *penetra*, en efecto, las obras”. Y José Guadalupe lo logró captando la intención expresiva de ciertos *fragmentos* de la totalidad pictórica.

De los géneros trabajados por Echave Orio, el investigador destaca los *desnudos* y *retratos*; abunda en su consideración señalando la “osadía” del artista al pretender “ir más allá” exaltando la belleza del cuerpo

masculino (como en el desaparecido *San Sebastián* del Altar del Perdón, en la Catedral de México), además de rescatar la individualidad de los personajes (el *San Ignacio de Loyola* en la sacristía de la iglesia de La Compañía de Guanajuato). La calidad pictórica “y la intención expresiva” de estos lienzos —concluye el historiador— “sentaron las bases de la fortuna crítica de Echave Orio”.

En algunas de esas composiciones, el investigador cree advertir “el grito callado, reprimido, ahogado de un individuo, antes que artista, ser humano”. Grito contenido ante la institución eclesial, que un siglo después —como lo reveló Elías Trabulse en *La Jornada Semanal*—, se transformó en la sonrisa irónica, burlesca, de sor Serafina de Cristo (Sor Juana Inés de la Cruz), al dirigir una misiva “poco respetuosa” al obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz.

Al final del volumen, el autor aprovecha las conclusiones para disentar, una vez más, de los “calificativos abusivos” que tanto molestaron a Damián Bayón. Así, cuestiona la idea de estudiar la producción artística novohispana considerándola una *escuela*, puesto que

cada uno de los artistas, aunque trabajaran dentro de los mismos lineamientos técnicos e ideológicos y utilizaran el mismo repertorio iconográfico, logró una expresión propia, personal.

Gracias a este magnífico estudio transitamos, al leerlo, por uno de los momentos clave en el desarrollo del arte novohispano: el manierismo culto. Modalidad estilística —“marbete” según Bayón— que en realidad funge como “santo y seña” —en palabras de Jorge Alberto Manrique—, permitiéndonos “transitar por una realidad que sólo así es aprehensible”.

Lamento que tanto Bayón como su único alumno mexicano ya no se encuentren con nosotros y, por consiguiente, que ya no contemos —estuviéramos de acuerdo o no— con sus métodos de desciframiento del arte mexicano.

Este estudio, dignamente editado por la institución universitaria, nos da el placer —parafraseando a Severo Sarduy— de saber y entender el arte mexicano, pero sobre todo “de entender con la claridad del más moderno saber”. ♦

José Guadalupe Victoria: *Un pintor en su tiempo: Baltasar de Echave Orio*, Instituto de Investigaciones Estéticas/UNAM, México, 1995. 391 pp.

## COLABORADORES

Héctor T. Arita (Ciudad de México, 1960). Licenciado en ecología por la UNAM y doctor en ecología de la fauna silvestre por la Universidad de Florida, Gainesville. En nuestra casa de estudios ha sido coordinador y profesor de ecología del posgrado de la Facultad de Ciencias; actualmente es investigador del Centro de Ecología. Está adscrito al Sistema Nacional de Investigadores. Pertenece a la Ecological Society of America y a la Society for Conservation Biology. Recibió, entre otros premios, el Environmental Publication Award 1991.

Alberto Dallal. Dirige la revista *Universidad de México*. Sus colaboraciones aparecen en los números 506-507, 510, 515, extraordinario de 1993, 525-526, 527, 530, 531, 534, 535 y 539.

Alejandro Garcíadiego Dantan (Ciudad de México, 1953). Licenciado en matemáticas por la UNAM; maestro en historia y filosofía de las ciencias y doctor en historia y filosofía de las matemáticas por la Universidad de Toronto. Es profesor de la Facultad de Ciencias de nuestra casa de estudios. Está adscrito al Sistema Nacional de Investigadores. Fundador y editor de la revista *Mathesis*. Ha publicado artículos de investigación y divulgación en revistas nacionales e internacionales. Es autor de *Bertrand Russell and the Origins of the Set Theoretic Paradoxes*.

Louise Glück. Poeta norteamericana. Dos poemas suyos aparecen en el número 536-537.

Antonio Gómez Robledo (Guadalajara, Jalisco, 1908-Ciudad de México, 1994). Maestro y doctor en filosofía por la UNAM. Desempeñó diversos cargos en el servicio exterior mexicano, entre ellos el de embajador en Brasil, Italia, Túnez, Grecia y Suiza. En la UNAM fue profesor de la ENP y de las facultades de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales y Filosofía y Letras. Recibió el Premio Elías Souraski, la Orden al Mérito (Italia) y

el Premio Nacional de Ciencias y Artes 1974. Escribió, entre otros libros, *Los convenios de Bucareli ante el derecho internacional*, *Idea y experiencia de América*, *Platón, los siete grandes temas de su filosofía* y *Fundadores del derecho internacional*. Una primera versión del texto que publicamos fue leída en la Universidad de Guadalajara en abril de 1994, al serle solicitada una réplica de *México en una nuez*, de Alfonso Reyes.

Pura López Colomé. Sus colaboraciones aparecen en los números 527, 531, 533, 536-537, 538 y 540.

Sergio López Mena (Lagos de Moreno, Jalisco, 1951). Doctor en letras por la UNAM. Ha sido catedrático en la ENEP Acatlán, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y en la UAM Azcapotzalco. Es coordinador académico de la maestría en literatura hispanoamericana de la Universidad de Colima e investigador del Instituto de Investigaciones Filológicas de nuestra casa de estudios. Es autor de *Los caminos de la creación en Juan Rulfo*, así como de trabajos relativos a la literatura colonial.

Antonio López Saenz (Mazatlán, Sinaloa, 1936). Realizó estudios de pintura en la Escuela de San Carlos de la UNAM. Su primera exposición se llevó a cabo en 1958 en la Universidad de Sinaloa. Además de su obra de caballete ha realizado escultura, joyería y escenografía. Es miembro honorario de El Colegio de Sinaloa. Ha participado en 15 exposiciones colectivas. Entre sus exposiciones individuales, cabe destacar la montada en la sede de la OEA, en Washington en 1974; la retrospectiva ofrecida en el Centro Cultural de la SHCP en 1988, y la exposición-homenaje que el INBA ofreció en el Palacio de Bellas Artes, así como las que periódicamente presenta la galería Estela Shapiro.

David Martín del Campo (Ciudad de México, 1952). Cursó la carrera de periodismo

y comunicación en la UNAM. Ha ejercido el periodismo en distintos diarios y revistas de circulación nacional. Obtuvo los premios José Rubén Romero de Novela del INBA en 1986 por *Isla de lobos*, el Internacional de Novela Diana-Novidades con *Alas de ángel* y el de cuento infantil Juan de la Cabada con *El hombre de Iztac*. Es autor de *Las rojas son las carreteras*, *Dama de noche*, *Las viudas de Blanco*, *Los mares de México: crónicas de la tercera frontera* y *Los hombres tristes*, entre otras obras.

Antonio Mendoza. Véanse los números 527 y 534-535.

Aline Pettersson. Sus colaboraciones aparecen en los números 508, 520, 530 y 539.

María del Carmen Salinas Sandoval (Ciudad de México, 1957). Doctora en historia por El Colegio de México. Está adscrita al Sistema Nacional de Investigadores. Es investigadora de El Colegio Mexiquense. Es autora del libro *Política y sociedad en el gobierno municipal del Estado de México* (en prensa). Una primera versión del artículo que publicamos fue leída en el simposio Procesos Económicos y Poblacionales en el Alto Lerma. Más de Cinco Siglos de Historia Regional, en agosto de 1994, en Villahermosa, Tabasco.

Víctor Sosa. Véanse los números 508, 522, 534-535 y 539.

Ernesto de la Torre Villar. Véanse los números 522, 539 y extraordinario de 1993.

Julio Trujillo. Sus colaboraciones aparecen en los números 508, 509, 512-513, 514, 518-519 y 533. Pertenece a la Coordinación editorial de la *Revista Mexicana de Cultura*, nueva época, suplemento de *El Nacional*.

Gabriela Vallejo Cervantes. Sus colaboraciones aparecen en los números 531 y 533.

Josefina Zoraida Vázquez. Colaboró en el número 532. Es miembro del Consejo editorial de esta revista.

Francisco Vidargas. Véase el número 525-526.

Descubra  
el espectáculo  
de la  
imaginación



SU IMAGEN PUEDE CAMBIAR

La cultura también se ve

Notas sin costo 224 18 09  
Disfrute nuestra programación desde las 14:00 hrs.

El corazón  
del mundo  
no deja  
de latir.

Por eso,  
diariamente  
le tomamos  
el...



**PIRIPULSO**  
La noticia al alcance de su oído

DE LUNES A VIERNES  
Pulso de la mañana 8:00 hrs.  
Pulso de la tarde 14:30 hrs.  
Pulso de la noche 20:00 hrs.

EN FINES DE SEMANA  
Pulso sábado 14:30 hrs.  
Pulso domingo 14:30 hrs.



Cultura con imaginación



**EL SISTEMA DE TIENDAS  
UNAM**

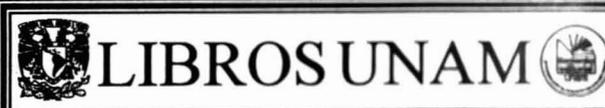
lo espera en cualquiera de sus tres unidades,  
de lunes a domingo de 9 a 20 hr.

**ACATLÁN**  
Av. Alcanfores y Sn. Juan Totoltepec, Sta. Cruz, Edo. de Méx.

**METRO C.U.**  
Circuito Exterior, frente a la Fac. de Ciencias Políticas y Sociales,  
C.U.

**ESTADIO**  
Estacionamiento 9, atrás del Estadio Olímpico, C.U.

COMPROMISO DE CALIDAD TOTAL  
DE UNA EMPRESA UNIVERSITARIA



*Novedades*

**EL CIELO NO SE ABRE**  
*Semblanza documental de Alfonso Reyes*  
Fernando Curiel  
1a. edición: 1995, 244 pp.  
Coordinación de Humanidades,  
El Colegio Nacional  
\$ 115.00

**ESTUDIOS PARA UNA SEMIÓTICA DEL  
ESPECTÁCULO**  
Ana Goutman  
1a. edición: 1995, 100 pp.  
Facultad de Filosofía y Letras  
\$ 30.00

**VIDA Y MUERTE DE FIDELITA,  
LA NOVIA DE ACÁMBARO**  
Emma Yanes Rizo  
1a. edición: 1991, 197 pp.  
Facultad de Filosofía y Letras,  
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes  
\$ 30.00

**Informes y ventas**  
Dirección General de Fomento Editorial UNAM  
Av. del IMAN No. 5 C.U., C.P. 04510, México, D.F.  
Tel. 622 65 83 Tel. y Fax 622 65 82

# XVII Feria Internacional del Libro-Minería

24 de Febrero al 3 de Marzo de 1996

- Más de 500 editoriales (nacionales y extranjeras)
- Conferencias, mesas redondas y seminarios
- Presentaciones de libros por sus autores
- Música, cine, video y danza
- Talleres infantiles
- Exposiciones



Estados invitados

Campeche • Quintana Roo • Tabasco • Yucatán

Homenaje a Arnaldo Orfila Reynal

Palacio de Minería  
Tacuba No. 5, Centro Histórico

Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ingeniería. Coordinaciones de: Difusión Cultural, Investigación Científica y Humanidades. Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana

**PRECIOS DE  
ENTRADA**

NS 4.00 público en general  
NS 2.00 personas de la tercera edad, estudiantes  
y maestros con credencial y niños  
menores de 13 años.





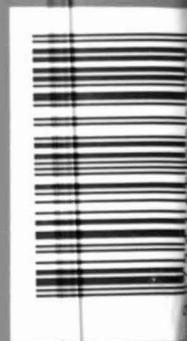
Universidad Nacional Autónoma de México  
Coordinación de Humanidades  
Dirección General de Fomento Editorial



---

imagen y entorno de la tradición editorial universitaria

---



---

información bibliográfica • talleres • biblioteca • cursos  
seminarios • mesas redondas • conferencias • cine • exposiciones